



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN HISTORIA DEL ARTE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

**LOS MERCADOS DE LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO Y SU
REPRESENTACIÓN PLÁSTICA. Siglos XVII-XVIII. Productos, personas,
espacios.**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN HISTORIA DEL ARTE

PRESENTA:
MARÍA TERESA DE JESÚS SUÁREZ MOLINA

TUTOR PRINCIPAL
DOCTOR ANTONIO RUBIAL GARCÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
TUTORES
DOCTOR JAIME GENARO CUADRIELLO AGUILAR
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS
DOCTOR RAFAEL LÓPEZ-GUZMÁN
DEPARTAMENTO DE ARTE, UNIVERSIDAD DE GRANADA, ESPAÑA
DOCTOR IVÁN ESCAMILLA GONZÁLEZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
DOCTORA ANA PAULINA GÁMEZ MARTÍNEZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

CIUDAD DE MEXICO, JUNIO, 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I. Los mercados de la Antigüedad al Antiguo Régimen. Algunas reflexiones.

I. 1. *El origen romano.*

I. 2. *Comerciantes medievales.*

I. 3. *Las ferias.*

I. 4. *El bazar islámico.*

I. 5. *Los tratados del Renacimiento. Entre la utopía y la realidad.*

I. 6. *Las vedute como antecedente de las vistas de ciudades.*

I. 7. *Los mercados en la Ilustración. Nuevas tipologías.*

CAPÍTULO II. El *Tianquiztli*. El mercado en Tenochtitlan.

II.1. *El glifo Tianquiztli.*

II.2. *El intercambio entre los mexicas.*

II. 3. *Los pochtecas.*

II. 4. *El mercado prehispánico en las crónicas de los conquistadores.*

II. 5. *El cacao como moneda.*

CAPÍTULO III. El mercado novohispano en el siglo XVI.

III. 1. *La nueva traza de la ciudad.*

III. 2. *Fray Bernardino de Sahagún y El Códice Florentino.*

III. 3. *Otros mercados en la ciudad.*

CAPÍTULO IV. La consolidación de los mercados en la Plaza Mayor de México. Siglos XVII y XVIII.

IV.1. *El mercado indígena.*

IV. 2. *El Baratillo.*

IV. 3. *El tumulto del ocho de junio de 1692.*

IV. 4. *La Alcaicería y luego El Parián.*

IV. 5. *El Galeón de Manila. Sus productos.*

IV. 6. *La Carrera de Indias.*

IV. 7. *La Plaza Mayor en 1760.*

IV. 8. *Los monopolios.*

IV. 9. *La decadencia de los mercados en la Plaza Mayor.*

IV. 10. *El mercado de El Volador.*

IV. 11. *La Plaza Mayor a finales del siglo XVIII.*

CAPÍTULO V. Las pinturas de los mercados en la Plaza Mayor de México. Historia y patrocinios.

V. 1. Anónimo. *Vista del Palacio del Virrey en México.*

V. 2. Cristóbal de Villalpando. *Vista de la Plaza Mayor de México.*

V. 3. Manuel de Arellano. *Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena.*

V. 4. Juan Antonio Prado (atrib.) *La Plaza Mayor de México.*

V. 5. Anónimo. *El Parián o Calidades de las personas que habitan la ciudad de México.*

V. 6. Juan Patricio Morlete Ruiz. *Plaza Mayor de México y Vista de la Plaza del Volador.*

V. 7. *Los cuadros de castas y el comercio.*

V. 7. 1. Miguel Cabrera. *De Español y de India, Mestiza.*

V. 7. 2. Anónimo. *Puesto del mercado del Parián.*

V. 7. 3. Andrés de Islas. *De Español y Negra nace Mulata.*

V. 7. 4. Anónimo. *De Español y Yndia nace Mestiza.*

V. 7. 5. Luis de Mena. *Escenas de mestizaje.*

V. 7. 6 Anónimo. *Costumbres en la Plaza del Volador, México.*

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

*A mis abuelos, que mezclaron su sangre
andaluza, asturiana y otomí.*

“¡Cuánto desearía, oh santo Padre, ver por una rendija de tu recámara la alegría que brotando de tu pecho sagrado se te subirá al rostro, primer pregonero de los secretos, cuando leas tales y tan grandes cosas de unos mundos nuevos e ignorados hasta ahora [...]”

Palabras de Pedro Mártir de Anglería al
cardenal Ascanio Sforza (*ca.* 1521-1523)¹

“[...] ha venido á quedar una estraña costumbre de acudir al tianquiz antes que á la misa”.

Fray Diego Durán (1537-1588)²

¹ Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo* (México: José Porrúa e hijos, succs., 1964-1965), t. II, 717.

² Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme* (México: Imprenta de Ignacio Escalante, 1880), II, XCVIII, 216.

AGRADECIMIENTOS

He llegado al final de un largo camino; una tesis que se convirtió en parte de mi vida y se mezcló en mi cotidianidad. Lo que llevaré siempre conmigo será esta faceta tan auténtica de la cultura mexicana que es el origen y consolidación de los productos de la tierra y cómo siguen presentes en nuestros mercados, en nuestra despensa y en nuestra mesa.

Me honra enormemente el tribunal que ha dirigido y corregido mi trabajo: El doctor Antonio Rubial es, para mí, un profesor de culto que me acercó a la historia de Nueva España desde un lugar vivo; a ello se une la maravillosa persona que es. El doctor Jaime Cuadriello me invitó, muy pronto en mi vida académica, a colaborar en algunas de las mejores exposiciones que se han hecho en México sobre pintura virreinal; con él he aprendido el rigor, la búsqueda del dato preciso aunados a una generosidad sin límite. Con el doctor Rafael López-Guzmán me une una amistad de hace más de treinta años, a lo largo de los cuales hemos compartido proyectos y sueños comunes, viajes aquí y allá y, finalmente, vida. Agradezco también la invaluable ayuda del doctor Iván Escamilla y su cuidadosa lectura a pesar del poco tiempo disponible, así como de la doctora Ana Paulina Gámez, por su amistad y por sus atinadas correcciones en los temas que son su especialidad.

He tenido una familia muy amorosa. Mis padres y mi tío Fernando viven en mí aunque ya no estén físicamente y mis hermanos me muestran los caminos de cómo crear existencias que se salen de lo común, cada uno en la vida que ha elegido. Mis sobrinos han sido un ejemplo de esfuerzo y resiliencia, de ser brillantes en lo que hacen, arte o ciencia, y la siguiente generación me ha regalado una dosis de un amor que yo desconocía.

El CENIDIAP (Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas), dependiente del INBA, mi lugar de trabajo hace muchos años, me ha dado el espacio y el tiempo para concentrarme y avanzar en la tesis. El apoyo de mi jefe, el maestro Carlos Guevara, ha sido fundamental. Ese ha sido también el lugar en el que he conocido a algunos de mis mejores amigos, que en el largo proceso de la tesis han sido inspiración y alegría. En primer lugar y con muchas horas de vida compartida (en las que

mi tesis era un tema recurrente, aunque por fortuna no el único) están Guadalupe Tolosa, a quien agradezco su cercanía en mi vida y su apoyo constante en días de sol y de tormenta, Luis Rius Caso y Carlos Martínez Gordillo, a quienes se suman César Palomino, Javier Bañuelos, Marie-Christine Camus, Gerardo López Luna, entre muchos otros.

Otros amigos han estado siempre allí, escuchando, animando, sugiriendo: Mónica Zacarías, Conchita Romo, Mónica Uribe, Sofía Urrutia, Miguel Ángel Rosado, Samuel Máynez, Urinda Otero y, desde hace menos años, mi tocayita Martha Suárez. Así como mis adoradas primas Cristina Bravo, Male e Isa Suárez.

Una parte importante de mis amigos vive en España, específicamente en Granada, y ellos han sido fundamentales en mi motivación para llegar al fin de esta etapa. Pienso sobre todo en Gloria Espinosa, Rodrigo Gutiérrez Viñuales, Miguel Ángel Sorroche, Ana Ruiz Gutiérrez, María Luisa Hernández Ríos y, desde Sevilla, Francisco Montes. En Madrid, Yolanda Temprano; cerca del Lago de Como, Daniela Piccolo; en La Florida, Rodolfo Sánchez y, en Londres, Paul Taylor.

Por último, no es una persona sino un lugar que me ha ofrecido miles de horas de absoluta felicidad: el Mineral del Chico. Ese espacio me ha dado tranquilidad y descanso para volver con ánimos nuevos a mi trabajo.

A quienes han estado cerca de mí en estos largos años, gracias.

INTRODUCCIÓN

Con mucha gracia decía Salvador Novo, en 1967, que el mestizaje novohispano había comenzado, no sólo en las alcobas sino también en la cocina (“un largo periodo de ajuste y entrega mutuos”)³, pero quizás habría que ir un paso atrás, al tianguis, donde los productos paulatinamente se fueron mezclando y enriqueciendo. De aquella primera narración de Hernán Cortés sobre el mercado de Tlatelolco, al que describen los informantes de Bernardino de Sahagún en el *Códice Florentino*, han pasado seis décadas en las cuales han comenzado a llegar los productos de la Península y se han buscado un sitio en los puestos de los mercados, entre productos semejantes; las ciruelas se han colocado junto a las guayabas, y la carne de cerdo junto a la de los perros xoloxcuintles. Quizá, lo más notable es que hoy en día, al visitar un mercado mexicano, hay infinidad de productos que apenas han cambiado con el paso de los siglos, lo que hace que cuando leemos en las crónicas del siglo XVI sobre los alimentos que allí se vendían sepamos exactamente de qué se trata y emulemos los olores y sabores que siguen formando parte de nuestra comida cotidiana.

El humanista Cervantes de Salazar define al mercado como “el lugar donde reina Mercurio”⁴ mientras que el cronista del siglo XVIII Juan de Viera lo compara con un “teatro de las maravillas”.⁵ El lugar en el que todo puede ser encontrado.

Mi interés por estudiar los mercados novohispanos comenzó, hace muchos años, mientras leía las descripciones de los cronistas del siglo XVI. Parecían, los primeros peninsulares, azorados e incrédulos, curiosos y siempre sorprendidos de lo que se vendía en los mercados prehispánicos.

En esta tesis he tratado de hacer un seguimiento desde esas crónicas hasta la configuración de los grandes mercados en la Plaza Mayor, guiada siempre por las pinturas y apoyada en los textos de la época (que a veces parecen coincidir aun en los más nimios

³ Salvador Novo, *Cocina mexicana o Historia gastronómica de la ciudad de México* (México: Porrúa, 2007), 31-32.

⁴ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554. Tres diálogos latinos* (México: Trillas, 1988), 74.

⁵ Juan de Viera, “Breve compendiosa narración de la ciudad de México, Corte y Cabeza de toda la América Septentrional”, en *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780) Tres crónicas*, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial García (México: Conaculta, 1990), 211.

detalles), en los reglamentos y ordenanzas. Si bien, muchas pinturas han sido ya estudiadas con motivo de exposiciones o bien en tesis y libros, al mirarlas en su conjunto se descubren constantes y, especialmente, se reafirma la idea de la consolidación y especificidad de los mercados mexicanos a lo largo de los siglos del Virreinato con su antecedente previo a la Conquista. Es además una historia que continúa hasta nuestros días pues es evidente que son portadores de características propias y peculiares. Al visitarlos y servirnos de ellos pareciera que el *habitus* de Tenochtitlan no murió del todo.

He tenido la fortuna, como otros investigadores, de poder consultar los documentos que resguarda el Archivo Histórico de la Ciudad de México en relación con la colocación y construcción de los mercados en la Plaza Mayor de México, su evolución y las infinitas dificultades que se debían enfrentar, año con año, para su funcionamiento. Al salir del archivo y recorrer el Zócalo y sus alrededores, con frecuencia, parecía que esos mismos problemas que apenas había leído en documentos del siglo XVIII, seguían vigentes en las calles de la Ciudad de México del siglo XXI. En efecto, la persistencia de los espacios para el comercio y su aparente y real caos puede rastrearse hasta nuestros días.

A diferencia de los documentos, el acceso a las pinturas que representan la Plaza Mayor de México y sus mercados es mucho más restringido. Muchas obras permanecen en colecciones europeas pues eran obras destinadas para mirarse en ese continente. Algunas han regresado a México pero se resguardan en colecciones particulares, a veces, desconocidas para el gran público, salvo el gran óleo del Museo Nacional de Historia que he podido revisar detalladamente (gracias al amable director del museo, Salvador Rueda Smithers). Lo mismo sucede con los cuadros de castas, realizados para mostrar la riqueza y variedad del país a los ojos extranjeros.

El tema de los mercados y su historia no es ajeno a la reciente valoración de la gastronomía mexicana y de todas las tradiciones alrededor de ella, como las particularidades de los productos que se originaron en esta tierra y que siguen ofreciendo a los mexicanos una poderosa identidad.

CAPITULO I

LOS MERCADOS DE LA ANTIGÜEDAD AL ANTIGUO RÉGIMEN. UNA REFLEXIÓN GENERAL.

Los mercados han existido en casi todas las culturas, desde tiempos remotos y hasta el presente; han sido casi idénticos y a la vez siempre distintos. Y han estado vinculados, de manera irremediable, a la vida de las ciudades, “toda ciudad, cualquier ciudad, era ante todo un mercado”,⁶

han crecido con ellas, acompañándolas como cómplices decisivos, llamando en su ayuda a la arquitectura, a las leyes, a los pueblos, a los sueños. Lugares de orden y desorden, los mercados han constituido y constituyen siempre un límite, un borde, un confín, permeable, sí, pero límite al fin, ya que no se vive del mismo modo a un lado que al otro de la barrera, del mostrador o del espacio del mercado.⁷

Sin embargo, cada cultura creó su propio ámbito, con sus productos particulares e intercambios, muchos de los cuales sucedían con más velocidad que su establecimiento en los espacios y que han sobrevivido el paso de los siglos. Han sido y son lugares azarosos y difíciles pero, a fin de cuentas, de identidad y vida.

Dedico este capítulo a describir el desarrollo de los mercados en la cultura occidental, así como a señalar algunas generalidades de los mercados en el mundo islámico, presentes en Al-Ándalus. Como veremos, ambos fueron los modelos a seguir en los mercados novohispanos.

⁶ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. 1. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, versión española de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, presentación de Felipe Ruiz Martín (Madrid: Alianza Editorial, 1984), 438.

⁷ Delfín Rodríguez, “Del mostrador al mercado. Una pequeña historia sobre arquitectura y espacios del vivir”, en *Mercados en México y el mundo* (México: BBVA Bancomer, 2006), 17.

En Occidente, la palabra “mercado” tiene su origen en el término que designa al dios Mercurio, es el “lugar donde reina Mercurio”, quien preside los estudios y comercios y es el símbolo del pensamiento y la elocuencia. Su atributo es el caduceo, un emblema del equilibrio entre los contrarios y de paz y amistad entre los pueblos. El dios utiliza también unas sandalias aladas y, algunas veces, un casco, señal de prontitud. Según la mitología clásica, Mercurio participa en una amplia variedad de actividades. Preside la ciencia, las artes y la tecnología que incluye pintores, escultores y, más tarde, mercaderes.

I. 1. *El origen romano*

La estructura del mercado tal como ha sido concebido en la cultura occidental parece remontarse al *Forum* de Trajano en la Roma Imperial, donde cerca de 150 tiendas, distribuidas en tramos, se dedicaban a la venta de vinos, granos y aceite.⁸

De igual manera, el concepto de tienda en sí, tiene su origen en la antigua Roma y su evolución fue muy lenta. Puede afirmarse que no hay una diferencia esencial entre las tiendas del Foro (principios del siglo II a. C.) y las de Ostia, cuatro siglos después.⁹ Esta clase de tiendas en fila puede apreciarse mucho tiempo después, por ejemplo en el fresco de Ambrogio Lorenzetti, *Vida bajo el buen gobierno*, de 1338-39, en la ciudad de Siena. Incluso el mostrador que actúa como una barra entre la calle y la tienda es la misma que en la época Imperial.¹⁰

I. 2. *Comerciantes medievales.*

Durante la Edad Media los comerciantes se concentraban en calles muchas veces porticadas, calles que han conservado el nombre de las mercancías que allí se vendían en algunas ciudades europeas. Y no sólo el tipo de mercancías sino también el de los oficios, a veces irremediamente ligados a ellas; por ejemplo, la “Milk Street”, “Bread Street”, o la

⁸ Nikolaus Pevsner, *A History of Buildings Types. The A.W. Mellon Lectures in the Fine Arts*, Bollingen Series XXXV, núm. 19 [1970] (Washington, D. C.: Princeton University Press, 1997), 235.

⁹ Pevsner, *A History of Buildings Types*, 257.

¹⁰ Pevsner, *A History of Buildings Types*, 257.

“Rue de la Ferronerie”; ésta era una forma de controlar el comercio.¹¹ En ocasiones, el mercado ocupaba la parte baja del edificio del Ayuntamiento, como sucedía en Brujas.

Un conjunto de grabados florentinos, probablemente de Baccio Baldini, influyeron en la difusión de las imágenes italianas y en uno ellos, al menos, el dios Mercurio preside los mercados desde su carro alado y con el caduceo en la mano mientras vigila el discurrir de la vida en la ciudad.¹² [fig. 1]



1. Baccio Baldini (atrib.). *El planeta Mercurio* (ca. 1465). Grabado florentino. Col. The British Museum, Londres.

La calle de una ciudad, hacia fines del Medioevo, se puede apreciar en una pintura (que ilustra el libro de Gilles Romain) donde se muestran los diversos oficios como la sastrería, la peletería, la tienda del barbero o la droguería, todo ello integrado en la misma arquitectura del poblado, utilizando el nivel de la calle con sus productos expuestos [fig. 2]. Y en otro ejemplo, también del siglo XV, se representa un puesto dentro de un mercado

¹¹ Pevsner, *A History of Buildings Types*, 261.

¹² Malcolm Bull, *The Mirror of the Gods. Classical Mythology in Renaissance Art* (Londres: Penguin Books, 2006), 26.

cubierto en el que puede apreciarse la venta de zapatos, a la izquierda, un estante con paños doblados, al centro y comerciantes de oro, plata y vajillas de este material en el extremo derecho [fig. 3]. Se muestra en ambos un sistema mercantil que combina la venta de productos originales con los talleres de manufacturas y oficios.



2. Ilustración para la obra de Gilles Romain. *Livres de Gouvernement des Princes*, 1480-1500 [incunable]. Biblioteca del Arsenal, París.



3. Anónimo francés. *Puesto de mercado*. Siglo XV. Col. Biblioteca Municipal, Rouen.

Entre las manufacturas habría que destacar, a partir del siglo XVI, la producción textil que cubría la necesidad humana más importante después de la alimentación.¹³

En cuanto a los sitios para el intercambio, más allá de las tiendas ya establecidas que he mencionado, éstos se ligaban a la plaza de la ciudad, ese “espacio de atracción e irradiación [...] un espacio quieto y a la vez lugar de concentración de multitudes”, dentro del burgo.¹⁴ Ese nexo perdurará hasta mucho tiempo después. Por ejemplo, ir al mercado era sinónimo de ir a la plaza, o al revés. La plaza se volvió como el patio de la ciudad, especialmente en los ámbitos hispánicos y latinos.¹⁵ Hubo, en las plazas, estructuras para el mercado de productos pero éstas fueron precarias, efímeras e itinerantes, muy prácticas y funcionales; podían ser carros, puestos provisionales de madera, cestos y canastos, lonas, tinajas, cajas, mostradores.¹⁶

Un dibujo acuarelado inglés de fines del siglo XVI, en cambio, nos muestra el despliegue de un mercado sobre la plaza [fig. 4], en el que cada pueblo se coloca en su columna correspondiente, lo que otorga una idea de orden y contención, quizá un deseo antes que una realidad. Un antecedente de lo que los tratadistas del Renacimiento marcarán como ideal.

I. 3. *Las ferias.*

De manera paralela a los mercados surgieron las ferias como herramientas esenciales del comercio; éstas se sumergían en el pasado, pero su edad no les impidió ser instituciones vivas que movilizaban la economía de vastas regiones. Periódicamente erigían sus decorados y, una vez terminadas, los feriantes levantaban el campamento. “Cada una tiene su ritmo, su calendario, su distintivo.”¹⁷ Los comerciantes se desplazaban de una feria a la

¹³ Peter Kriedte, *Feudalismo tardío y capital mercantil. Líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII*, trad. Juan Luis Vermal (Barcelona: Crítica, 1982), 49-50.

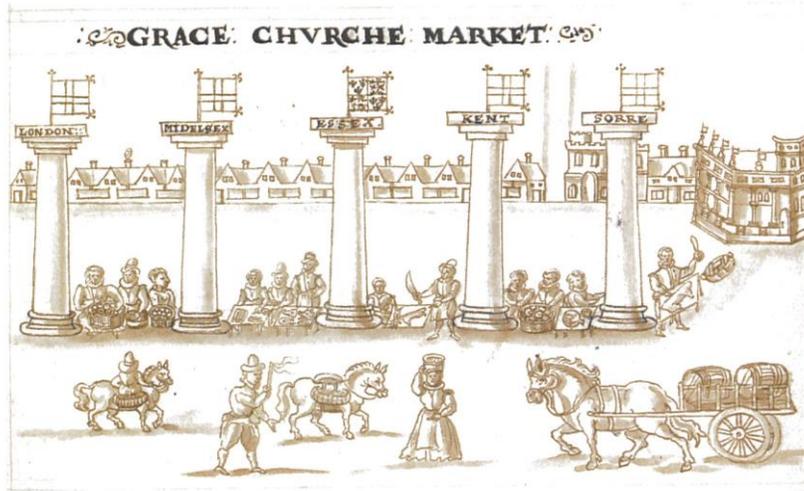
¹⁴ Antonio Bonet Correa, *El urbanismo en España e Hispanoamérica* (Madrid: Cátedra, 1991), 175.

¹⁵ Delfín Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 39.

¹⁶ Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 22.

¹⁷ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. 2. Los juegos del intercambio*, trad. Vicente Bordoy (Madrid: Alianza Editorial, 1984), 57-58. Cfr. Jacques Le Goff, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, trad. Damià Bas (Madrid: Alianza Editorial, 2004), 21-24.

otra con sus carruajes, sus animales de carga o sus mercancías a la espalda, hasta cerrar el círculo de los viajes antes de empezar de nuevo.¹⁸



4. Anónimo inglés. *Grace: Churche Market*, 1598. Dibujo acuarelado. Col. Folger Shakespeare Library.

I. 4. *El bazar islámico.*

Por su parte, el bazar en el mundo islámico es un espacio privilegiado de mercado e intercambio comercial.¹⁹ La palabra zoco proviene del *suq* arameo, aplicado a los mercados de La Meca. Éstos se instalaban en las medinas, en un reducido espacio tanto para las tiendas como para los compradores que apenas si podían deambular por sus confines (como sucede hasta la fecha). Se situaban alrededor de la mezquita y, a manera de círculos concéntricos, se distribuían los puestos de artesanos, los vendedores de perfume e incienso, los tejedores de seda y los orfebres. La alcaicería (*quissariya*) corresponde igualmente al zoco urbano, con sus puertas que se cierran al final de la jornada y en la que se venden joyas, tejidos, bordados y objetos de artesanía de lujo.²⁰ Así fue también la alcaicería, el gran mercado, de Granada. Ocupaba una extensión de aproximadamente 4 591 metros

¹⁸ Braudel, *Civilización material...*, 2. *Los juegos del intercambio*, 67.

¹⁹ Margarita López Gómez, "Aproximación a algunos aspectos sociológicos de los zocos andalusíes", en *El Zoco. Vida económica y artes tradicionales en Al Andalus y Marruecos* (Granada: El Legado Andalusi/Lunberg, 1995), 29-33.

²⁰ Cherif Abderrahman Jah, "Sociología del zoco en Marruecos. Norte y sur", en *El Zoco. Vida económica y artes tradicionales*, 61. Braudel, *Civilización material...*, 1. *Las estructuras de lo cotidiano*, 444.

cuadrados y tenía diez entradas, entre las que destacaban las puertas de los Paños, de los Tintoreros y el acceso para la administración de la seda. Estaba también la calle de los Jelices, quienes recibían la seda procedente del Reino de Granada para venderla, así como la Aduana de la Especiería.²¹

Fue hacia el siglo XV cuando los productos de los zocos orientales comenzaron a llegar a Occidente y, con ellos, su opulencia y sofisticación cultural. Jerry Brotton ha mostrado cómo este comercio fue determinante para la constitución de la sociedad rica y abierta del Renacimiento italiano.

El flujo de especias, sedas, alfombras, porcelanas, mayólica, pórfido, cristalería, laca, tintes y pigmentos procedentes de los bazares orientales de la España musulmana, el Egipto de los mamelucos, la Turquía otomana, Persia y la ruta de la seda entre China y Europa proporcionaron la inspiración y los materiales para el arte y la arquitectura de Bellini, Van Eyck, Durero y Alberti.²²

Y de la misma manera que los cronistas castellanos se quedaban sorprendidos al ver productos desconocidos en el mercado de Tlatelolco, unas décadas antes, hacia 1504, el canónigo Pietro Casola hacía lo propio, en un tono semejante, ante las mercancías orientales que podían admirarse en Venecia:

[...] ¡quién podría contar las numerosas tiendas tan bien provistas que casi parecen almacenes, con vestidos de toda factura, bordados, brocados y tapices de variado diseño; alfombras de todo tipo, colchas de distintos colores y texturas; sedas de todas clases; y tantos almacenes llenos de especias, comestibles y fármacos, y abundantes y hermosas ceras! Todas estas cosas dejan estupefacto a quien las contempla.²³

Es el tipo de bazar presente en las obras de Shakespeare como *La comedia de los errores* (que transcurre en un mercado, como un lugar apasionante y peligroso), *El mercader de*

²¹ Esther Galera Mendoza y Rafael López Guzmán, *Arquitectura, mercado y ciudad. Granada a mediados del siglo XVI* (Granada: Universidad de Granada, 2003), 77-84.

²² Jerry Brotton, *El bazar del Renacimiento. Sobre la influencia de Oriente en la cultura occidental*, trad. Carme Castells (Barcelona: Paidós, 2003), 17.

²³ Citado en Brotton, *El bazar del Renacimiento*, 49.

Venecia u *Otelo, el moro de Venecia*.²⁴ El mercader veneciano amasó su fortuna en contacto con Bizancio.²⁵

Mientras que Europa exportaba productos textiles (especialmente prendas de lana), cristalería, jabón, papel, cobre, sal, frutos secos y, sobre todo, plata y oro, Oriente aportaba especias (pimienta, nuez moscada, clavo, canela), algodón, seda, satén, terciopelo y alfombras. También se importaba del Este opio, tulipanes, madera de sándalo, porcelana, caballos, ruibarbo y piedras preciosas. Para los textiles y las pinturas había nuevos tintes y pigmentos.²⁶

I. 5. *Los tratados del Renacimiento. Entre la utopía y la realidad.*

Durante el Renacimiento, el desarrollo de los tratados de arquitectura crearon una visión idealizada de las ciudades pero que pocas veces se tradujo en la realidad. Como ha señalado Fernando Chueca Goitia: “Mientras el pensamiento utópico elabora geométricas ciudades ideales, la vida se desenvuelve en los viejos ambientes medievales, en las plazas irregulares y pintorescas y en las estrechas y tortuosas callejuelas de otros tiempos.”²⁷ Algunos proyectos de los tratadistas quedaron sólo en eso aunque algunas de sus ideas trascendieron para futuras edificaciones.

Leon Battista Alberti tomó el modelo del foro romano y creó sus plazas con pórticos y *loggias* “como argumento para defender el carácter porticado de las plazas de mercado”.²⁸ Dentro de ellas, el puesto de venta constituyó una célula germinal de primera importancia, a pesar de su extremada simplicidad: una puerta, un mostrador, anaqueles y estanterías, quizá una bodega y la vivienda del comerciante.²⁹

Por su parte, Antonio Averlino, el Filarete, que había desarrollado su primera utopía social en su *Trattato di Architettura* entre 1457 y 1464, ideó un mercado muy cercano al concepto del claustro monástico. Ubicaba al centro del recinto un área cuadrangular para

²⁴ Brotton, *El bazar del Renacimiento*, 19 y 207.

²⁵ Le Goff, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, 8.

²⁶ Brotton, *El bazar del Renacimiento*, 50.

²⁷ Fernando Chueca Goitia, *Breve historia del urbanismo* (Madrid: Alianza Editorial, 1998) 117.

²⁸ Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 24.

²⁹ Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 28-30.

los puestos de mercancías, el cual era rodeado por arcos y columnas, con un canal que corría alrededor de la construcción para llevarse los desperdicios.³⁰

A partir de los tratados del siglo XVI se percibe una intención de dar forma regular a esos espacios, que no dejaban de ser complejos y difíciles de programar; sin embargo, los mercados se fueron integrando en sitios cercanos a aquellos que representaban el poder político y religioso, se instalaron en las plazas y con ellas evolucionaron. Decía Andrea Palladio: “[...] en las ciudades, según su grandeza, se reparten más o menos plazas, en las cuales se reúne la gente para adquirir cosas necesarias, y útiles a sus necesidades; así como éstas a diferentes usos se atribuyen, del mismo modo se debe dar a cada una lugar propio y conveniente”.³¹

En la *Utopía* de Tomás Moro, la ciudad de Amauroto tiene barrios articulados en torno a plazas de mercado especializadas según sus productos y en *Il Mondo savio e pazzo*, obra de Antón Francesco Doni, la concepción de la ciudad es circular y en el centro se sitúa un templo con cien puertas, de cada una de las cuales sale una calle hasta los muros de la misma:

Tenía la ciudad en cada calle dos artes; como decir, de un lado todos los sastres, del otro todas las tiendas de paños. En otra calle: de un lado boticarios, enfrente estaban todos los médicos [...]. En otra calle: muchas mujeres que hilaban y devanaban reduciendo su hilo a perfección, y frente a ellas se tejía. De donde allí venían a ser doscientas artes, y cada uno no hacía otra cosa que aquella.³²

Desde comienzos del siglo XVI, el *Fondaco dei Tedeschi*, en la zona del Rialto veneciano, se convirtió casi en una seña de identidad de la ciudad de la laguna [fig. 5]. Un incendio destruyó un primitivo inmueble y fue Antonio Abbondi Scarpagnino, en las primeras décadas del siglo XVI, quien “resolvió funcionalmente la estructura abierta del mercado atendiendo a las demandas, necesidades y exigencias de los mercaderes”, con un orden modular de tiendas, almacenes, depósitos y zonas de habitación, que después sería

³⁰ Pevsner, *A History of Buildings Types*, 237.

³¹ Andrea Palladio, *I Quattro Libri* [1570], citado en Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 34.

³² Antón Francesco Doni, *Il Mondo savio e pazzo* [1552], citado en Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 37.

recurrente en mercados de muchas ciudades italianas y europeas.³³ El *fondaco* “estaba lleno de frutas, de verduras, de carne; un poco más lejos se vendía el pescado”.³⁴ Actualmente es un exclusivo centro comercial (que conserva su antiguo nombre alusivo a los comerciantes alemanes) surgido a partir de una completa renovación del espacio en 2016.

El diseño del original *fondaco* fue muy cercano al de la *Place des Vosges* en París (un antiguo mercado de caballos), la cual marcó un prototipo de plaza residencial (1605-1612) y, puede emparentarse también con la concepción de la Plaza Mayor de Madrid (concluida por Juan Gómez de Mora en 1619), ubicada en la antigua Plaza del Arrabal.



5. Raphael Custos (1590-1664). *Fondaco dei Tedeschi*, 1616. Grabado. Col. Kunstmuseum, Hamburgo.

Con el tiempo, los mercados y las plazas de mercado o ferias terminarían por especializarse y por reclamar tipologías precisas para desempeñar sus funciones. De esta manera, dejaban atrás los modelos medievales en los que el lugar para el comercio no estaba tan definido y

³³ Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 27. Cfr. Le Goff, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, 32.

³⁴ Braudel, *Civilización material...*, I. *Las estructuras de lo cotidiano*, 438.

era también un espacio de fiestas y ceremonias, religiosas o laicas. Pero en esas nuevas tipologías está grabado el pasado.

La tradición desde el Renacimiento, con sus variadas y ricas experiencias históricas, con los tratados de arquitectura, las reflexiones sobre la ciudad, ideales o no, utópicas o simplemente ordenadas mediante reglamentos de policía y ornato, había sentado [...] las bases para esa reflexión autónoma sobre los mercados y sus lugares en la ciudad, incluidos edificios que tenían una relación directa con el abastecimiento de las ciudades y sus mercados, desde los pósitos y alhóndigas a los mataderos.³⁵

En los Países Bajos, Pieter Aertsen pintó escenas de mercados donde destaca la abundancia de los productos [fig. 6]; son pinturas que parecen celebrar la opulencia de los bienes de consumo. Este tipo de representaciones, que ocupaban siempre un segundo plano, ahora toman el rol protagonista.³⁶



6. Pieter Aertsen. *Vendedora en el puesto de verduras*, 1567. Óleo sobre tabla. Col. Staatliche Museen, Berlín.

³⁵ Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 39-40.

³⁶ Norbert Schneider, *Naturaleza muerta Apariencia real y sentido alegórico de las cosas. La naturaleza muerta en la edad moderna temprana*, trad. Sara Mercader. (Colonia: Benedikt Taschen, 1992) 26-27 y 32.

El crecimiento de las ciudades las llevó a construir lonjas, una especie de mercados cubiertos, permanentes y especializados de acuerdo con la mercancía que acogían. Hubo lonjas de trigo, de vino, cuero, calzado y pieles e innumerables lonjas de telas.³⁷ Entre ellas, habría que destacar la Lonja de la Seda, de Valencia, un edificio emblemático de la riqueza de la ciudad en el siglo XV, así como la Lonja de Zaragoza, construida un siglo más tarde.

I. 6. *Las vedute como antecedente de las vistas de ciudades.*

La vista de la *Piazza del Mercato* de Domenico Gargiulo [fig. 7], es un muestrario de la vida de la sociedad napolitana de mediados del siglo XVII, en donde no parece existir orden ni jerarquía en su constitución. Su composición no es lejana a las pinturas novohispanas de finales de esa centuria y de la siguiente, particularmente la *Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena* de Manuel de Arellano, que son el centro de esta tesis. Nápoles era entonces, después de Londres, París y Estambul, y junto con Madrid, la cuarta ciudad de Europa. El *Mercato* era un feudo, con la vida que se desbordaba a las calles. Era una ciudad atrayente, pero que no podía alimentar a toda la población.³⁸ Por su parte, Domenico Gargiulo debió la fama a su actividad de cronista e ilustrador de acontecimientos de su ciudad, muchas veces trágicos, como la erupción del Vesubio (1631) o la peste (1656).³⁹

Esta tipología pictórica se inscribe en las llamadas “vedute”, basada en la representación de lugares en los que están presentes edificios, a veces poblados por una cantidad más o menos numerosa de personajes.⁴⁰ El protagonista es el paisaje urbano, representado según las reglas de la perspectiva. Este género adquiere una autonomía propia a partir del siglo XVIII, con tres escuelas italianas: Roma, Nápoles y Venecia.

³⁷ Braudel, *Civilización material...*, 2. *Los juegos del intercambio*, 12-13.

³⁸ Braudel, *Civilización material...*, 1. *Las estructuras de lo cotidiano*, 465-466.

³⁹ Antonio Bassolino *et al.*, *I tre secoli d'oro della pittura napoletana* (Nápoles: Voyage Pittoresque, 2003), 68.

⁴⁰ Alessandra Fregolent, *Los vedutistas. Canaletto, Bellotto, Guardi, Marieschi, Carlevarijs*, trad. Víctor Gallego (Milán: Electa, 2001), 12.



7. Domenico Gargiulo (1609-ca. 1675). *Piazza del Mercato*. Nápoles, ca. 1654.

El iniciador del “vedutismo” en Venecia es Lucas Carlevarijs (1663-1730), quien se interesó por el uso de la aritmética, la geometría y la perspectiva para crear un perfecto equilibrio en la representación. Utilizó, además, la inserción de pequeñas figuras para animar, otorgar escala y actualizar el espacio urbano. Los destinatarios de estas “vistas”, que empezaron a difundirse en el siglo XVII, fueron los viajeros, particularmente los ingleses. “La moda del *Grand tour* que tiene como noble fin iluminar la mente y el espíritu bajo el sol italiano, continúa en el siglo XVIII, haciéndose cada vez más importante.”⁴¹

En cuanto a las tiendas, hasta fines del siglo XVII estuvieron abiertas a la calle; el uso de cristales parece haber comenzado en Holanda en ese momento. En la siguiente centuria los cristales quedaron protegidos por cerradas rejillas como lo muestra un grabado londinense de la *Bishopsgate*.⁴²

I. 7. *Los mercados en la Ilustración. Nuevas tipologías.*

Los espacios del mercado comenzaron a ordenarse a lo largo del siglo XVIII, tanto desde un punto de vista urbano como tipológico. De igual manera el interés se centró en otros espacios específicos como museos, teatros, hospitales o cementerios. En las academias, los

⁴¹ Fregolent, *Los vedutistas*, 23-24.

⁴² Pevsner, *A History of Buildings Types*, 257.

concursos se interesaron en temas relativos a mercados con el diseño de edificios para ferias, lonjas o bolsas. La regularidad modular del diseño fue característica de la época, cuadrados formados por crujías de soportales y pórticos para ordenar la composición y los equipamientos de venta y vivienda de los mercaderes; cuadrados dentro del cuadrado, plazas, patios o claustros dentro de una plaza de mayores dimensiones parece ser el ideal.⁴³

En París se construyeron nuevos mercados entre 1800 y 1850; su tipo fue un patio abierto rodeado de arcadas. El hierro llegó muy lentamente pero comenzó a usarse en las techumbres hacia 1830. Por su parte, en Inglaterra trabajó el brillante arquitecto Charles Fowler quien tuvo la comisión de construir el Mercado de Covent Garden para regularizar el antiguo mercado de 1670. En él utilizó motivos griegos y también empleó el hierro aunque como un material suplementario.⁴⁴

Desde Nueva York hasta Londres y París las tiendas hicieron uso del “revival” arquitectónico. Así, sus fachadas se inspiraron en el Antiguo Egipto, en la época del gótico, les dieron toques isabelinos o se dejaron influir por la época de Luis XV.

A pesar de la definitiva evolución de las tiendas y almacenes, con precios fijos, el modelo del mercado parece persistir en todas las culturas como una alternativa recurrente de intercambio y distribución.

Los dos tipos de mercados conocidos en el mundo occidental antes de la conquista de México son, pues, por una parte, el modelo romano y sus derivaciones renacentistas en los tratados y físicamente, que se desarrollaron en las principales ciudades europeas y, por el otro, el modelo andaluz, fincado en su pasado árabe y, por lo tanto, cercano a los zocos.

⁴³ Rodríguez, “Del mostrador al mercado”, 40-41.

⁴⁴ Pevsner, *A History of Buildings Types*, 240.

CAPÍTULO II

EL *TIANQUIZTLI*. EL MERCADO EN TENOCHTITLAN.

II. 1. *El glifo Tianquiztli*.

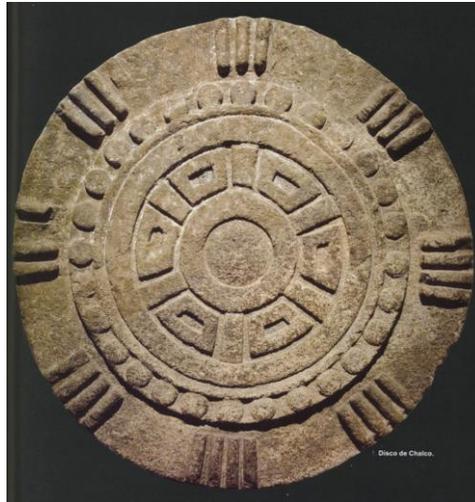
La Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología conserva una piedra circular denominada el *Disco de Chalco* [fig. 8]: “En su cara principal fueron tallados en bajorrelieve, de adentro hacia afuera, un círculo, un anillo pequeño, seis trapecios calados y separados entre sí por seis barras, un anillo grande, 28 círculos lisos y, por último, ocho conjuntos de cuatro barras que se distribuyen radialmente en el borde de la pieza.”⁴⁵ Junto con otros fragmentos semejantes el disco había sido identificado, de manera errónea, como un raro monumento solar.

Pero según los estudios de Leonardo López Luján, las piezas tienen esculpida la “inconfundible convención glífica” que simboliza al *tianquiztli* o mercado. El glifo había sido también utilizado para representar topónimos o nombres de localidades; por ejemplo, en la *Relación Geográfica de Tetlitzaca*, en cuyo mapa se dibujó el glifo *tianquizmanalco*, “donde se coloca el mercado” [fig. 9, a].⁴⁶ Tetlitzaca es un pueblo del actual estado de Hidalgo que dependía de Cempoala.

Un glifo semejante aparece en el caso de Tianquistenco (“en la orilla del mercado” [fig. 9, d]) empleado en la *Matrícula de Huexotzinco*, el cual posee varias huellas de pie que quizá indiquen congregación o llegada de comerciantes.

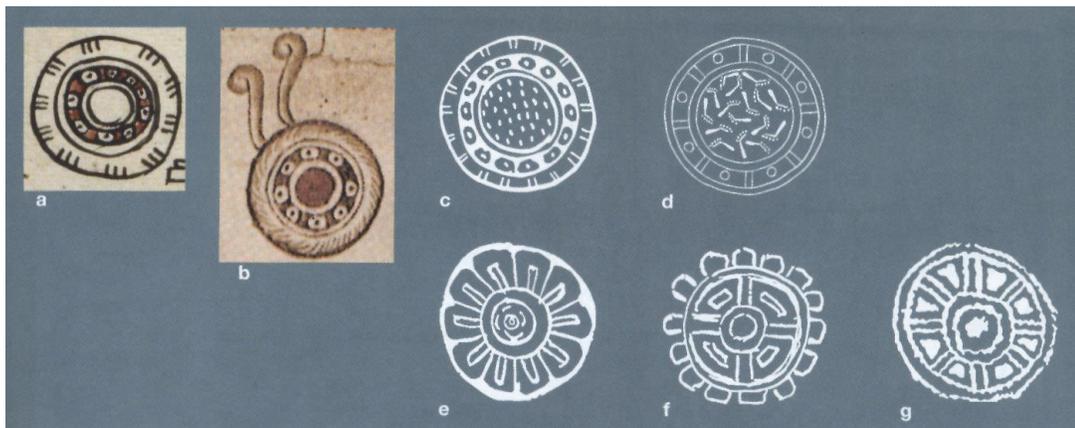
⁴⁵ Leonardo López Luján y Bertina Olmedo, “Los monolitos del mercado y el glifo *tianquiztli*”, *Arqueología mexicana* XVII, núm. 101 (enero-febrero, 2010): 18.

⁴⁶ Rafael López Guzmán, *Territorio, poblamiento y arquitectura. México en las Relaciones Geográficas de Felipe II* (Granada: Universidad de Granada/Atrio, 2007), 152.



8. Disco de Chalco. Glifo *Tianquiztli*. Posclásico tardío.
Sala Mexica. Museo Nacional de Antropología.

El glifo del pueblo de Pochtlan muestra “el lugar del pochote”, el árbol bajo el cual se reunían los *pochtecah* o mercaderes.⁴⁷



9. Topónimos del glifo *Tianquiztli*.

El glifo en la figura 9c, que corresponde a Xaltianquizco, de acuerdo con el *Códice Mendoza*, parece recordarnos que las Pléyades (en griego, palomas) se denominaban *Tianquiztli* en el México prehispánico, las cuales marcaban el quinto punto cardinal y se esperaba su vista con gran ansiedad.⁴⁸

⁴⁷ López Luján y Olmedo, “Los monolitos del mercado...”, 19

⁴⁸ Agradezco este dato a Amadís Ross. Cfr. Anthony F. Avery, *Skywatchers* (Austin: University of Texas Press, 2001), 33.

El glifo de mercado aparece igualmente en la lámina 7 del *Códice Vindobonensis* [fig. 10], en un ejercicio de síntesis genial, con un conjunto de pies, en diferentes posiciones, reunidos en un pequeño espacio.

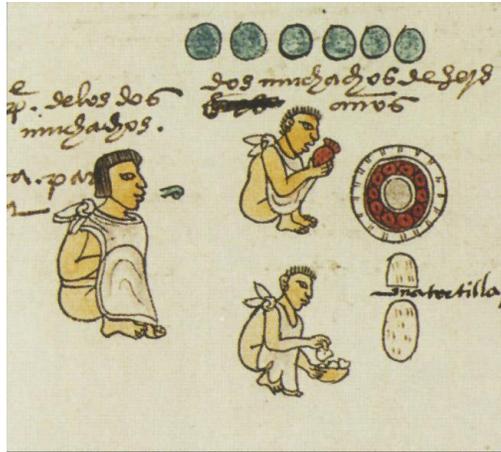


10. Glifo *Tianquiztli*. Códice Vindobonensis.

Según fray Diego Durán, en el área destinada al mercado había un espacio consagrado al culto de la imagen del dios de los mercados, sitio en el que se le ofrecían “mazorcas de maíz axí tomatl fruta y otras legumbres y semillas y pan en fin de todo lo que se vendía en el tianquiz unos dicen que se quedaba allí y que se perdía otros dicen que no sino que se recojía para los sacerdotes y ministros de los templos”.⁴⁹ Según el texto, marcaba lo que en español antiguo se denomina “mentidero” y en náhuatl “momoztli”, lugar en el cruce de caminos, en este caso en medio del tianguis, donde la gente se detenía a conversar [fig. 11]. Dice Durán: “En estos mentideros de los tianquiz había fijadas unas piedras redondas labradas tan grandes como una rodela y en ellas esculpidas una figura redonda como una figura de un sol con unas pinturas á manera de rosas á la redonda con unos círculos redondos.”⁵⁰

⁴⁹ Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, t. II, cap. XCVIII, 217.

⁵⁰ Durán, *Historia de las Indias...*, tratado 2º, lámina 10ª, 215.



11. Glifo *Tianquiztli*. Códice Mendoza, f. 67r.

El texto mismo de Durán fue acompañado por la pictografía de un glifo tianquiztli [fig. 12], una amplificación del glifo del mercado que contiene a “los artífices del intercambio comercial, con sus posiciones específicas y sus gestos”.⁵¹

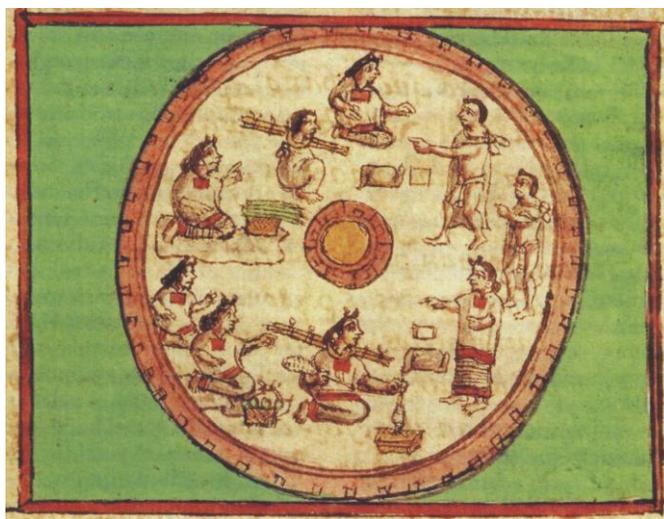
II. 2. *El intercambio entre los mexicas.*

Los orígenes del intercambio de bienes en Tenochtitlan se remontan al siglo XV, cuando los mexicas empezaron a ensanchar sus dominios y comenzaron a llegar desde tierras lejanas productos como jade, algodón, cacao, metales preciosos y, poco a poco, se fue definiendo el oficio de mercader, el cual también era apoyado por la nobleza y por los sacerdotes, en su interés por obtener productos manufacturados.⁵²

El comercio se realizaba, entonces, entre México-Tenochtitlan y el Golfo de México o el Océano Pacífico. Los pochtecas organizaban y dirigían las caravanas de cargadores de la ciudad a las costas; allí vendían los productos manufacturados por los artesanos como las telas, mantas de piel de conejo, vestidos de lujo, joyas de oro, orejeras de obsidiana y de cobre, cuchillos de obsidiana, tintura de cochinilla, hierbas medicinales o para hacer perfumes.

⁵¹ Alessandra Russo, *El realismo circular. Tierras, espacios y paisajes de la cartografía novohispana, siglos XVI y XVII* (México: Instituto de Investigaciones Estéticas/UNAM, 2005), 75.

⁵² Diego G. López Rosado, *Los mercados de la Ciudad de México* (México: Secretaría de Comercio, 1982), 22-23.



12. Glifo *Tianquiztli* . Fray Diego Durán. *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*. Tratado 2º, lámina 10ª.

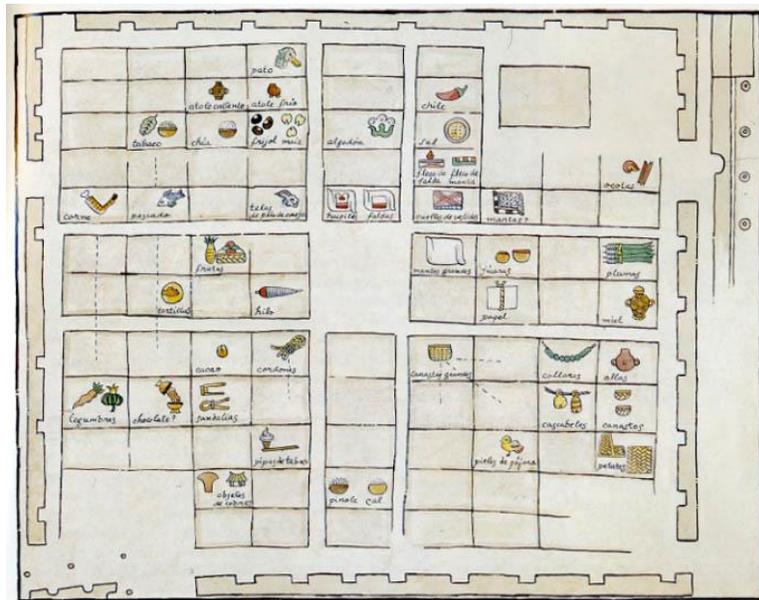
Como intercambio traían artículos exóticos: el chalchihuitl (jade verde y transparente), esmeraldas, plumas de quetzal, caracoles marinos, conchas de tortuga, pieles de jaguar y de puma, ámbar, plumas de papagayo y de otras aves. Su comercio consistía, entonces, en la exportación de objetos manufacturados a cambio de artículos de lujo.

Cuando se hizo el trazo de la plaza principal de Tenochtitlan, en la época de Motecuhzoma Ilhuicamina, allí quedó instalado el mercado. Pero a medida que fue creciendo el comercio de productos con las regiones aledañas, el espacio fue insuficiente así que vencido Tlatelolco hacia 1473, la mayor parte de las transacciones se pasaron para allá y en la plaza original (nuestra actual Plaza de la Constitución) quedó sólo un mercado en pequeña escala [fig. 13].

El intercambio de bienes en Tlatelolco tenía una amplia tradición que se remontaba también al siglo XV y la mayoría de los comerciantes estaban establecidos allí. Sus posibilidades de comunicación eran más ventajosas que las de Tenochtitlan, donde sólo había una acequia al sur, mientras que Tlatelolco tenía acceso por varias, algunas muy caudalosas. Además, tenía muy cerca el embarcadero de La Lagunilla y se ligaba directo a tierra firme por la Calzada del Tepeyac.⁵³ La Lagunilla tenía una importancia estratégica en

⁵³ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 28.

la ubicación de este mercado, pues como su nombre lo indica, formaba una laguneta irregular con muchos barrios en sus riberas.



13. Reconstrucción hipotética del mercado de Tenochtitlan, basada en el *manuscrito 106* de la colección Groupil Aubin II.⁵⁴

En ese islote había aparecido la primera liga o gremio de mercaderes, designados con el antiguo título de pochtecas. Los miembros pertenecían a un mismo linaje, y se especializaban por categorías:

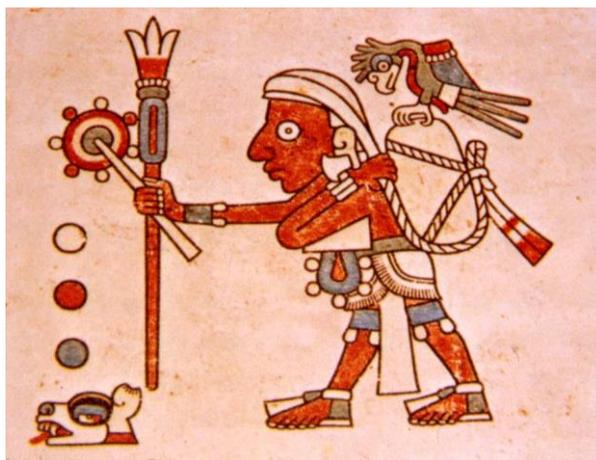
[...] la calidad y variedad de los productos eran ya asombrosas: telas, ropa bordada, joyas de oro, de cobre o de obsidiana, cuchillos de obsidiana, tintura de cochinilla, hierbas medicinales, chalchihuites, esmeraldas, conchas marinas, pieles de jaguar, ámbar y plumas de guacamaya, quetzal y otras aves exóticas. Además figuraba ya el cacao, brebaje predilecto de la nobleza.⁵⁵

⁵⁴ Tomado de Yoko Sigiura y Fernán González de la Vara, *La cocina mexicana a través de los siglos. I. México antiguo* (México: Clío, 1996), 59.

⁵⁵ Patrick Johansson K., "Los pochtecas en la obra de Sahagún", *Arqueología mexicana* VI, núm. 36 (marzo-abril, 1999): 48.

II. 3. *Los pochtecas.*

El término pochteca se ha vuelto genérico para designar a todos los mercaderes de Tenochtitlán y Tlatelolco, pero se refiere en especial a la gente del barrio de Pochtlán (literalmente “el lugar del humo”) aunque las descripciones de Bernardino de Sahagún vuelven esta denominación como dominante y que puede aplicarse a quienes se dedicaban al comercio [fig. 14].⁵⁶



14. Dios de los pochtecas. *Códice Fejérváry Mayer. Tonalámatl de los pochtecas, 31.*

El mercado de Tlatelolco se instalaba diariamente pero era usual que cada cinco días fuera de mayor tamaño y, según las crónicas de *El Conquistador Anónimo*, este día se reunían entre cuarenta y cincuenta mil personas. Era un espacio abierto, rodeado de portales y cada uno de los productos estaba agrupado por orden, según el tipo de mercancía y no podía variar; había una rigurosa reglamentación territorial con leyes muy precisas.

Los productos que allí se vendían estaban destinados a proveer a la gran Tenochtitlan que si bien estaba en un islote que cubría sus necesidades básicas gracias a la caza de aves acuáticas y la recolección y pesca de productos de la laguna, sus habitantes requerían de bienes relacionados con la habitación y el vestido.

⁵⁶ Ross Hassig, “El comercio a larga distancia en Mesoamérica y los pochtecas”, *Arqueología mexicana* XXI, núm. 122 (julio-agosto, 2013): 37.

La ausencia de piedra, madera y otros materiales para la edificación había obligado a los mexicas a buscar un contacto de tipo comercial con los pobladores de tierra firme. Según fray Diego Durán: “Salían en nombre de cazadores de aves y de pescadores, y trocaban aquellas cazas y pescas por madera de morillos y tablillas, leña y cal y piedra.”⁵⁷ En el momento del apogeo de México-Tenochtitlan, entre 1428 y 1521, los agricultores mexicas lograron una economía autosuficiente:

Su casa, hecha de barro, estaba construida por ellos o con la ayuda de amistades o parientes; su principal instrumento de labranza, la coa, era fabricada también por ellos, así como el metate para moler maíz; los instrumentos para hilar y las prendas de vestir eran confeccionadas por sus mujeres con fibras de maguey y también elaboraban sin dificultad vasijas sencillas.⁵⁸

Los agricultores, artesanos y el intercambio con el exterior abastecieron, pues, a la ciudad. Pero el volumen de estos artículos era mínimo comparado con lo que se obtenía gracias al tributo que recibían los mexicas de las poblaciones que tenían sometidas y que se localizaban en un amplio territorio. Los pobladores, según su estado, tenían la obligación de dar bienes y servicios a los representantes del poder político. Por ejemplo, los campesinos, a cambio del uso de la tierra, debían pagar un tributo y dar servicios personales tanto a la comunidad como a las autoridades. Los artesanos particularmente debían pagar tributo en forma de manufacturas, entre las que sobresalían la alfarería y la cestería, así como los hilados y tejidos que eran labor de las mujeres.⁵⁹

La *Matrícula de Tributos* ha conservado la lista de todos los productos que se pagaban a Tenochtitlan como tributo y que se guardaban en los almacenes reales. Prevalecía una gran cantidad de productos agrícolas como maíz, frijol, huauhtli, chía, chiles y cacao; había también miel y sal, así como materias primas como cal, algodón, cochinilla, madera para construcción y plumas.⁶⁰

⁵⁷ Durán, *Historia de las Indias...*, t. II, cap. V, 49.

⁵⁸ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 14-15.

⁵⁹ Pedro Carrasco, “La sociedad mexicana antes de la Conquista”, en *Historia general de México* (México: El Colegio de México, 1977), t. I, 221-225.

⁶⁰ Carrasco, “La sociedad mexicana...”, 228.

A medida que Tenochtitlan fue evolucionando como ciudad, sus transacciones de intercambio se hicieron más complejas. El grupo de los mercaderes comenzó a adquirir gran poder y además estuvieron especialmente ligados con el ascenso de una clase noble que comenzó con el reinado de Acamapichtli (1372-1391).⁶¹ No solamente se dedicaban a comprar y vender artículos sino que también llevaban a cabo diversas formas de contratos y préstamos. Ellos: “Arriesgaban sus vidas para traer de vuelta al mercado –ubicado en el *axis mundi* marcado por el pochote o la ceiba– los bienes exóticos y las noticias de regiones lejanas.”⁶² Comerciabán con mercancías más costosas que el común de los mercaderes y recorrían mayores distancias. Conforme la nobleza mexicana se fue expandiendo, el intercambio de los pochtecas lo hizo también, añadiendo mercancías más raras y exóticas a su repertorio.⁶³ Fray Juan de Torquemada compara a Yacatecuhtli, uno de sus dioses, con Mercurio y alude a la astucia de los mercaderes: “[...] eran los más ricos porque gozaban de todo y como tales hacían sus fiestas muy solemnes”.⁶⁴ Además, poseían su propio *tonalámatl* o “libro de los destinos”,

[...] con el cual los sabios del gremio pronosticaban la suerte de las empresas mercantiles y determinaban las fechas propicias para la salida y el regreso de las expediciones. Miguel León-Portilla identificó uno de estos libros astrológicos, también conocido como *Códice Fejérvary-Mayer*, al que dio el nombre de Tonalámatl de los Pochtecas.⁶⁵

Por otra parte, no eran los únicos que asistían al mercado. La mayor parte de las mercancías que llegaban a Tenochtitlan lo hacían sobre las espaldas de los mismos productores locales, quienes llevaban sus productos a lo largo de varios días de viaje.⁶⁶

⁶¹ Hassig, “El comercio a larga distancia en Mesoamérica...”, 38.

⁶² López Luján y Olmedo, “Los monolitos del mercado y el glifo...”, 20.

⁶³ Hassig, “El comercio a larga distancia en Mesoamérica...”, 38.

⁶⁴ Citado por Miguel León-Portilla, “Los dioses de los pochtecas”, *Arqueología mexicana*, XXI, núm. 122, (julio-agosto, 2013): 47.

⁶⁵ Johansson K., “Los pochtecas en la obra de Sahagún”, 51.

⁶⁶ Hassig, “El comercio a larga distancia en Mesoamérica...”, 37.

II. 4. *El mercado prehispánico en las crónicas de los conquistadores.*

La principal fuente documental que disponemos para el conocimiento de Tenochtitlan y sus costumbres, especialmente aquellas anteriores a la conquista, como los mercados, la constituyen la suma de escritos de los primeros visitantes españoles a la ciudad.

El asombro de sus autores es permanente, en primer lugar por el tamaño de las plazas y por la multitud que allí se reúne. Hernán Cortés ya había visto algunos mercados antes de llegar a Tenochtitlan y ya se había maravillado del número de visitantes y la variedad de sus productos; de uno de los pueblos que visita dice:

En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber; así joyerías de oro y plata y piedras y de otras joyas de plumajes, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo.⁶⁷

Cuando se refiere al mercado de Tlatelolco, una vez que ha llegado a la gran Tenochtitlan, tiene ese antecedente. Su narración está hecha en tiempo presente:

[...] Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas [...].⁶⁸

Y Francisco Hernández, el protomédico de Felipe II, terminó su descripción de los mercados utilizando términos de acuerdo con el modelo romano; de esta manera habla de artífices, pretores, lictores.

No se puede decir cuántas y cuán varias cosas exponen a la venta; cuántos artífices estén presentes; con cuánta cantidad de hombres hierven los mercados; con cuánta

⁶⁷ Hernán Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación* (México: Porrúa, 2004), 45.

⁶⁸ Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, 72.

cura y diligencia los gobernadores mexicanos y los pretores tlatelulcenses y sus lictores y ministros, estén atentos a todo lo que tengan que reprimir.⁶⁹

La mayoría de los cronistas que hacen un recorrido por los mercados siguen el orden de los tipos de productos que allí se comerciaban. Por ejemplo, hablan de los mercaderes de oro, piedras preciosas y plumas ricas. El primero se vendía en su estado puro o trabajado de diversas maneras, lo mismo que la plata:

[...] platos hexagonales que tenían tres partes de oro alternadas con otras tantas de plata, adheridas unas a las otras pero no pegadas en manera alguna, sino fundidas, consolidadas y soldadas en la misma fusión [...] peces con una escama de oro y otra de plata; pericos que tenían la lengua, la cabeza y las alas movibles; monas con la cabeza y los pies flexibles y haciendo girar el huso como si estuvieran tejiendo [...]. Todo lo cual nuestros artífices no pudieron emular [...].⁷⁰

Son estos los objetos que más sorprenden a los visitantes del mercado.

Carecen de acero y hierro, pero oro, plata, estaño, plomo y latón los tienen en abundancia. Cualquiera que desee estos metales en bruto, fundido, forjado o artísticamente transformado en joyas de todas clases, los hallará fácilmente. Es tanta la habilidad de sus artífices, que cuanto se ofrece a sus ojos lo saben forjar y esculpir con belleza tal, que emula a la propia naturaleza. No existe figura de ave, ni rostro o cuerpo de cuadrúpedo de que Moctezuma no posea fidelísimas imágenes, que miradas de lejos dan la sensación de estar vivas. Esto no sorprenderá a Tu Beatitud, pues tuvo ocasión de ver no pocas en aquel presente que de allá enviaron, antes de su partida de España para Roma.⁷¹

También se impresionaron por los trabajos de plumaria. En el mercado se vendían las plumas sueltas de todos los colores y penachos ya confeccionados “[...] para adornar y

⁶⁹ Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España* (Madrid: Dastin, 2003), cap. XXVII, 115.

⁷⁰ Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, 114.

⁷¹ Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, t. II, 478. Anglería escribe una serie de cartas a su antiguo protector, el cardenal Ascanio Sforza. El autor conoció a los navegantes y conquistadores de su época y se interesó profundamente en sus hallazgos aunque nunca pisó los nuevos territorios.

coser en los vestidos que llevan a la guerra y en sus fiestas”,⁷² así como las pieles de los animales con su pluma, los picos y las uñas. Según la descripción de Francisco López de Gómara, allí había:

Cueros de venados, crudos, y curtidos, con su pelo, y sin él. Y de muchas colores teñidos, para zapatos, broqueles, rodela, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves, con su pluma, adobados, y llenos de yerba. Unas grandes, otras chicas. Cosa para mirar por las colores, y extrañeza.⁷³

Y acerca del oficio de los amantecas añade:

Y son los Indios tan oficiales desto, que hazen de pluma una mariposa, un animal, un arbol, una rosa, las flores, las yervas y peñas, tan al proprio, que parece lo mismo que o está vivo, o natural. Y aconteceles no comer en todo un día poniendo, quitando, y assentando la pluma y mirando a una parte, y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre por ver si dize mejor a pelo, o contrapelo, o al traves. De la haz, o del enves. Y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perficion.⁷⁴

Había casos en que el trabajo se convertía en una especie de taxidermia: “Para satisfacer su apetito sensual se venden vivas cierta especie de aves rapaces o bien su corambre⁷⁵ entera rellena de algodón, de modo que el que las mira cree que tienen vida.”⁷⁶ Los animales se clasificaban según sus especies: entre las aves destacaban las “gallinas de la tierra”, o sea guajolotes, que así eran designados por los españoles, distinguiéndolas de las gallinas de Castilla,⁷⁷ ejemplares desconocidos en Tenochtitlan pero que al llegar se adaptaron y multiplicaron. Se vendían también pollos, perdices, codornices, palomas (traídas de España), multitud de pájaros, papagayos e incluso águilas, halcones y gavilanes.

⁷² El Conquistador Anónimo, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temistitan México. Escrita por un compañero de HERNÁN CORTÉS* (México: América, 1941), 44.

⁷³ Francisco López de Gómara, *La Conquista de México* [Zaragoza, 1552] edición facsimilar (México: Condumex, 1978), XLViv.

⁷⁴ López de Gómara, *La Conquista de México*, XLVII.

⁷⁵ *Corambre* es el conjunto de cueros o pellejos de algunos animales.

⁷⁶ Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, t. II, 476.

⁷⁷ “[...] pavos que los españoles llaman gallinas, al igual que lo hacen nuestras campesinas con los pollos [...]”, Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, t. II, 475.

Había conejos, liebres, venados, patos y los perros pequeños que criaban y castraban para ser comidos, los xoloitzcuintli. El protomédico Hernández se sorprende de todo lo que comen los indígenas:

¿Y de qué cosas no extraen comida para exponerla a la venta? Son raros los animales que perdona su paladar, puesto que se alimentan aun de serpientes venenosísimas, después de que les han cortado y desechado las cabezas y las colas; de perros, de topos, lirones, lombrices, piojos, ratones, musgo lacustre, sin que quiera yo recordar el lodo lacustre y otras cosas de la clase de los animales y plantas, hórridas y nefandas.⁷⁸

En efecto, los cronistas hablaban de algunos panecillos realizados con el limo de la laguna, que ponían a secar y luego cortaban en trozos; era un alimento con gran demanda entre los indígenas. A Bernal Díaz del Castillo le recordaba el sabor del queso y Motolinía en sus *Memoriales* describe cuidadosamente su factura.⁷⁹ Es el que López de Gómara, capellán de Hernán Cortés, describe como un material que:

[...] con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida, que se cria sobre la agua de las lagunas de Mexico, y se quaja que ni es yerva, ny tierra, sino como cieno [...]. Hazelo tortas, como ladrillos. Y no solo las venden en el mercado, mas llevanlas también a otros fuera de la ciudad, y lejos. Comen esto como nosotros el queso. Y allí tiene un saborcillo de sal, que con chilmolli⁸⁰ es sabroso.⁸¹

Había también miel de abejas, cera y “miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es muy mejor que arrope,⁸² y de estas plantas hacen azúcar y vino, y asimismo venden”.⁸³

⁷⁸ Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, 114-115.

⁷⁹ Este limo se denomina en náhuatl *tecuítlatl*, que significa literalmente excremento de las piedras. Parece corresponder al alga spirulina. Para su elaboración *cfr.* Fray Toribio Motolinía, *El libro perdido* (México: Conaculta, 1989), 4ª parte, cap. XXIV, 607 y *Memoriales*, t. II, cap. XXII.

⁸⁰ El *chilmolli* es una pasta de especias, tipo mole, de origen yucateco.

⁸¹ López de Gómara, *La Conquista de México*, XLVII.

⁸² El arrope (*rubb* en árabe) era un jugo de uvas bien cocido, libre de poso. Expiración García Sánchez, “La gastronomía andalusí”, *El Zoco. Vida económica y artes tradicionales*, 51.

Había también casas de boticarios que vendían unguentos y emplastos. López de Gómara no puede sino mirar “brujerías” detrás de ese ancestral conocimiento de las plantas:

Ay que mirar en las yervas, raíces, hojas y semillas, que se venden, así para comida como para medicina. Ca los ombres y mugeres, y niños conocen mucho en yervas porque con la pobreza, y necesidad, las buscan para comer, y guarecer de sus dolencias, que poco gastan en medicos, aunque los ay. Y muchos boticarios que sacan a la plaça unguentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yervas. Que aun hasta para matar los piojos tienen yerva propia, y conocida.⁸⁴

Cortés, al describir los hilados de algodón, menciona que los hay “[...] de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada⁸⁵ en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad”.⁸⁶

El mercado proveía a los pintores de los más diversos colores, “cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser.”⁸⁷ Hernández se pregunta: “¿Qué diré de las varias diferencias de pigmentos desconocidos para los nuestros que se fabrican de flores, frutos, raíces, hojas, cortezas, piedra, madera y de otras que no podrían sin fastidio enumerarse con exactitud?”⁸⁸ Por su parte, el aceite de chía se utilizaba para preservar las esculturas de los dioses que estaban al aire libre.⁸⁹ Así lo señala López de Gómara, “unos la comparan a mostaza, y otros a zaragatona. Con que untan las pinturas porque no las dañe el agua”.⁹⁰ El papel se obtenía de las cortezas de los árboles, de los cuales sacaban también la leña para quemar y la madera para techar las casas.

Cortés, agotado, concluye: “Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y

⁸³ Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, 73.

⁸⁴ López de Gómara, *La Conquista de México*, XLVII.

⁸⁵ Cfr. páginas 15-16 de esta tesis.

⁸⁶ Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, 73.

⁸⁷ Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, 73.

⁸⁸ Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, 115.

⁸⁹ Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, 115.

⁹⁰ López de Gómara, *La Conquista de México*, XLVII.

de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y *aun por no saber poner los nombres, no las expreso.*”⁹¹

Dentro de ese espacio también era factible contratar servicios. Según el mismo Cortés había “muchas personas, trabajadores y maestros de todos los oficios, esperando quien los alquile por sus jornales”. Había “casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas”.⁹² Era también un espacio de producción artesanal, por ejemplo, de navajas prismáticas de obsidiana, con un constante flujo de clientes para ello y para otras herramientas de piedra.⁹³

En ese sitio el robo y otros delitos eran castigados severamente y con prontitud, con mayor rigor que los cometidos en otros lugares. Mendieta asegura que el ladrón que robaba algo de valor en el palacio o en el mercado, por ejemplo prendas de ropa o algún tejuelo de oro, o aquel que cometiera pequeños hurtos en el mismo tianguis era ahorcado, pues “[...] tenían por grave el pecado cometido en la plaza o mercado”.⁹⁴

Nada podía venderse fuera de ese espacio, pues había una ley que así lo establecía, pero igualmente “había temor de agüeros y de mal suceso y enojo del dios del mercado y así no osaban vender fuera de él cosa ninguna”.⁹⁵ Una especie de Mercurio mexicana.

Son los mercados tan apetitosos y amables á esta nación y de tanta fruición que acude á ellos y acudía en especial á las ferias señaladas gran curso de gente como á todos es manifiesto. Paréceme que si á una india tianguera hecha á cursar los mercados le dixen mira hoy es tianguis en tal parte cual escojerás mas aina irte desde aquí al cielo ó ir al mercado sospecho que diría dejeme primero ver el mercado que luego iré al cielo y se holgaría de perder aquel rato de gloria por ir al tianguiz y andarse por él paseando de aquí para allí sin utilidad ni provecho ninguno solo por dar satisfecho á su apetito y golosina de ver el tianguiz.⁹⁶

⁹¹ Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, 73. Las cursivas son mías.

⁹² Cortés, *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, 73.

⁹³ Kenneth Hirth, “Los mercados prehispánicos. La economía y el comercio”, *Arqueología mexicana* XXI, núm. 122, (julio-agosto, 2013): 34-35.

⁹⁴ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana* (México: Porrúa, 1971), 138.

⁹⁵ Durán, *Historia de las Indias...*, t. II, cap. XCVIII, 217.

⁹⁶ Durán, *Historia de las Indias...*, t. II, cap. XCVIII, 216.

Añade que muchas personas en los mercados “no hacen otra cosa sino pasearse y andarse mirando la boca abierta de un cabo para otro con el mayor contento del mundo [...]”.⁹⁷

Según lo imagina Jacques Soustelle:

Todo el día, y ciertamente ello constituiría un placer, se podía deambular de un lado a otro en esta fiesta comercial, hacer sus comidas, encontrar parientes o amigos, a lo largo de los pasadizos bordeados de montículos inestables, de frutas y telas multicolores desplegadas, discutir pausadamente con una indígena en cuclillas detrás de sus verduras, divertirse ante la cara asombrada de un otomí que ha venido de las montañas para vender algunas pieles de animales o contemplar con envidia la prosperidad de un *pochtecatl* recién llegado de las fabulosas regiones del sureste, con sus plumas de guacamayo y sus joyas de jade traslúcido.⁹⁸

Desde esta época fue usual que los puestos fueran desmontables, incluso en Tlatelolco. Al atardecer resonaba por toda la ciudad el profundo golpe del enorme teponaxtle del templo de Quetzalcóatl. Éste indicaba el fin de todas las actividades en los mercados y en las calles.

En épocas recientes, en las excavaciones, por ejemplo en Xochicalco, los mercados se pueden ubicar cuando hay restos arquitectónicos en torno a plazas, edificios menores asociados con la organización comercial, pisos con un *ph* diferente y altas concentraciones de fosfatos, resultado de abundante materia orgánica, y evidencia de restos de artesanías, como los desechos de talla de obsidiana, que son demasiado pequeños para ser totalmente retirados de las superficies donde se producían.⁹⁹

II. 5. *El cacao como moneda.*

Como moneda se usaban los granos de cacao, aunque era distinto del que se usaba para preparar bebidas. Sabemos que también se podía falsificar, al extraer una buena porción del

⁹⁷ Durán, *Historia de las Indias...*, t. II, cap. XCVIII, 217.

⁹⁸ Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista* (México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1982), 44.

⁹⁹ Kenneth Hirth, citado por López Luján y Olmedo, “Los monolitos del mercado...”, 21. Hirth, “Los mercados prehispánicos”, 34-35.

grano a través de un pequeño orificio y después se rellenaba con lodo, huesos de aguacate molidos, arena u otro material semejante, a fin de que diera el peso normal y luego los mezclaban con los cacao buenos por lo que era muy difícil distinguir unos de otros.¹⁰⁰ No obstante, este doble carácter del cacao hace afirmar a Pedro Mártir de Anglería: “¡Oh, feliz moneda, que proporcionas al linaje humano tan deliciosa y útil poción y mantienes a sus poseedores libres de la infernal peste de la avaricia, ya que no se te puede enterrar ni conservar mucho tiempo!”¹⁰¹ Según lo afirma Gonzalo Fernández de Oviedo, considerado el primer cronista de América:

[...] ninguna cosa hay entre aquella gente, donde esta moneda corre, que se dexede comprar é de vender de aquella misma manera que entre los chripstianos lo suelen hacer con buenos doblones ó ducados de a dos [...] un conejo vale diez almendras destas, é por quatro almendras dan ocho pomas o nísperos [...]; y un esclavo vale çiento, é mas é menos almendras destas, segund es la pieza ó la voluntad de los contrayentes se conçiortan.¹⁰²

Otra forma de signo cambiario fue el oro, en grano o en polvo, encerrado en cañones transparentes de pluma de ánade, para que mostrara la cantidad que contenía; pero el jade fue más apreciado que el oro y se usaba en forma de cuentas.¹⁰³ También las grandes mantas de algodón blanco, *quachtli*, funcionaban como dinero y complementaban los granos de cacao. Los esclavos eran valuados conforme a esas mantas.¹⁰⁴

Hay medidas que no han podido cuantificarse pero aparecen en los códices; por ejemplo, los manojos y talegas de plumas; los cestos de maíz, cacao y chía mezclados; los fardos de algodón o de chile; los cestos y bultos de copal; los panes de liquidámbar o de sal; los cántaros con miel de maguey o de abeja; las bolsas de cochinilla o de hule; las cazuelas de barniz o de turquesas y, las jícaras de oro en polvo.¹⁰⁵

¹⁰⁰ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 38. Frances Berdán, “Los medios de intercambio en la época prehispánica y la Colonia”, *Arqueología mexicana*, XXI, 122, (julio-agosto, 2013): 64.

¹⁰¹ Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, t. II, 477-478.

¹⁰² Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851), VIII, cap. XXX, 316.

¹⁰³ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 38-39.

¹⁰⁴ Berdán, “Los medios de intercambio en la época prehispánica...”, 64-65.

¹⁰⁵ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, p. 37.

CAPITULO III

EL MERCADO NOVOHISPANO EN EL SIGLO XVI

III.1. *La nueva traza de la ciudad.*

Existen diversas teorías para explicar la traza de las ciudades hispanoamericanas en el siglo XVI, pero hay dos ideas que prevalecen sobre las demás. La que afirma la influencia preponderante de los ideales clásicos surgidos en los tratados italianos y que sigue una tradición urbanística romana y castellana pero, al mismo tiempo, y particularmente en el caso de Tenochtitlan, el deseo de considerar el antecedente del espacio indígena, que había colocado hacia el norte de su plaza central los lugares sagrados, los cuales fueron sustituidos, en sus límites, por la catedral y hacia el sur los palacios de los emperadores, que pasaron a ocupar los nuevos gobernantes virreinales.¹⁰⁶ En efecto, Hernán Cortés había tomado para sí las casas viejas y nuevas de Moctezuma, situadas en la antigua calle del Empedradillo y lo que después fue el Palacio Virreinal y sobre los restos del terraplén del teocalli de Huitzilopochtli se edificó la Iglesia Mayor, que después fue catedral.¹⁰⁷ La superposición de una ciudad sobre otra no fue, en efecto, perfecta por el desplazamiento y acarreo de materiales; “por ello se ha podido excavar el Templo Mayor que no está debajo de la catedral como se había pensado durante siglos, algo lógico puesto que sirvió de cantera a las obras de la catedral”.¹⁰⁸ Como afirma George Foster, “los planificadores españoles estructuran las nuevas ciudades coloniales como una combinación de elementos urbanísticos prehispánicos que ya existían y que habían demostrado su funcionalidad, con sus propias experiencias obtenidas en la península”.¹⁰⁹

¹⁰⁶ Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de Sor Juana* (México: Taurus, 2005), 23. Cfr. María Teresa Suárez Molina, “La Plaza Mayor de México”, en el catálogo de la exposición *Los Pinceles de la Historia. De la patria criolla a la nación mexicana (1750-1860)* (México: Museo Nacional de Arte/INBA-IIIE/UNAM, noviembre, 2000-marzo, 2001), 104-113.

¹⁰⁷ María de la Luz Velázquez, *Evolución de los mercados en la Ciudad de México hasta 1850* (México: Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1997), 29.

¹⁰⁸ Jacques Lafaye, “De ciudad con plaza a plaza con ciudad”, en *Plazas Mayores de México. Arte y luz* (México: Grupo Financiero BBVA Bancomer, 2002), 105.

¹⁰⁹ George Foster, *Cultura y conquista: la herencia española en América*. Citado por Lucía Mier y Terán Rocha, *La primera traza de la ciudad de México 1524-1535*, t. I (México: Universidad Autónoma Metropolitana/FCE, 2005), 79.

La plaza prehispánica se había trazado en tiempos de Moctezuma I, hacia 1461. Él “extendió los términos del Templo Mayor rodeándolo de *coatepantli* y añadió al lado sur del mismo, la gran plaza que servía de tianguis”.¹¹⁰ Éstos, como hemos visto en el capítulo II, estaban apoyados en una estructura que integraba acequias y puentes que permitían el abasto de la ciudad; a veces las canoas eran los puestos mismos pues pagaban un impuesto, aunque menor, de quienes se instalaban en la plaza.¹¹¹ El centro del espacio marcaba, además, el sitio donde se había realizado la ceremonia de fundación, lo cual contribuía a su alto valor simbólico.¹¹² Y sobre los restos de esa ciudad antigua surgía un nuevo orden.

La nueva ciudad, construida sobre las cenizas de la antigua Tenochtitlan con sus propias piedras, partía de conceptos urbanísticos europeos que al aplicarse a la realidad azteca se convertían en una propuesta urbanística concreta, basada en ideas tales como la centralidad, regularidad y seguridad, y a la vez limitada por elementos físicos autóctonos, que incluso en ocasiones eran desconocidos [...].¹¹³

En el ámbito de la plaza novohispana, tal como lo había concebido el alarife Alonso García Bravo (ayudado por Bernardino Vázquez) desde su traza inicial, están presentes los máximos poderes de la ciudad, el poder político, militar y eclesial, además de ser un lugar para ejercer la justicia a través de la picota, situada en la misma plaza. Ésta, como lo ha señalado Antonio Bonet, fue usualmente colocada por los españoles al trasplantar a las plazas americanas sus instituciones jurídicas y municipales [figs. 15 y 16]. Cuando se creaba una ciudad:

Lo primero que se hacía era hincar o plantar una picota, el llamado *árbol de justicia*, el rollo público y concejil, llamado simplemente *palo* [...] la ceremonia de confirmación de la posesión de un territorio se hacía dando un espaldarazo a la picota. Cuando una ciudad se trasladaba de lugar se trasladaba también el rollo

¹¹⁰ Sonia Lombardo de Ruiz, *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan según las fuentes históricas* (México: Secretaría de Educación Pública/ Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1973), 192.

¹¹¹ Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 19.

¹¹² Gabriel Ramón, “El umbral de la urbe: usos de la plaza mayor en Lima”, en *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros, eds. (México: Casa Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002), 266.

¹¹³ Mier y Terán Rocha, *La primera traza de la ciudad...*, 105.

[como sucedió en Bogotá en 1560]. Indispensable, era también signo de urbanización.¹¹⁴

La picota representaba la autoridad del Ayuntamiento y del Rey y era, además, un signo admonitorio. Allí “todos los delincuentes recibieron [...] el castigo por los delitos cometidos”.¹¹⁵



15. *Rollo público*. Piedra. Zempoala, Hgo.

“Metafóricamente era el lugar en que podían verse simultáneamente la piedad, la policía y la prosperidad.”¹¹⁶ En España, la mayor parte de las plazas tuvieron en su origen una cruz de piedra en el centro o en un lugar destacado. Matías Sagrador habla del poste-pica (simple estaca de ajusticiamiento), aunque más bien fuese un “rollo”, que indicaba el

¹¹⁴ Bonet Correa, *El urbanismo en España...*, 188.

¹¹⁵ Antonio Rubial García, “De teatro de las maravillas a universidad de pícaros. La Plaza Mayor en las crónicas virreinales”, en *Plazas Mayores de México. Arte y luz...*, 268.

¹¹⁶ Richard L. Kagan (en colaboración con Fernando Marías), *Imágenes urbanas del mundo hispánico (1493-1780)* (Madrid: El Viso, 1998), 254. *Cfr.* López Guzmán, *Territorio, poblamiento y arquitectura...*, 248. A esta publicación corresponden las dos imágenes de rollos públicos.

municipio o el señorío, que acotaba barrios y zonas privadas. Arquitectónicamente era un alto cilindro o pilar sobre una gradería.¹¹⁷



16. Rollo público. Piedra. Cholula, Pue.

La Plaza Mayor de México es la que hace exclamar a Cervantes de Salazar, (idealizando el espacio) en palabras de su personaje Alfaro: “¡Dios mío!, ¡cuán plana y extensa!, ¡qué alegre!, ¡qué adornada de altos y soberbios edificios, por todos cuatro vientos!, ¡qué regularidad!, ¡qué belleza!, ¡qué disposición y asiento!”¹¹⁸ A ello contesta Zuazo:

Hizóse así tan amplia para que no sea preciso llevar a vender nada a otra parte; pues lo que para Roma eran los mercados de cerdos, legumbres y bueyes, y las plazas Livia, Julia, Aurelia y Cupedinis, esta sola lo es para México. Aquí se celebran las

¹¹⁷ Citado por Alejandro Rebollo Matías, *La Plaza y Mercado Mayor de Valladolid, 1561-95* (Valladolid: Universidad de Valladolid/Salamanca: Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1989), 42.

¹¹⁸ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554. Tres diálogos latinos*, presentación de Margarita Peña (México: Trillas, 1988), 69-70.

ferias o mercados, se hacen las almonedas, y se encuentra toda clase de mercancías; aquí acuden los mercaderes de toda esta tierra con las suyas, y en fin, a esta plaza viene cuanto hay de mejor en España.¹¹⁹

La comparación con el mundo clásico es constante así como la percepción de ese espacio renacentista, con una buena dosis de imaginación, no ajeno a lo que el viajero había visto en otras ciudades del mundo conocido.¹²⁰ “Este es el *medius Janus*, paraje destinado a los mercaderes y negociantes, como en Sevilla las gradas, y en Amberes la bolsa: lugares en que reina Mercurio.”¹²¹ El dios Jano, de la mitología romana, se representa con dos caras, mirando hacia ambos lados de su perfil. Es el dios de las puertas y, por lo tanto, de las entradas.

El modelo novohispano no está muy lejano de las plazas flamencas, que reúnen en su espacio las casas consistoriales, los edificios públicos así como la panadería y la carnicería. En los Países Bajos las plazas fueron centros cívicos y de mercado por excelencia, con calles adyacentes.¹²²

Desde los primeros tiempos de la administración de la nueva ciudad, fue el cabildo la institución que comenzó a regular la vida urbana y a dirigir una política de colonización. “El cabildo va a tener un papel protagonista primordial para modelar la configuración formal y la organización social de la ciudad de México [...] Administraba la ciudad y no había asunto relacionado con la misma que escapara a su supervisión.”¹²³ El comercio fue igualmente controlado por el cabildo en cuanto a su espacio físico en la Plaza Mayor (como veremos adelante) y en relación con los abastos de la ciudad, la regulación de precios, la persecución de los regatones y el abasto y venta de carne; los mercaderes fueron, pues, una fuente permanente de ingresos para la institución.

A partir de 1524 el Ayuntamiento fijó su residencia en las Casas de Cabildo en la parte sur de la Plaza Mayor.¹²⁴

¹¹⁹ Cervantes de Salazar, *México en 1554*, 70.

¹²⁰ Margarita Peña, “Presentación”, en Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, 31.

¹²¹ Cervantes de Salazar, *México en 1554*, 74.

¹²² Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 9.

¹²³ Mier y Terán Rocha, *La primera traza de la ciudad...*, 118.

¹²⁴ Mier y Terán Rocha, *La primera traza de la ciudad...*, 126.

El lugar señalado estaba situado al sur del recinto ceremonial prehispánico y de la gran plaza, de la cual se encontraba separado por un canal o acequia que atravesaba la ciudad de oriente a poniente y que sería conocida después como la Real Acequia o Acequia del Real Palacio, en lo que hoy son las calles de Corregidora y 16 de Septiembre.¹²⁵

El sistema tributario indígena continuó vigente por algunas décadas del siglo XVI; se podía exigir a los tributarios el pago de cierta cantidad de maíz, un pavo, leña o algún otro producto, mientras que los artesanos debían pagar con sus manufacturas.¹²⁶ Sin embargo, hacia 1542 la Corona comenzó a limitar los privilegios de los encomenderos (que abusaban de esa obligación) con una serie de reglamentos. “En lo que se refiere al cobro de tributos, la Corona redujo a una sola tasación todas las cargas que los indios entregaban a los encomenderos, a los caciques locales y a los religiosos y aumentó las rentas que pagaban los pueblos sujetos a la Corona.”¹²⁷

III. 2. *Fray Bernardino de Sahagún y el Códice Florentino.*

Han pasado más de cincuenta años de la *Segunda Carta de Relación* de Hernán Cortés, escrita en Segura de la Frontera (hoy Tepeaca) en 1522. Ahora, fray Bernardino de Sahagún ha concluido un bello y voluminoso manuscrito, realizado a dos columnas, una en la lengua náhuatl y la otra en castellano, con un gran número de ilustraciones de extraordinaria factura.¹²⁸ Con el título de *Códice Florentino*, la obra es el resultado de muchos años de investigación sobre “las cosas naturales, humanas y divinas” de los antiguos mexicanos. Ha dedicado años a preguntar, por ejemplo, a los indígenas ancianos de Tepepulco; después, en Tlatelolco, en el colegio de Santiago por él fundado, ha asimilado y ampliado la información y, por último, en el convento de San Francisco de México ha cotejado y

¹²⁵ Efraín Castro Morales, *El antiguo Palacio del Ayuntamiento de la ciudad de México* (México: Gobierno de la ciudad de México/Espejo de Obsidiana, 1998), 53.

¹²⁶ Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810* (México: Siglo XXI, 2003), 200.

¹²⁷ Antonio Rubial García, *La Nueva España* (México: Conaculta, 1999), 22.

¹²⁸ José Rubén Romero Galván, “Historia general de las cosas de Nueva España”, *Arqueología mexicana* VI, núm. 36 (marzo-abril, 1999): 18. Agradezco a mi amiga Guadalupe Tolosa el acceso a su facsímil de *El Códice Florentino*, que me permitió trabajar detalladamente con sus imágenes.

añadido nuevos datos. También en esta obra, el tema de los mercados, de los comerciantes y el desarrollo del intercambio de productos entre las diversas regiones de México ha sido fundamental; queda, como hemos visto, el poder tributario centralizado y los vestigios del vasallaje. A su principal obra se le ha denominado *Códice Florentino* por localizarse en la Biblioteca Medicea de esa ciudad italiana y el manuscrito de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* corresponde al texto del *Códice*, organizada en doce libros. Una copia de la *Historia* fue localizado en Tolosa pero el conjunto de sus obras está disperso en varias bibliotecas del mundo.¹²⁹

En casi seis décadas del siglo XVI mucho ha cambiado la ciudad. Sahagún rememora el antiguo mercado pero es obvio que en su descripción éste se ha ido transformando y ha integrado los nuevos productos. Por ejemplo, con relación al trabajo de los amantecas, rememora cómo los trabajadores de las plumas [fig. 17], a quienes dedica muchas páginas, y los comerciantes compartieron la proximidad de sus barrios e incluso sus dioses:

Eran casi iguales en las haciendas y en las hacer de las fiestas o banquetes, porque los mercaderes traían de levas tierras las plumas ricas, y los amantecas las labraban y componían, y hacían las armas y divisas y rodela dellas, de que usaban los señores y principales, que eran de muchas maneras y de muchos nombres [...].¹³⁰

Pronto también se vendió la carne de los animales “de Castilla, aves, vacas, puercos, carnero, cabritos. Véndela cocida o por cocer, y la carne cecinada, y la asada debaxo de tierra”.¹³¹

El pescado abundaba crudo y cocido, obtenido de la laguna y de los arroyos; se mencionan también las ranas “y otros pescadillos que son como lagartillos, y otras sabandijas que se crían en el agua”.¹³²

¹²⁹ Ascensión Hernández de León-Portilla (edición e introducción), *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra* (México: FCE, 1997), 12.

¹³⁰ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, introducción, paleografía, glosario y notas (México: Conaculta/Patria, 1989), libro nono, XIX, 581-582.

¹³¹ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XXII, 619.

¹³² Sahagún, *Historia general...*, libro octavo, XIX, 531.



17. Códice Florentino. Inicio del Libro IX.

Se siguió vendiendo, por supuesto, el maíz en todas sus formas: cocido, crudo y en mazorca, así como habas, frijoles, legumbres y chiles. Según Sahagún, el buen tratante de maíz lo ofrecía “limpio, gordo, sin alguna falla, recio y macizo y duro”, y de todos tipos: “el blanco, el prieto o el envuelto uno con otro, el blando, el amarillo”.¹³³ Vendían también xilotes¹³⁴ y elotes cocidos, o bien, el pan hecho de maíz; así como tortillas y tamales de todos los sabores: “[...] ora sean de pescado, ora de ranas y de otras cosas [...] contentan mucho al paladar o al apetitu por llevar dentro, allende de lo dicho, el axí [chile] molido, tomates, pepitas, sal, que dan mayor sabor siendo bien molidas y mezcladas unas con otras.”¹³⁵

De manera semejante, el buen vendedor de frijoles [fig. 18] vendía aquellos que podrían considerarse como “cosa preciosa [aquellos que] se pueden guardar en el arca o en la troxe, como son los frisoles amarillos, colorados, blancos, y los menuditos, y los que están como jaspeados, y de otras diversas colores, y los que son muy gordos, que son como habas [...]”.¹³⁶ El chile, que para Sahagún “es la pimienta de esta tierra” y sus variedades las describe como: largos o anchos, grandes o menuditos, verdes o secos.

¹³³ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XVIII, 611.

¹³⁴ Los xilotes eran las mazorcas del maíz todavía lechosas pero ya comestibles.

¹³⁵ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XIX, 613.

¹³⁶ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XVIII, 612.



18. Vendedora de frijoles. *Códice Florentino*. Libro X, fo. 48.

Las frutas que se trajeron del Viejo Mundo comenzaron a reproducirse con facilidad. Se nombran las cerezas y ciruelas, granadas, duraznos y membrillos, peras y manzanas, y gran abundancia de higos, a las cuales se suman las existentes en el nuevo territorio: aguacates, guayabas, zapotes, mameyes y tunas, que podían ser amarillas, coloradas, blancas y rosadas. La necesidad de describir productos desconocidos, obliga al cronista a apelar a la imaginación del lector, pues sus nombres les resultan extraños: “Todas son cosas tan peregrinas como sus nombres, y así es natural que suceda, pues son producciones de un nuevo mundo.”¹³⁷ Sahagún describe lo que observa como “[...] unos erizos de fruta, unas frutas como nabos, unas raíces de árboles que son como patatas, y patatas silvestres, y unas raíces comestibles llamadas *tolcímatl* y unas raíces que tienen comer de castañas, y piñas fruta, y tzapotes amarillos, tzapotes negros de dentro, peruétanos, anonas [...]”.¹³⁸

La buena miel “es espesa, y tan espesa que parece que está cuaxada, muy dulce, sabrosa”.¹³⁹ Con ésta mezclaban tortillas, pepitas de calabaza y las semillas llamadas

¹³⁷ Cervantes de Salazar, *México en 1554*, 91 y 95.

¹³⁸ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XXII, 618.

¹³⁹ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XX, 615.

“chien” [chía]. El clima templado favorece buenas cosechas el año entero; así Motolinía que ha vivido diez años entre los indígenas nos narra:

Acuérdome haber oído muchas veces en España que el que planta o pone la palma no goza del fruto. Si en otras partes es regla general, en esta tierra de *Anáhuac* por experiencia parece lo contrario, porque yo mesmo planté dos huesecitos de dátiles en *Quauhnahuac*, que es una de las principales villas del marquesado, en el año de mill y quinientos y treinta y uno, y no ha muchos días que estando yo aquí en *Tezcuco* en este año de mil y quinientos y cuarenta y uno, como a plantador, para que diese gracias a Dios, me trajeron sus flores muy hermosas que habían despedido las palmas [...] Cuando estas palmas yo planté, pasaba de mis cuarenta años, y espero en el Señor ver la fruta [...].¹⁴⁰

Otras calles siguen dedicadas a los herbolarios [fig. 19]; en ellas se vendían raíces y plantas medicinales. Según Motolinía, a las yerbas les ponían el nombre de su remedio y así las llamaban medicina de la cabeza, del pecho, del sueño: “De cada género destas por sí pónelas en algún petate para venderlas,”¹⁴¹ una tradición que continúa hasta ahora. Cervantes de Salazar escribía: “Medicinas desconocidas a Hipócrates, Avicena, Dioscórides y Galeno.”¹⁴² Había también casas de boticarios que vendían ungüentos y emplastos.

Hay un sitio destinado para los vestidos de los hombres y de las mujeres, cuyas “camisas se llaman huipiles, que son galanas y muy bien labradas [...] donde van puestos el Sol, águila, tigre, y unas ruedas, una dentro de otra, borlas de plumas y otras muchas labores que suelen llevar las mantas [...]” [fig. 20].¹⁴³ Y hay otro sitio para el calzado, realizado con pieles curtidas, especialmente de ciervos, y adornos para la cabeza hechos de cabellos, que usaban las mujeres indígenas. De algodón se hacen cobertores, tapetes, manteles, servilletas; hay ropa también de henequén, así como lienzos tejidos de hojas.

¹⁴⁰ Motolinía, *El libro perdido*, 4ª parte, XXVI, 613-614. *Memoriales*, II, 24.

¹⁴¹ Motolinía, *El libro perdido*, 4ª parte, cap. XXIV, 608. Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XXIV, 621. La cabeza, por ejemplo, se embarraba con yerbas (*xiuhquilitl*) y con barro negro.

¹⁴² Cervantes de Salazar, *México en 1554*, 92.

¹⁴³ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XVII, 610.

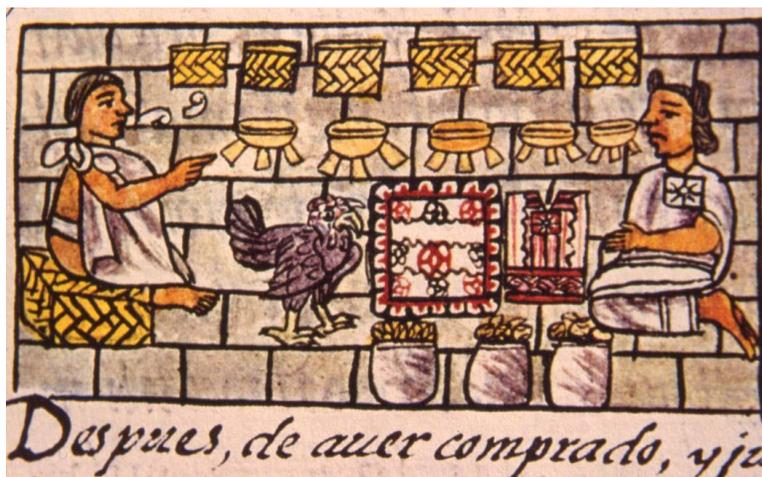


19. Plantas medicinales. *Códice Florentino*. Libro XI, fo. 166.



20. La hilandera. *Códice Florentino*. Libro X, fo. 37.

Como utensilios de cocina se vendían ollas, tinajas, cántaros, vasos, cucharas, cazuelas “unas bien cocidas y otras mal, unas resquebrajadas del fuego y otras medio cocidas”¹⁴⁴; así como comales para cocer tortillas. Para comer usaban las jícaras que se venden pulidas o bruñidas, blancas o de colores y se distinguen entre las que se usan para beber agua y atole. Fueron muy usuales los pequeños cestos llamados *chiquihuites* [fig. 21] y con hojas de palma se hacían los petates y los asientos con espaldar tal como lo muestra igualmente el *Códice Mendocino*.



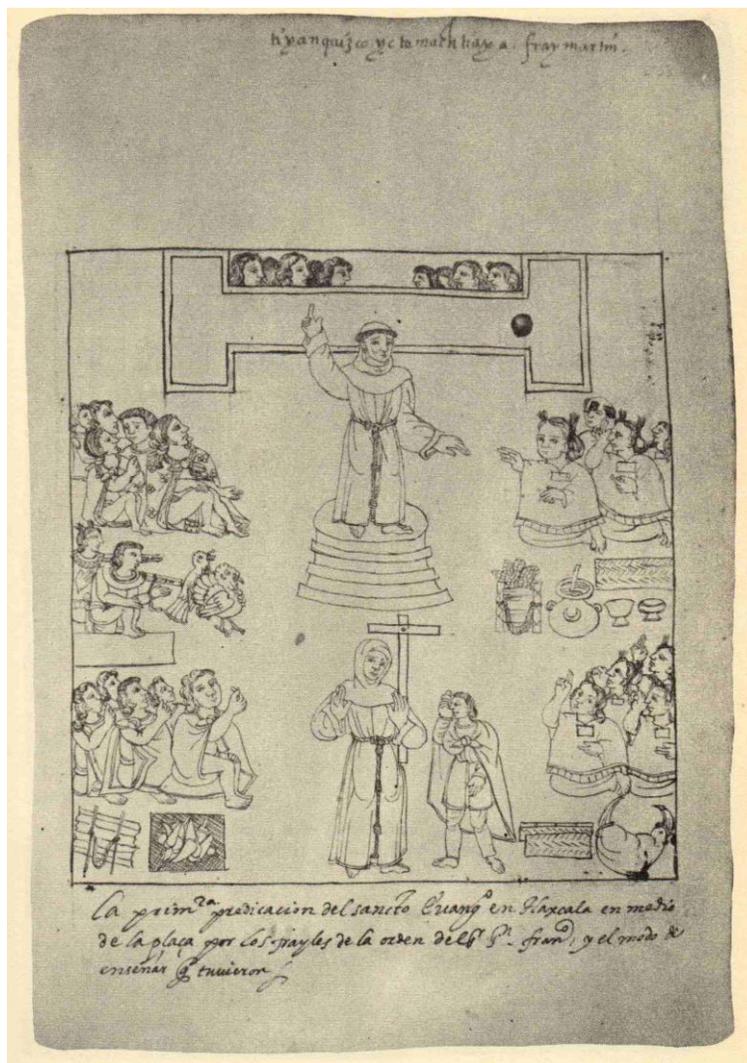
21. Cestería. *Códice Florentino*. Libro IX, fo. 27v.

Cuando Torquemada escribe su crónica, hacia fines del siglo XVI, rememora aquellos mercados de las primeras épocas, según las había narrado su antecesor, Motolinía: “Todas estas cosas y otras innumerables [...] se vendían en aquellos tiempos, cuando estas gentes eran muchas y estaban más descansadas en sus maneras de vivir que lo andan ahora, y muchas de ellas se venden ahora, aunque no con aquella abundancia y largueza que entonces.”¹⁴⁵

¹⁴⁴ Sahagún, *Historia general...*, libro décimo, XXIII, 619.

¹⁴⁵ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra*. [1591-1612] (México: Instituto de Investigaciones Históricas (IIH)/UNAM, 1977), t. IV, 350.

Si bien, no existen representaciones corográficas de mercados en el siglo XVI, conocemos la imagen de la plaza con mercado en Tlaxcala, a través del *Lienzo de Tlaxcala* y de las *Relaciones geográficas* [fig. 22]. En las Casas de Cabildo de esta ciudad debió pintarse una escena semejante con fray Martín de Jesús predicando entre los puestos del mercado.



22. “En la plaza, así enseñaba fray Martín”. *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*. Cuadro 5.

III. 3. *Otros mercados en la ciudad*

A lo largo del siglo XVI hubo otros mercados en la ciudad. El mercado de Tlatelolco persistió a lo largo del siglo por su tradición y su afortunada ubicación, aunque fue perdiendo importancia. Torquemada lo describe como aquel “donde concurría, en tiempo de su gentilidad y después de cristianos muchos años, toda la gente a vender y comprar”. Se trata de:

una plaza cuadrada, rodeada por las tres partes de portales y tiendas, y en la una acera está la tecpan [...] la cuarta acera ocupa el convento y casa del apóstol Santiago [...] En esta plaza hay mercado ordinario, pero no de mucha gente, por haberse pasado el trato a los otros dos y estar ya hechos los indios a ir a ellos; [...] finalmente ya este mercado y plaza, más sirve de memoria de haber sido que de ser.¹⁴⁶

En plena reconstrucción de la ciudad, se hace mención del tianguis de Juan Velázquez, “situado en la manzana donde se construyó el convento de Santa Isabel”.¹⁴⁷ Este tianguis se constituyó hacia 1522, pero no queda documentación al respecto.

El otro gran mercado de la ciudad era el de San Juan, heredero original del de Tlatelolco, y que seguiría teniendo importancia a lo largo del Virreinato. Aquí fue donde la actividad comercial fue reactivada poderosamente mientras se reconstruía la ciudad. Localizado hacia el suroeste de la isla de Tenochtitlan, a unos doscientos metros al oriente de la iglesia de San Juan Moyotlán, se ubicaba en la zona indígena de la ciudad.

Este mercado, situado en las cercanías de lo que sería el Colegio de Vizcaínas al paso de los siglos, tenía también su tecpan como palacio indígena junto al Salto del Agua. Según Francisco Sedano, “fue de mucho tráfico y comercio, por estar cercano el comercio de mercaderes de efectos de Europa y de China, en los Portales llamados de Tejada”.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Torquemada, *Monarquía Indiana*, t. IV, 345-346.

¹⁴⁷ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 101.

¹⁴⁸ Francisco Sedano, *Noticias de México. Crónicas del siglo XVI al siglo XVIII* (México: Colección Metropolitana, 1974), t. III, 52.

El tercer mercado era el de San Hipólito, cercano a la iglesia del mismo nombre, y ubicado entre ésta y San Diego, el cual desapareció en 1571, cuando se construyó el quemadero de la Inquisición.¹⁴⁹

A este tiánguez acuden de todos los pueblos de la laguna [...] no había hormiguero de tanto bullicio, como antiguamente lo vi [...] Muchos vienen a comprar, y otros sin cuento a ver lo que se vende; los más son mujeres, debajo de unos tendejones, o sombras, que hacen para la defensa del sol. Tienen las mercadurías puestas en el suelo, y cada uno conoce y tiene su asiento, sin que otra se lo tome [...].¹⁵⁰

Este mercado se ponía dos días a la semana, miércoles y jueves, y llegaba a él gente de lugares remotos.¹⁵¹

Para finalizar este capítulo señalo un documento excepcional, denominado *Mapa de Alonso de Santa Cruz*, ubicado en la Biblioteca Carolina Rediviva de la Universidad de Uppsala, Suecia [fig. 23].

Este mapa reúne el estilo cartográfico indígena con elementos europeos en el tratamiento del paisaje y parece haber sido realizado por artistas indígenas de Tlatelolco, quizás del Colegio de Santa Cruz, hacia 1550. Se trata de un pergamino de grandes dimensiones y sus artífices “combinan la extrema precisión cartográfica con escenas de género que hacen pensar en la pintura holandesa de la misma época”.¹⁵²

El documento buscaba “establecer la posición del mundo indígena frente a la urbe hispana que había suplantado el espacio de la antigua Tenochtitlan”.¹⁵³ Una dedicatoria del cosmógrafo real Alonso de Santa Cruz aparece en el ángulo inferior derecho, dirigida al rey Carlos V.¹⁵⁴ No se sabe cómo llegó a su destino pero es probable que el monarca lo haya obsequiado a Fernando I de Alemania.¹⁵⁵

¹⁴⁹ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 101.

¹⁵⁰ Torquemada, *Monarquía Indiana*, t. IV, 345.

¹⁵¹ Torquemada, *Monarquía Indiana*, t. I, 410.

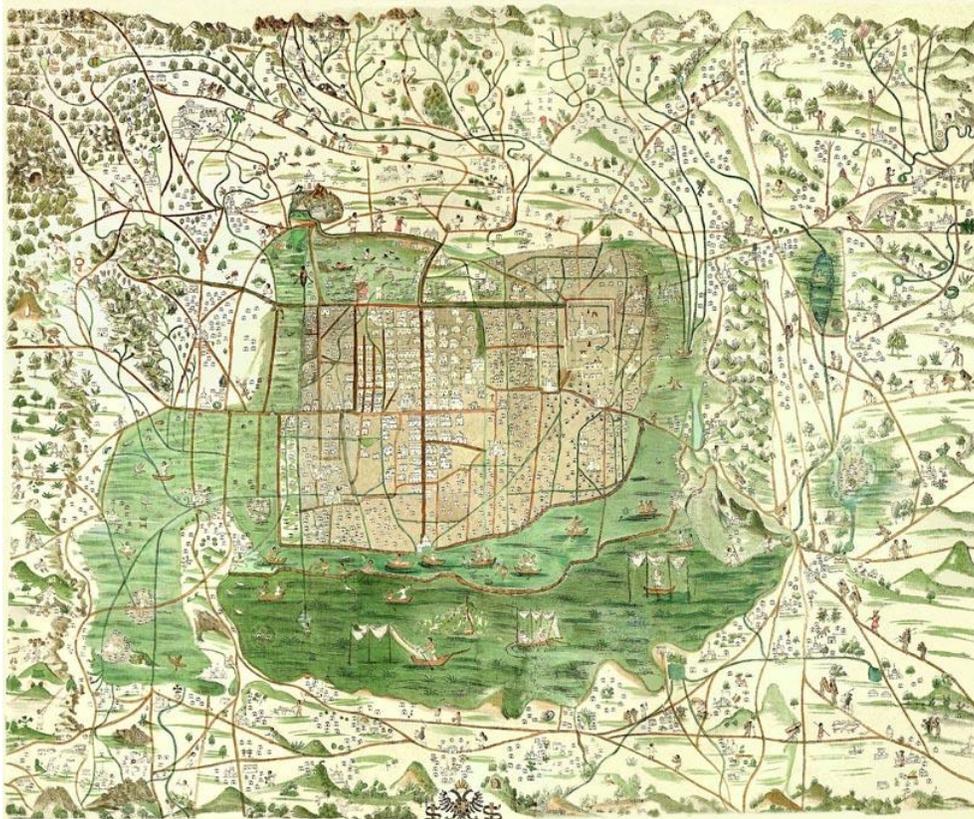
¹⁵² Russo, *El realismo circular*, 42-43.

¹⁵³ Iván Escamilla González y Paula Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder: *Vista de la Plaza Mayor de México* de Cristóbal de Villalpando”, en *La imagen política. Actas del XXV Coloquio Internacional de Historia del Arte “Francisco de la Maza”* (México: IIE/UNAM, 2006), 180.

¹⁵⁴ Carmen Medina, “De Tenochtitlan a Uppsala. La historia del mapa de México”, www.naua.se/Mexico07/Pub/Documentos/Carmen_Medina_P.pdf [consultado 16 de agosto de 2017]

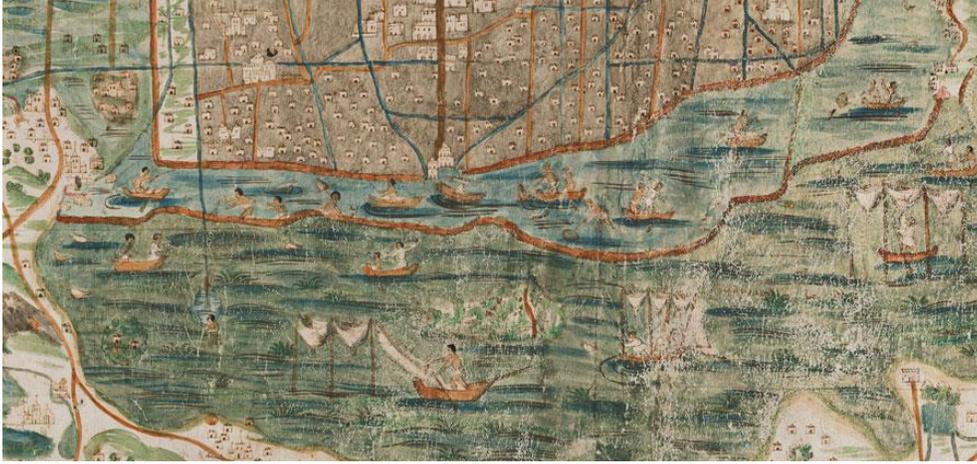
¹⁵⁵ Carlos Martínez Marín, “Los códices mexicanos de época colonial. Coleccionismo y éxodo”, en *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, (México: Grupo Azabache, 1994), t. I, 48-49.

Hay indicios de que en 1635 formó parte de las colecciones del Hradschin Palace de Praga y quizá el ejército sueco lo obtuvo durante el saqueo a esa ciudad en 1648.¹⁵⁶ Lo peculiar de este documento es la preeminencia que le dio al convento de Santiago Tlatelolco, en el ángulo superior derecho de la parte habitada, y la delimitación clara del espacio del mercado, aquí sin puestos y sin gente. En realidad, los pochtecas de Tlatelolco nunca se conformaron con haber perdido ese lugar preponderante; finalmente este sitio nunca recuperó su preeminencia sobre México-Tenochtitlan en el aspecto del intercambio de productos y este mapa parece hacerlo evidente [fig. 24].



23. Anónimo. *Mapa de Santa Cruz*, 1556-1562. Col. Biblioteca de la Universidad de Uppsala, Suecia.

¹⁵⁶ Martínez Marín, “Los códices mexicanos...”, 48-49.



24. Anónimo. *Mapa de Santa Cruz*, 1556-1562. (Detalle).

Un estudio paralelo, que han hecho investigadores como la doctora Janet Long, es el dedicado a realizar un seguimiento de los productos americanos en Europa y el lugar que ocuparon a la vez en su cultura, no sólo en su comida. Más allá de la multicitada carta de Alberto Durero al conocer piezas llegadas del nuevo continente, tenemos indicios de lo que esos productos significaron en la vida de sus habitantes y cómo fueron encontrando poco a poco su lugar en los mercados europeos. Pero este constituye un amplio tema que, además, ha sido tratado de manera relevante por otros académicos.¹⁵⁷

¹⁵⁷ Janet Long (coord.), *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos* (México: IIH/UNAM, 2003). Rosa Casanova y Marco Bellingeri, *Alimentos, remedios, vicios y placeres. Breve historia de los productos mexicanos en Italia* (México: Dirección de Estudios Históricos/INAH-Organización de Estados Americanos, 1988).

CAPITULO IV

LA CONSOLIDACIÓN DE LOS MERCADOS EN LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO. SIGLOS XVII-XVIII.

Los diversos testimonios que conocemos sobre la planeación y consolidación de la Plaza Mayor de México dejan muy claro que, desde su origen, como hemos visto en el capítulo anterior, se concibió como el centro simbólico y funcional de la urbe con una distribución inédita en la época. En la metrópoli no existió un ejemplo similar en cuanto a colocar en el mismo sitio el palacio de gobierno y la catedral; en España, tanto el templo como la casa capitular tenían cada uno su propio espacio abierto y las plazas mayores poseían, y poseen hasta la fecha, un carácter totalmente civil. Este espacio constituye en España y, en general en Europa, una operación urbanística *a posteriori*, “llevadas a cabo sobre un denso tejido urbano ya existente”. Son:

[...] la consecuencia de un proceso histórico complejo de crecimiento de la ciudad, producto de la incorporación de los terrenos extramuros inmediatos a una de las puertas principales de la población [...] Al producirse un ensanche de la población y derribarse el antiguo cerco de murallas, la plaza allí formada se incorporaba al casco acabando de convertirse con el tiempo en el centro de la ciudad. La plaza mayor española, de lugar excéntrico, pasaba a ser el corazón de la ciudad.¹⁵⁸

En ciudades como Valladolid, Toledo o Segovia existía, en efecto, un mercado (de origen musulmán) en las afueras que se unía al comercio de la plaza principal a través de una calle que comunicaba la vida urbana entre dos puntos. Este espacio extramuros había servido para trasquilar ovejas, para los comerciantes y los jueces.¹⁵⁹ También sucede que los mercaderes, de tener sus primitivos puestos de mercado, pasaron a tener casas con su correspondiente fachada a la plaza.¹⁶⁰

¹⁵⁸ Bonet Correa, *El urbanismo en España...*, 184-185.

¹⁵⁹ Lafaye, “De ciudad con plaza a plaza con ciudad”, en *Plazas Mayores...*, 85.

¹⁶⁰ Rebollo Matías, *La Plaza y Mercado Mayor...*, 36.

Desde el plano conceptual la Plaza cumple con la idea de los filósofos antiguos y los teóricos modernos, que identifican la ciudad con la casa y ésta con la ciudad: “[...] la ciudad es una casa en grande y la casa una ciudad en pequeño [...] Las calles son los pasillos y la sala la plaza, las casas son los dormitorios, el mercado es la cocina [...]”.¹⁶¹

Plazas mayores como la de México o Puebla tardaron mucho más de un siglo en completarse; no había peritos agrimensores, arquitectos, maestros de obras suficientes para guiar la valiosa mano indígena.¹⁶² Para Felipe II, la grandeza de la Plaza tenía un objetivo: “[...] que cuando los indios las vean les cause admiración y entiendan que los españoles pueblan allí de asiento y no de paso, y los teman para no osar ofenderles, y respeten para desear su amistad”.¹⁶³

Sabemos que en la Plaza novohispana, concebida como un espacio de mercado, comerciantes y vendedores de diferente condición social se mezclaban y se relacionaban estrechamente unos con otros, ocupando espacios que no les pertenecían en sentido estricto. Esta afirmación está basada en los diversos testimonios que se desprenden de documentos localizados en Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCDMX).¹⁶⁴

Tal como lo muestran los planos y las pinturas de la Plaza Mayor, los mercados combinaban tiendas con puestos “portátiles” y la interacción entre comerciantes de alcurnia y puestos callejeros era constante, así como la clientela que pasaba en unos cuantos metros de un tipo de negocio a otro. Desde el siglo XVI se autorizó la factura de “cajones” de ropa, es decir, tiendas de madera de 16 metros cuadrados aproximadamente, y tenderetes portátiles o mesillas que se colocaban sobre la Plaza; sin embargo, algunas veces los cajoneros subarrendaban, a los llamados “arrimados”, un pequeño espacio para puestos de hortalizas principalmente.

Allí, fuera del mueble, sobre el piso o junto a las puertas se acomodaban, a su vez, cajoncillos de madera. Esa parte exterior de la tienda, denominada “al viento”, estaba entonces ocupada por multitud de puestos que remataban en unos petates, puestos de mercancías también, de los indios [fig. 25].

¹⁶¹ Bonet Correa, *El urbanismo en España...*, 178.

¹⁶² Lafaye, “De ciudad con plaza a plaza con ciudad”, en *Plazas Mayores...*, 113.

¹⁶³ Citado por Lafaye, “De ciudad con plaza a plaza con ciudad”, en *Plazas Mayores...*, 122.

¹⁶⁴ Tal como han sido estudiados, muchos de ellos, por Jorge Olvera Ramos en su tesis de Licenciatura en Antropología, después publicada como *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México* (México: Cal y Arena/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), 2007).



25. Anónimo. *De Español y Yndia nace Mestiza*, ca. 1785-1790.
Col. Particular.

Tener un puesto en la Plaza Mayor era un indudable símbolo de poder y prestigio, así como un negocio redondo,¹⁶⁵ pues tenían el mismo valor que un bien inmueble y podían ser heredados o traspasados; los dueños controlaban “la tienda y su viento”, es decir, el local y la acera.

Durante el siglo XVI las tiendas se podían mover de la superficie de la plaza, así se arribaban los cajones de un lado a otro. Fue hasta el siglo XVII cuando el Ayuntamiento comenzó a rentar los espacios y los tenderetes se convirtieron en puestos “en firme”. Entonces el cajón se volvió puesto y el tenderete participó “del carácter sedentario de la tienda”.¹⁶⁶ Si bien el Ayuntamiento daba en alquiler los espacios u otorgaba las “licencias”, eran los comerciantes quienes debían procurarse sus instalaciones: cajones, cajoncillos,

¹⁶⁵ Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 36.

¹⁶⁶ Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 29.

mesillas, alacenas y jacales. Hubo en la Plaza lugares privilegiados como el Portal de Mercaderes, construido y arrendado por el Conde de Santiago y la orden agustina, o el Portal de las Flores, perteneciente al Mayorazgo de Guerrero.

La Plaza Mayor de México dividió su espacio, en un sentido estricto, en tres mercados, cada uno de los cuales tenía un paraje más o menos delimitado.

IV. 1. *El mercado indígena.*

Ubicado al oriente de la plaza, a un costado de la acequia, el mercado indígena caracterizado por los puestos de bastimentos (o “puestos de indios”) empezó a tomar forma desde mediados del siglo XVI como un espacio para el abasto de la ciudad (heredero del antiguo mercado prehispánico de Tlatelolco); este abasto fue en parte el resultado del pago tributario gratuito de los indígenas que pronto se convirtió en una obligación. Cada labrador debía sembrar todos los años cierta cantidad de maíz y llevarlo hasta la Ciudad de México o al pueblo más cercano de su jurisdicción. Con ello se favorecía el *Burgo*, la ciudad de españoles, en perjuicio de las comunidades rurales de indios, que quedaban sin alimentos.¹⁶⁷ Al maíz se sumaron después, hacia la década de 1550, guajolotes, gallinas, huevos y otros bastimentos y, con la epidemia de 1545-1548, el virrey Luis de Velasco adoptó medidas más severas para que la ciudad no se quedara desabastecida. Más aún, entre 1550 y 1555 se observa una gran escasez de granos y de alimentos en general, lo que provoca una continua elevación de los precios.¹⁶⁸

La ganancia para los indios no llegaba ni a lo mínimo. Eso favoreció el acaparamiento, llamado “regatonería”, que en teoría fue prohibida por las autoridades si bien en la práctica garantizó el abasto de víveres. Según órdenes del virrey Martín Enríquez, hacia 1580, ninguna “persona” (es decir, blanco o casta) podía comprar a los indios semilla alguna. Los regatones interceptaban a los indios que llevaban sus mercaderías desde sus lugares de origen antes que llegaran a la frontera urbana, compraban los víveres a precio ridículo, los almacenaban y los revendían libremente en sus domicilios

¹⁶⁷ Enrique Florescano, “El abasto y legislación de granos en el siglo XVI”, *Historia Mexicana* XIV, núm. 56 (abril-junio, 1965): 572-573 y 575.

¹⁶⁸ Florescano, “El abasto y legislación de granos...”, 577-579.

(con el respectivo incremento), lo que rompía todas las reglas.¹⁶⁹ Había dos formas de regatonería, la señalada, sobre los productos de la tierra, pero también la que se practicaba con los productos “de Castilla” o de otras partes de Nueva España.¹⁷⁰ Finalmente, el perjudicado fue siempre el indígena quien careció de la más mínima protección para defenderse de la escasez y del alza de los precios; el indígena vivía en el campo.

El Cabildo ofreció no pagar renta por sus puestos a quienes ocupaban el mercado de bastimentos y fue hasta mediados del siglo XVII cuando se regularizó ese espacio, conducido por los indígenas, en la superficie de la Plaza. El lado sur, a lo largo del embarcadero o la acequia, fue el destinado a estos puestos (según lo decidió el virrey Francisco Fernández de la Cueva, duque de Albuquerque)¹⁷¹ con mayor razón a raíz de un incendio a mediados del siglo XVII, que arrasó con los asignados a la ropa.

IV. 2. *El Baratillo.*

El Baratillo, o sea el mercado de las baratijas artesanales o manufacturas, estaba ubicado al centro de la Plaza; había sido, en su origen, un espacio para que los menesterosos vendieran artículos de segunda mano:

[...] el baratillo se hizo [por] la necesidad y miseria de los pobres que venden en aquel puesto y lugar sus cosas, alhajas y menudas baratijas para remediar su miseria, con la miseria de lo que dan por ellas, y aquello que, o por su despreciable calidad y baja estimación, por viejo y servido no se vende ni expone a comprador en lugar más recomendable, como tienda o cajón, se lleva al baratillo, donde suelen asistir compradores de la esfera y calidad que son las cosas que allí se venden y trafican.¹⁷²

Se hacía allí también el llamado “comercio de avería”, es decir, el referente a los artículos ultramarinos deteriorados durante el viaje desde Sevilla o Manila hasta México. Había

¹⁶⁹ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 81-82. Ramón, “El umbral de la urbe: usos de la plaza mayor...”, 273.

¹⁷⁰ Florescano, “El abasto y la legislación de granos...”, 608-609.

¹⁷¹ AHCDMX: Ramo *Hacienda. Propios, Arbitrios*, vol. 2230, exp. 13, f. 2, año de 1658.

¹⁷² AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 2, ff. 1, 2 y 3, año de 1689.

remates y se vendían artesanías producidas fuera de los gremios, como zapatos, sombreros, canastas, petates, sillas, camas y herrajes.¹⁷³ Era un comercio menudista, que con el tiempo se convirtió en una “fácil salida a lo que se hurta”. Muchas veces, quienes eran robados, encontraban allí sus pertenencias. Era también un espacio para traficar artículos “prohibidos”, productos “de Castilla y de China” que ingresaban sin registro a la Nueva España, así como artículos de contrabando: manufacturas inglesas, holandesas y francesas. Pero en 1611, por medio de una Real Cédula, debieron pagar una renta al Ayuntamiento por el uso del espacio. El 21 de noviembre de 1689, en un acto que hoy nos parece previsor de lo que se avecinaba (el tumulto de 1692), el virrey Conde de Galve mandó pregonar un bando prohibitivo:

[...] para que ninguna persona de cualquier estado y calidad que sea, en ningún día del año, asista en el Baratillo, venda, trate ni contrate, cosa alguna de las que hasta allí llevaban a él, así nuevas como viejas, ni de otra cualquiera suerte [...] Pena de perdimiento de todas las alhajas y cosas con que se les hallaren más 100 azotes para los indios y castas, y para los españoles, 2 años de destierro a 20 leguas de la ciudad.¹⁷⁴

Junto a puestos de segunda mano había tablas de juego, de bebidas refrescantes y era un espacio de reunión, incluso para los estudiantes de la Universidad.¹⁷⁵ Para 1724 los comerciantes del Parián se referían a los jóvenes del Baratillo como “unos haraganes de que solo se puede esperar el fin de parar en ladrones”.¹⁷⁶ En 1763, cuando Francisco de Ajofrín visita la ciudad y escribe su diario lo describe como

[...] el concurso célebre de todos los léperos y zaragates de Méjico; es la universidad de los zánganos y zaramullos [...] aprenden cuantos ardidés y sutilezas

¹⁷³ Olvera Ramos, *Los mercados en la Plaza Mayor...*, 77.

¹⁷⁴ AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 1, ff. 7 y 8. “Bando prohibitivo del Conde de Galve de 19 de noviembre de 1689”.

¹⁷⁵ AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 4, ff. 116-124, año de 1696. Olvera Ramos, *Los mercados en la Plaza Mayor...*, 95.

¹⁷⁶ Cfr. Jorge Olvera Ramos, “El Baratillo de la Plaza Mayor: de la crítica ilustrada al comercio tradicional”, en Sonia Lombardo de Ruiz (coord.), *El impacto de las Reformas Borbónicas en la estructura de las ciudades. Un enfoque comparativo. Memoria del I Simposio Internacional sobre Historia del Centro Histórico de la Ciudad de México* (México: Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, 2000), 381-392.

hay para hurtar, sin poder ser acusados ni conocidos [...]. Es materia larga de escribir los enredos y sofisterías del Baratillo. Vea el que pueda sus constituciones, que andan manuscritas, y se divertirá con su bello modo y salado estilo; allí se descifran todas las habilidades de los zaragates, léperos, zaramullos, pelagatos, zánganos y leperuscos, con los demás insignes profesores de esta famosa escuela.¹⁷⁷

Cuando Juan de Viera realizó su relación sobre la Ciudad de México, en 1777, allí seguía el Baratillo:

En el centro de la Plaza hai una calle con sus encrucijadas, en la que está el baratillo que llaman de los muchachos. El medio de ella se compone de muchos comestibles de dulces donde los muchachos, con la quarta parte de medio real, que se compone de dieciséis cacao pueden comprar otras dieciséis cosas con que sacian su pueril apetito. En otras mesitas que están a la frente de éstas hai infinito número de trastesitos, así de marfil, piedra, hierro y cobre, ahujas, limas, navajas, tornillos, evillas, campanitas, moldes, tejas, piedras de todos colores, pajuelas, yescas, pedernales, zierras, formones, gurbias, y para abreviar, de quanto se pueda pedir de modo que los hombres curiosos se van a buscar allí muchas cosas que necesitan para igualar otras que traen consigo y a pocos pasos se encuentra quanto se busca, sea llave o moldura, cerraja o piedra o cualesquier otra curiosidad.¹⁷⁸

IV. 3. *El tumulto del ocho de junio de 1692.*

Un grave suceso fue el que determinó la consiguiente fisonomía de la Plaza Mayor. Se trata del motín que tuvo lugar a fines del siglo XVII, el ocho de junio de 1692. Sabemos que la principal causa de ese hecho fue una verdadera hambruna que azotó el valle de México. A una sequía en 1690 siguieron lluvias torrenciales y una inundación en 1691, lo cual elevó el precio del maíz.

¹⁷⁷ Fray Francisco de Ajofrín, *Diario del viaje que hizo a la América en el siglo XVIII* [1763] (México: Instituto Cultural Hispano Mexicano, 1964), 77.

¹⁷⁸ Viera, "Breve compendiosa narración de la ciudad de México..." 213.

Según la crónica de lo sucedido, tal como la relató don Carlos de Sigüenza y Góngora, testigo presencial de los hechos: “lo que yo vi con mis ojos y toqué con mis manos”,¹⁷⁹ lluvias e inundaciones habían provocado que las cosechas se perdieran, “el año estaba malo se volvió malísimo”, pues al trigo “se le hallaron vanas las espigas y sin grano alguno; reconocióse sin mucho examen ser el *chiahuiztli* la causa dello, [...]”.¹⁸⁰ Pobres y ricos se volvieron con desesperación contra los labradores y maldecían “al año, a las aguas, a las nubes, a las neblinas, a la calma, al *chiahuiztli*, al eclipse de sol [el 23 de agosto] y a su desgraciada fortuna”.¹⁸¹

Los proveedores compraban el maíz en la Alhóndiga¹⁸², donde se hacían los tumultos. “Este acudir atropelladamente y con alboroto deste lugar a comprar maíz comenzó el viernes y llegó el sábado, siete de junio, sobre tarde, a lo más que pudo [...]”.¹⁸³

El día 8 de junio, “entre los empujones que unas a otras se daban [...] cayó una [mujer] en el suelo y, después de muy bien pisada, la levantaron casi sin respiración, como dicen unos, o que, persuadieron a una vieja que allí estaba el que se fingiese muerta, como afirman otros”.¹⁸⁴ Este incidente desencadenó la tensión acumulada. A las tortilleras se unieron los baratilleros y las castas. Comenzaron por arrojar piedras a la habitación de la virreina en el Palacio, otro grupo se dedicó a destrozar los puestos de vendedores que había colocados junto a la horca, para hacer espacio, y más tarde determinaron prender fuego, “mancomunándose [...] unos y otros cuantos mulatos, negros, chinos, mestizos, lobos y vilísimos españoles, así gachupines como criollos [...] que allí se hallaban, cayeron de

¹⁷⁹ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín de los indios de México*, Roberto Moreno de los Arcos, prólogo (México: Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1986), 164. Ivan Escamilla junto con Natalia Silva (cfr. nota 190) y Douglas Cope han cuestionado la objetividad de Sigüenza en esta narración, pues es claro que su postura es a favor del virrey, a quien le debe mucho. No deja de ser, sin embargo, un testigo presencial de los hechos e incluso, en esos momentos de confusión, un salvador de documentos. Cfr. Iván Escamilla, “El Siglo de Oro vindicado: Carlos de Sigüenza y Góngora, el conde de Galve y el tumulto de 1692”, en Alicia Mayer, ed., *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000* (México: IIH/UNAM, 2007), 179-203. Iván Escamilla González, *Los intereses malentendidos. El Consulado de Comerciantes de México y la monarquía española, 1700-1739* (México: IIH/UNAM, 2011), 67.

¹⁸⁰ Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín...*, 174.

¹⁸¹ Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín...*, 176.

¹⁸² La Alhóndiga cumplía la función de regular, bajo la vigilancia del Cabildo, la introducción y venta de granos en la ciudad, principalmente el trigo, la cebada y el maíz. “Era una casa o almacén, destinado a acumular los granos provenientes de las regiones comarcanas para efectuar allí las transacciones, según los precios y medidas fijadas por las autoridades.” López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 87-88. *Alhóndiga* es una palabra de origen árabe que significa bodega.

¹⁸³ Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín...*, 188.

¹⁸⁴ Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín...*, 193.

golpe sobre los cajones donde había hierro [...] como para armarse de machetes y cuchillos que no tenían”.¹⁸⁵ Así, todos ellos acudían

[...] intempestivamente con suma presteza, aceleración y prevención a el real Palacio desta corte, y a las casas deste ayuntamiento, Alhóndiga y *cajones desta plaza* levantando la voz, contra la persona del Exmo. Sr. Conde de Galve, virrey, [...] originaron el que a un mismo tiempo lograsen el pegar fuego al Real Palacio de S. E., casas de cabildo, y de la vivienda de dicho señor corregidor y a *los cajones de la dicha plaza*.¹⁸⁶

Así, no sólo se quemó el Palacio Real sino también la cárcel, las salas de la real Audiencia y del Ayuntamiento, la armería, la casa del corregidor, la alhóndiga, los cajones de madera de la plaza mayor y los de los oficios de los escribanos.¹⁸⁷ También se quemaron un sinfín de documentos que han ocasionado que la historia de la plaza sólo se conozca a partir de la construcción del Parián, del que hablaré a continuación.¹⁸⁸ Sigüenza termina su carta diciendo que “[...] no viendo sino incendios y bochornos por todas partes, entre la pesadumbre que me angustiaba la alma, se me ofreció el que algo sería como lo de Troya, cuando la abrasaron los griegos”.¹⁸⁹

Como el incidente tomó desprevenida a la guardia, ésta contestó el ataque únicamente con pólvora, lo que provocó la burla de los levantados. Para las autoridades se requería de un castigo ejemplar. El primer paso fue reactivar el principio de separación étnica y afectó de manera directa al Baratillo. El tumulto hizo evidente no sólo el peligro de los puestos de madera, sino todo el desorden que allí se vivía en el día a día, pues según dan testimonio los documentos “aun gozando toda la renta de los cajones [el Baratillo] estaba con muchos atrasos”.¹⁹⁰ Así, los informes policiacos de esa noche del 8 de junio responsabilizaron a los indios. El tumulto había ocasionado la quema de 280 “cajones”.

¹⁸⁵ Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín...*, 204.

¹⁸⁶ Ayuntamiento de México, *Colección de documentos oficiales relativos a la construcción y demolición del Parián y a la propiedad reconocida e incontestable que tuvo el escmo. Ayuntamiento de México en aquel edificio* (México: Impreso por Ignacio Cumplido, 1843), 11-12.

¹⁸⁷ En el capítulo V volveré a tocar el tema del “Tumulto”, en relación con la pintura de Cristóbal de Villalpando y las implicaciones del virrey conde de Galve con esta obra.

¹⁸⁸ Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 22.

¹⁸⁹ Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín...*, 204.

¹⁹⁰ AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 3, f. 1v, 1º de julio de 1692.

Este suceso ha despertado gran interés en la historiografía actual. En particular, Natalia Silva ha hecho énfasis en el verdadero papel de la población indígena como parte de la rebelión. La autora analizó de qué manera el tumulto no puede ser visto sólo como producto de los acontecimientos que lo precedieron “sino que pueden proyectarse a una serie de abusos administrativos por parte de las autoridades del reino”,¹⁹¹ que es posible rastrear años antes. Para ello se valió de las muy diversas versiones que se conocieron del hecho y sus interpretaciones, resaltando el protagonismo indígena.

A partir de la destrucción de los cajones de la Plaza Mayor, el ayuntamiento se vio obligado a solicitar ayuda económica al rey Carlos II, quien respondió con la siguiente Cédula, fechada en Madrid el 30 de enero de 1694:

[...] considerando que si los cajones que servían de guarda y custodia de las mercaderías se volvían a reedificar de madera, no se evitaba el riesgo de los incendios ni la contingencia de cualquier tumulto y teniéndose presente, que en la plazuela que con ellos se componía es donde asisten todos los vagabundos que llaman el Baratillo por cuya concurrencia se aumenta el riesgo, he resuelto y tenido por conveniente (ordenaros y mandaros como lo hago) que luego que recibais este Despacho dispongais se haga delineación de una plaza regular en el mismo paraje por tenerse noticia de haber bastante ámbito para ello y para el cuerpo de unas casas moderadas, cuyos sitios se regulen con igualdad así en lo ancho y largo, como en la elevación de forma que todas sean de una medida y de fábrica de piedra, y que estos sitios se vendan a censo enfiteútico a favor de la ciudad con la calidad de fabricarlos de piedra dentro de uno o dos años sin que pueda exceder una casa de otra en las medidas para la hermosura dándoles las calles convenientes y el mayor precio a las que hicieren esquina por tener éstas la mayor estimación por la facilidad de venderse más en ellas y que sean capaces de poderlas habitar una moderada familia por cuyo medio se evitaría el riesgo del incendio y con el mayor concurso de mercaderes se refrenarán los excesos de los que en esa ciudad llaman zaramillos de Baratillo y quedará la plaza más hermosa, asegurada y fija la venta y se excusará el gasto de las Guardas, la incomodidad de tener otras casas adonde habitar y dormir dejando las mercaderías y caudales expuestos a las contingencias

¹⁹¹ Natalia Silva Prada, *La política de una rebelión. Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la Ciudad de México* (México: El Colegio de México, 2007), 19.

expresadas, y en conocimiento de que cuando se erigió esa Ciudad tuvo unos propios de mucha consideración [...].¹⁹²

Los regidores tuvieron que discurrir una reordenación de los espacios comerciales de la Plaza que satisficiera los deseos del Rey y el virrey, sin que las arcas municipales desmerecieran. Si los mercaderes querían mantener cajones sobre su superficie, éstos sólo podrían ser de piedra. Así lo enfatiza otro de los documentos al decir:

[...] que en dicha plaza se fabriquen dos hileras de sendas de bóvedas con sus puertas de fierro sin ninguna madera, la primera desde la puerta del Real Palacio hasta la de Cabildo y la otra desde esta Puerta hasta la boca calle de San Francisco [...] consiguiéndose también que la dicha plaza quede libre, espaciosa, desembarazada y señoreada de todo el Real Palacio de V. E. [...] por el poco sitio que ocuparán, en el supuesto de que nunca se pondrían cajones de madera [...]¹⁹³

Los “puestos de indios” se agruparían en una orilla de la plaza y el Baratillo debería desaparecer, lo cual no fue exactamente así:

[...] son tantos los interesados en este desorden y abuso, que cuando se haya quitado [...] ha vuelto de nuevo a formarse con las instancias [...] y propensión que tienen los ociosos a este concurso valiéndose de diferentes medios y representaciones para que se mantenga [a pesar de las órdenes de] prohibir que en dicha plaza haya mesilleros que con pretexto de vender cintas y otros diferentes géneros de mercería siendo la plaza muy capaz y habiendo dentro de ella calles formadas se estrechan de manera con sus puestos y mesillas, palos y colgadizos o tendales grandes de esteras que llaman petates [...] y que a vuelta de lo que ellos venden, vendan otros hurtado y mal adquirido subrepticamente y cuando se va a

¹⁹² En el AHCDMX es posible consultar una copia original de la Real Cédula, fechada el 22 de agosto de 1695, Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 3, ff. 11-14. Citado también por Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, [facsímil de la publicación de 1880] (México: Editora Nacional, 1967), 109-110.

¹⁹³AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 3, ff. 1v-2, julio 1º de 1692. El subrayado aparece en el documento original y está firmado por Villavicencio.

aprehender a los que andan vendiendo en esta forma arrojan a las mesillas lo que llevan con que lo confunden y encubren lo que hay en ellas [...].¹⁹⁴

El problema de fondo era que los pequeños vendedores estaban vinculados con los dueños de tiendas y maestros de los talleres. Por ello, aun en la nueva construcción, siguieron a su lado.

El “Baratillo chico” o exterior, llamado “universidad de la picardía” o “baratillo de los muchachos” continuó ocupando el centro de la plaza, espacio que compartió con el edificio de piedra denominado Parián, que terminaría ocupando un tercio de la misma.

IV. 4. *La Alcaicería y luego El Parián.*

La Alcaicería, semejante a la de la seda en Granada, tuvo una primera construcción detrás del Palacio de Cortés, entre las calles de Plateros y Tacuba; constaba de dos pequeñas manzanas que limitaban con los cajones de La Cazuela a la derecha y con la Rinconada de la Olla, a la izquierda.¹⁹⁵ Esta edificación fue destruida y sólo la conocemos por planos antiguos; había sido construida a principios del siglo XVII en solares que pertenecían al Marqués del Valle. Su plano fue delineado por el arquitecto y pintor Andrés de Concha, entonces maestro mayor de la Catedral,¹⁹⁶ aunque finalmente el plano fue cambiado por el de Sebastián Zamorano, afín a las ideas del Marqués del Valle. El documento que estudia el doctor Eduardo Báez se refiere a la necesidad de regular el conjunto de tiendas en esos solares. “Se decía que cada tienda tendría una portada con su friso y cornisa de piedra blanca de los Remedios, sus bases de piedra dura berroqueña y sus pies derechos del ‘orden toscano’.” Si bien, como el mismo Báez afirma, con el tiempo esas reglas fueron cayendo en desuso y cada quién “compró y construyó como quiso”.¹⁹⁷

Más adelante fue llamada Alcaicería la construcción de piedra que después, hacia 1760,¹⁹⁸ se conocería como El Parián y que estuvo reservada a los comercios de españoles y

¹⁹⁴ AHCDMX: *Ramo Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 2, ff. 19-19v, año de 1693.

¹⁹⁵ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 100.

¹⁹⁶ Eduardo Báez Macías, “Condiciones para rematar las tiendas y obras de la Alcaicería. 1611”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas XIII*, núm. 47 (1977): 99-100.

¹⁹⁷ Báez Macías, “Condiciones para rematar las tiendas...”, 100-101.

¹⁹⁸ Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 122.

criollos.¹⁹⁹ Éste constituyó el tercer mercado ubicado en la Plaza Mayor. El término Parián hacía referencia al barrio de Manila destinado a la venta de productos llegados de Europa, que se remonta a la segunda mitad del siglo XVI, ocupado por comerciantes chinos afincados en esa ciudad [fig. 26] (en lengua tagala, *Parián* significa mercado). El Parián de Manila estaba conformado por tiendas y por otros locales para los artesanos, colocados dentro de una traza reticular.²⁰⁰ En el Museo Bello de Puebla se conserva un arcón de madera donde puede apreciarse, en el ángulo inferior derecho, el Parián filipino [fig. 27].



26. Juan Ravenet. *Mercado de Manila, llamado el Parián*. 1792. Archivo del Museo Naval, Ministerio de Defensa, Madrid.

¹⁹⁹ Rubial García, “De teatro de maravillas a universidad de pícaros...”, en *Plazas Mayores de México...*, 256.

²⁰⁰ Ana Ruiz Gutiérrez, *El Galeón de Manila [1565-1815]. Intercambios culturales* (Granada: Universidad de Granada/Alhulia, 2016), 172.



27. Arcón filipino. Óleo sobre madera. Siglo XVII. Museo José Luis Bello y González, Puebla.

En Nueva España, el virrey Conde de Galve otorgó la licencia y dispuso que las corporaciones presentaran sus proyectos con “una planta buena y clara de la forma y paraje donde se han de poner dichas tiendas pues sin planta no se puede hacer juicio”. Fue ubicado al poniente de la Plaza.²⁰¹

Se aceptó el proyecto del oidor y juez de la ciudad, Francisco Fernández Marmolejo quien proponía un edificio cerrado, dedicado en exclusiva al comercio y con accesos en forma de pasajes en el cual “sólo habría dos grandes puertas de fierro”; se ubicaría al sur-poniente de la plaza y los techos estarían nivelados a la misma altura que el Portal de Mercaderes.²⁰²

Los avalúos de 1692 calcularon 80 tiendas a un costo de setecientos pesos cada una, “de cuatro y media varas en cuadro [16 m cuadrados aproximadamente] con su vivienda alta [...] con fachada y pilastras de cantería”. Las tiendas “en firme” formarían dos rectángulos, uno interior y otro exterior dejando un espacio abierto en el centro, destinado a

²⁰¹ Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 12-13. Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos...*, 59.

²⁰² AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 3, f. 1-3v, año de 1692. Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 106.

los puestos del llamado Baratillo grande o interior, del cual hablan los documentos desde 1694. Estaba formado por puestos asignados a la listonería y encaje, a las zapateras, los vendedores de lienzos blancos, los muebleros, las loseras y los puestos de fierro viejo.²⁰³

La Alcaicería estaría limitada por el Portal de Mercaderes y las Casas de Cabildo. Hacia el norte se continuaba la calle de San Francisco (hoy Madero) y en el lado oriente se seguía la llamada Callejuela y puente de la Alhóndiga (hoy Avenida 20 de Noviembre), ocupando el conjunto la tercera parte de la plaza.

Los comerciantes no estaban muy convencidos. Acostumbrados a sus cajones les parecía un edificio encerrado, muy costoso y exclusivo (sólo para productos ultramarinos), lo cual rompía sus redes de vendedores dependientes y arrimados. Pedían que hubiera dentro de sus tiendas “comercio de puestos de naguas, sombreros y otras cosas que atraigan la forestería [público]”, los ya mencionados puestos al viento.²⁰⁴

La obra se paralizó durante tres años pues el Rey tampoco estaba dispuesto a cooperar si no se hacían las tiendas tal y como él quería, aunque finalmente este orden tan estricto nunca se cumplió.

El Ayuntamiento decidió entonces pedir ayuda a las personas acaudaladas de la ciudad quienes recibirían, a cambio, un título real. Pedro Ximénez de los Cobos, Correo Mayor del Reino, aceptó la comisión y el título de “Alcalde de la Alcaicería de la Plaza Mayor”.

La intención final era ordenar el comercio a través de tiendas inamovibles y más o menos homogéneas. Pedro Ximénez de los Cobos con su radiante título gozó de muchos privilegios. En uno de los documentos se atribuye la facultad de

añadir o quitar en la planta que tiene presentada lo que le pareciere más conveniente para su mayor hermosura, seguridad y comercio [...] alquilar las tiendas, y cajones, [...] a las personas que le pareciere sin necesitar de mesa de propios, ni pregones para su Arrendamiento, sino que las ha de dar por sí [...] ha de

²⁰³ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 4, f. 1, año de 1700.

²⁰⁴ AHCDMX: *Ramo Alcaicería*, vol. 343 [no tiene número de expediente]. El legajo se refiere, en su totalidad, a la construcción de las tiendas. *Cfr.* Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 109.

nombrar un pagador en dicha obra, y este ha de recibir el dinero, y quedar obligado a dar la cuenta de lo que se gastare en ella [...].²⁰⁵

En efecto, el alcalde de la Alcaicería pudo quitar y poner a su voluntad maestros, sobrestantes, oficiales, peones, empedradores y recaudadores. Él aportó lo necesario para levantar dos tramos de tiendas; los otros cuatro los contrató a destajo con el alarife mayor Felipe Roa.

La construcción comenzó el 8 de agosto de 1695 (como veremos en el capítulo V, el mismo año que la pintura de Cristóbal de Villalpando sobre la Plaza Mayor ya lo daba por terminado). Ximénez contó con los adelantos de los mercaderes y nueve mil pesos que el virrey Conde de Galve obtuvo del asentista de la Alhóndiga de granos. El edificio se fue ocupando conforme se fueron terminando los tramos.

A fines de 1696 se habían concluido dos aceras: veinte tiendas con su frente al Portal de Mercaderes y su portada o arquillo en medio, y diez tiendas con dos arquillos o entradas con el frente hacia la Catedral. Las tiendas se concluyeron en esta parte en 1699 y fueron ocupadas por los cajoneros. Ese mismo año se erigieron otros tres tramos: uno por el lado oriente, con veinte tiendas y portada hacia el Palacio Virreinal (la vista que se aprecia en el óleo atribuido a Juan Antonio Prado, en el Museo Nacional de Historia) y, paralelos a este tramo, los dos interiores con los que se formaron las calles que se remataron por los arquillos o entradas.

El edificio quedó finalmente cerrado con diez tiendas y dos portadas hacia las Casas de Cabildo en noviembre de 1700. El conjunto quedó conformado por ochenta tiendas, una plazuela central, dos calles interiores y seis accesos o portadas: uno enfrente del Portal de Mercaderes (la parte frontal del óleo de Cristóbal de Villalpando), otro enfrente del Palacio, y dos por los lados norte y sur. Las ochenta tiendas tuvieron su “vivienda alta”; cada tienda “con sus dos pares de puertas interiores y exteriores de cantería y las de afuera con cornisas de la misma cantería [...] con ventanas y puertas de cedro y las de afuera guarnecidas con hojas de lata”. El primer techo fue de madera y el segundo enladrillado.²⁰⁶

²⁰⁵ AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 3, “Expediente formado sobre el proyecto de formar cajones de bóvedas en la Plaza Mayor de la Ciudad”, ff. 17-17v, agosto 25 de 1695.

²⁰⁶ AHCDMX: Ramo *Alcaicería*, vol. 343. Jorge Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 114.

La construcción fue hecha de cantera, mampostería y tepetate.²⁰⁷ Las puertas eran, en efecto, de cedro pero también de oyamel (en el cuadro de Villalpando aparecen adornadas con chapetones) y sobre la puerta principal había una hornacina con una imagen de la Purísima, enmarcada por columnas de orden dórico y frontón triangular y volutas o roleos a los lados, elementos también presentes en las otras entradas principales.

Las tiendas que formaron esquina tuvieron en su parte alta nichos ornamentales con un programa iconográfico relacionado con la ciudad y sus devociones. Es evidente que su elección tuvo un sentido muy claro para la misma. La esquina surponiente estuvo presidida por san Francisco Javier, el santo jesuita misionero en Oriente; la esquina norponiente tuvo a Felipe de Jesús, el primer beato y luego santo mexicano, también misionero en Japón; la nororiental a san Hipólito, cuya conmemoración coincidía con el día de la conquista de Tenochtitlán, por lo que era el santo patrono de la ciudad y, la esquina suroriental, a san Pedro Alcántara, relacionado con los dieguinos. En 1701 se agregaron dos entradas al conjunto: en el lado norte presidió San Miguel y en el lado sur el Ángel Custodio,²⁰⁸ patrono de la ciudad. Ambas imágenes evocadoras de protección y fuente de seguridad.²⁰⁹

En los zaguanes o arquillos se colocaron treinta o cuarenta “cajoncillos de madera” para comerciantes de menor caudal (casetas de cuatro metros cuadrados), parecidos a los que aún se conservan en la Plaza de Santo Domingo, en la Ciudad de México. En los muros se empotraron alacenas en las que se vendían artículos de mercería y listonería al menudeo.

Pero la Alcaicería, contrario a lo que querían las autoridades españolas, continuaba combinando las tiendas en firme con los puestos, en estrecha relación. Se mezclaban asimismo los productos importados de manera mayoritaria como “loza, pedrería, argentería, pasamanería [...] ropas hechas y de todo género de utensilios nuevos para todo género y calidad de personas”,²¹⁰

Véndensse a la mano particularísimas curiosidades de láminas, relojes, vasos y otras mil cosas de plata; espadas y espadines, armas de fuego, jaeces, libros, nichos,

²⁰⁷ El tepetate es un tipo de tierra, característico de las zonas volcánicas de América, que se sigue usando hasta ahora, para hacer adobes y tapiales. Del náhuatl, *tepetatl*. Agradezco a mi amigo, el arquitecto Miguel Ángel Rosado, su explicación sobre este material.

²⁰⁸ Desde la época medieval, cada ciudad tuvo designado su propio ángel custodio.

²⁰⁹ AHCDMX: Ramo *Alcaicería*, vol. 343. Jorge Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 114.

²¹⁰ Viera, “Breve compendiosa narración de la ciudad de México...”, 214.

imágenes, cristales, etc. siendo tan crecido el número de la gente que anda por el medio que se atropellan los unos a los otros. Dos de estas calles que forman el quadro del baratillo son de zapatería por una y otra banda, donde se encuentran calzados assí para la gente plebeya como para la más pulida, a más de obra negra, hai mucha de tafilete de todos colores y algunas bordadas de rasos, terciopelos y riquísimas telas.²¹¹

El edificio quedó finalmente concluido el 19 de abril de 1703 y hacia junio del mismo año, el Ayuntamiento consideró que Ximénez de los Cobos había cobrado lo suficiente, así que aquél tomó posesión de las tiendas y pidió que se considerara al Cabildo como el legítimo dueño de la edificación. En 1705 los comerciantes dotaron de puertas al edificio y emplearon guardias para la vigilancia, lo cual favoreció la demanda de espacios.²¹² Los servicios de limpieza, agua, alumbrado y cañerías corrieron por cuenta de los comerciantes, quienes quizá utilizaron para ello las rentas que recibían de los arrimados. El Cabildo arrendaba los cajones y dejaba en manos de los mercaderes las formas de venta y control de los puestos al viento. Los regía el precepto de “no hacerse mala obra”. Por ejemplo, los que arrendaban no podían vender los mismos productos de sus arrimadores.

Los documentos revelan que la ocupación de algunos cajones era muy irregular. Tal como lo ha estudiado Jorge Olvera, en ellos hay constantes referencias a traspasos. Asimismo, el comercio ultramarino era irregular, sujeto a preceptos monopólicos de lento funcionamiento que dependía del sistema de las flotas. Así que aquel diseño ordenado de la Alcaicería original se fue modificando y los cajones tuvieron un uso multifuncional.

Muy pronto la Alcaicería se convirtió en el centro de comercio de la Nueva España, así como en un espacio habitacional privilegiado, de amplia participación social y, tal como muestran las pinturas virreinales, de fisonomía abigarrada. Algunos cajoneros cuidaban mucho el aspecto de su tienda mientras que otros lo usaban sólo transitoriamente, y en algunos “hasta caballos solían meterse”.

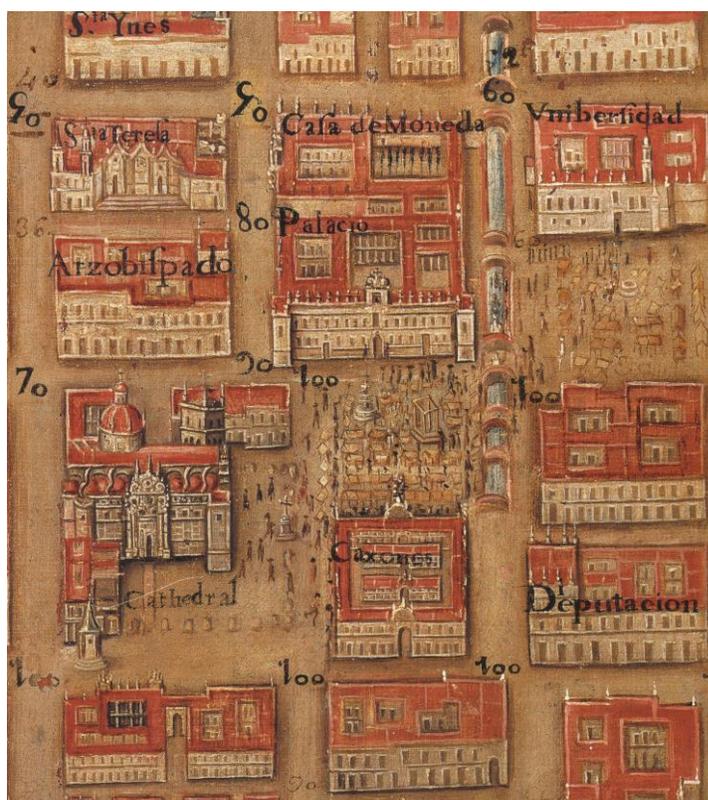
En 1757, Juan de Dios Medina construyó otros dos tramos de cajones por el lado norte y sur, que completaron el rectángulo interior de tiendas y así la Alcaicería quedó

²¹¹ Viera, “Breve compendiosa narración de la ciudad de México...”, 214.

²¹² Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 117.

terminada como se había proyectado inicialmente. Medina recibió las rentas de esas tiendas durante nueve años.²¹³

Como lo he señalado, a partir de la década de 1760 aparece en los documentos el nombre de El Parián.²¹⁴ Las reformas borbónicas de la segunda mitad del siglo XVIII influyeron decisivamente en que este multitudinario mercado se volviera más especializado. Debido a la saturación de espacios se aceptó el uso exclusivamente mercantil de las tiendas. Los arrendatarios entablaron diversos pleitos “por estorbarse”, pero los espacios ya no eran suficientes para traficantes y los cajoneros se mostraron mucho más selectivos con respecto a sus vecinos. De todas maneras, abundaron los problemas por la “inveterada costumbre” de mantener puestos junto a los cajones, lo cual el propio Cabildo no pudo evitar [fig. 28].



28. Pedro de Arrieta et al., *Los maestros de el arte de la arquitectura*, 1737. Óleo sobre tela. Museo Nacional de Historia, INAH.

²¹³ Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 122.

²¹⁴ Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor...*, 123.

En el Parián se vendían las mercancías de mayor calidad, las que llegaban de Asia a través del Galeón de Manila y que muchas veces estaban ya compradas antes de que éste llegara a Acapulco (diciembre-enero), así como lo que llegaba de España, vía Veracruz (que salía de España en octubre-noviembre y llegaba a Nueva España en enero-febrero), más lo que enviaban las diversas ciudades del Virreinato.²¹⁵

IV.5. *El Galeón de Manila. Sus productos.*

El Galeón de Manila era naturalmente un barco pero, a la vez, era una ruta que fue recorrida incesantemente durante más de dos siglos por muchos galeones de Manila. Unió a México con Filipinas entre 1565 y 1815.

Gracias al Galeón llegaban productos filipinos e indoportugueses de gran valor; objetos que por su factura y materiales resultaban muy atractivos para las colonias. A cambio, el Galeón llevaba frailes y plata en su trayecto de Acapulco a Manila. La plata iba en forma de lingotes, monedas y también como objetos suntuarios, tanto religiosos como domésticos.²¹⁶ Se exportaba asimismo grana cochinilla, añil, jabón y sombreros de paño. “Casi toda la grana que se comerciaba en Acapulco se producía en Oaxaca y era, después de la plata, el artículo más estimado por los comerciantes filipinos.”²¹⁷ El añil provenía de Guatemala, el jabón de Puebla, al igual que los sombreros de paño para religiosos, que tenían gran mercado en Filipinas.²¹⁸

Cuando llegaba el Galeón a Acapulco el puerto se llenaba de comerciantes y arrieros con sus recuas de mulas. El último que llegó lo hizo en 1815, marcando “el fin de una línea de tráfico regular que había mantenido las relaciones humanas y comerciales entre México y Filipinas durante más de dos centurias”²¹⁹ por doscientos cincuenta años, desde el descubrimiento del Tornaviaje en 1565 por el agustino fray Andrés de Urdaneta.

²¹⁵ Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos...*, 60-61.

²¹⁶ Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw, “Introducción”, en el catálogo *El Galeón de Manila* (Sevilla/México/Acapulco: Aldeasa/Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2000), 22-23.

²¹⁷ Carmen Yuste, “Un océano de intercambios”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 150.

²¹⁸ Yuste, “Un océano de intercambios”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 150.

²¹⁹ Ramón María Serrera, “El camino de México a Acapulco”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 44.

El Galeón de Manila llegaba cargado de ricos ornamentos, muebles con marqueterías de nácar y marfil, relicarios, marfiles, así como artículos japoneses de inspiración occidental: biombos, arquetas, lacas.²²⁰

Llegaban también suntuosas ropas de sedas bordadas con hilos de oro y plata,²²¹ hasta las telas de algodón de tejido fino o burdo, mantas y cambayas que constituían el volumen mayor de los cargamentos. De la ropa manufacturada había para el vestido paños, mantos, camisas, enaguas de algodón, el hilo fino de Macán, la listonería, las medias de seda y algodón, pañuelos, botones de cristal, seda y dorados de cobre.²²²

Para adornos de las casas había alfombras de Persia, estrados con cojines, colgaduras de cama, ornamentos para la misa; escritorios y escribanías de maqué negro. En el Parián se vendían, además de tapices, vajillas y utensilios preciosos, “Papeleras, cómodas, láminas, escaparates, cornucopias, bufetes, mesas, taburetería, nichos y tabernáculos de cristales, imágenes de escultura, camas, biombos, estrados, estanterías, arcas, cofres, baúles, espexería, y en fin, se puede poner una casa dentro de una hora”.²²³

En el Galeón llegaban abanicos (de sándalo o de caña, o de seda con varillas de carey, marfil o concha),²²⁴ porcelanas china²²⁵ y japonesa, papeles pintados así como materias primas filipinas como la canela (Ceilán, China o Zamboanga), pimienta, clavo y el mindanao.²²⁶

²²⁰ Patricia Acuña Castrellón, “Biombo Coromandel”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 172. Ruiz Gutiérrez, *El Galeón de Manila*, 196.

²²¹ Había desde la seda que llegaba “sin tejer en todas sus variedades: pelo o quiña, mazo, floja y de colores; en tres o cuatro calidades distintas y de diversas procedencias: Lanquín, Chancheo, Cantón o de la India, registrada como seda de Bengala”. Yuste, “Un océano de intercambios”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 147. Ruiz Gutiérrez, *El Galeón de Manila*, 212-215.

²²² Yuste, “Un océano de intercambios”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 147.

²²³ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 214.

²²⁴ Ruiz Gutiérrez, *El Galeón de Manila*, 218-222.

²²⁵ Cfr. Blas Sierra de la Calle, *Vientos de Acapulco. Relaciones entre América y Oriente* (Valladolid: Museo Oriental de Valladolid, 1991), 130.

²²⁶ Cfr. Carmen Yuste, “Alcabalas filipinas y géneros asiáticos en la Ciudad de México, 1765-1785”, en Jorge Silva Riquer, Juan Carlos Grosso y Carmen Yuste (comp.), *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica* (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto de Investigaciones Históricas/UNAM, 1995), 87-99 y “Los tratos mercantiles transpacíficos de los comerciantes de la ciudad de México en el siglo XVIII”, en *El Galeón de Manila. Un mar de historias* (México: JGH Editores, 1997), 55-69.

IV. 6. *La Carrera de Indias.*

La Carrera de Indias constituía el conjunto de rutas españolas que cruzaban el océano Atlántico. Fue un nombre que se asignó muy tempranamente cuando se conformó el recorrido sobre unos puertos precisos del suroeste español con el Caribe, Nueva España y América del Sur.²²⁷

Quedó regulada en dos viajes anuales, uno que salía de España por abril y el segundo en agosto. El primero, la Flota de Nueva España tenía como destino Veracruz y el segundo, la Flota de Tierra Firme, iba a Cartagena de Indias y a Portobelo. Después de las correspondientes ferias en los puertos de destino, las flotas debían invernar en ellos y reunirse en La Habana, en marzo o abril, para regresar juntas, con la plata americana y demás productos.

La Casa de Contratación de Sevilla organizó y controló el tráfico: inspeccionó buques y autorizó la travesía. A partir de 1543 contó con la colaboración del Consulado de Sevilla, que tenía el privilegio exclusivo de comerciar con América. En México se creará una institución similar en 1592.²²⁸

De España llegaban algunos productos agrarios como el vinagre, el aguardiente, aceitunas, alcaparras, harina y algunos frutos secos; había algunas manufacturas: peletería, jabón, papel, calzados, sombreros, así como libros, obras de arte, entre ellas pinturas e instrumentos musicales. A España se exportaban cueros, productos medicinales, perlas y productos como el tabaco, azúcar, cacao y, en menor medida, algodón.²²⁹

IV. 7. *La Plaza Mayor en 1760.*

Un par de planos de la Plaza Mayor, fechados alrededor de 1760, muestran la manera en que estaban dispuestos los mercados en su superficie. En el primero se hace evidente la división de la Plaza en tres mercados pero, con la interacción de unos con otros, los límites

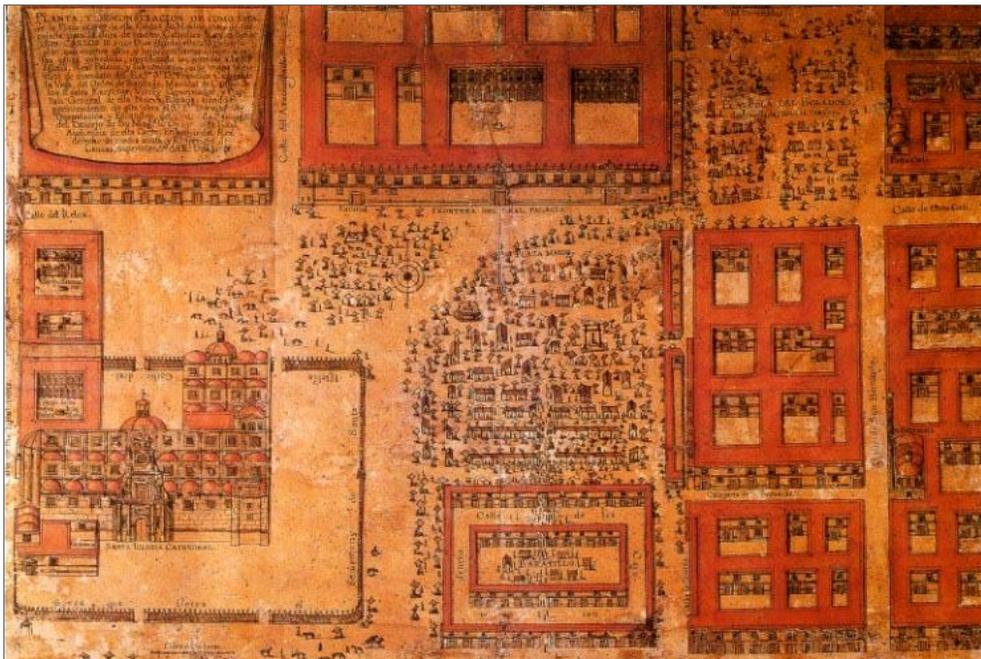
²²⁷ Francisco de Solano, “La Carrera de Indias después de 1588”, www.armada.mde.es/archivo/mardigital/revistas/cuadernosihcn/20cuaderno/05cap.pdf (consultado el 23 de mayo de 2018)

²²⁸ María Luisa Laviana Cuetos, “La organización de la Carrera de Indias, o la obsesión del monopolio”, *Revista de Historia Naval*, (2006), <http://hdl.handle.net/10261/26615> (consultado el 11 de junio de 2018)

²²⁹ Alfonso Mola y Martínez Shaw, “Introducción”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 29.

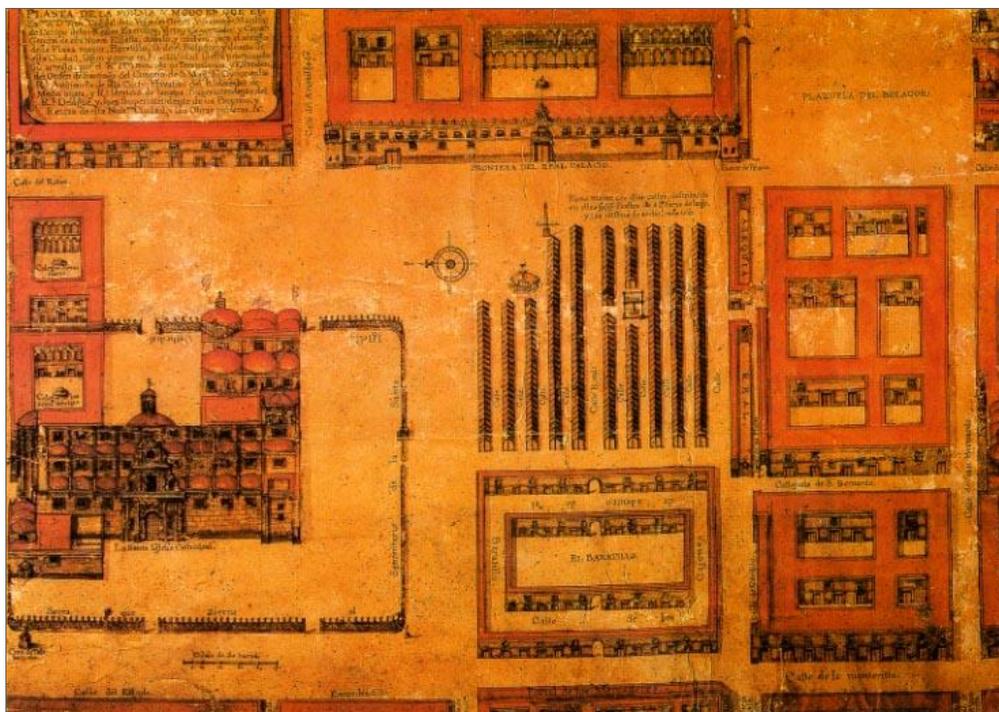
no están del todo definidos [fig. 29]. El segundo es el proyecto de cómo se debería ordenar la Plaza para la Jura de Carlos III [fig. 30].

Es difícil imaginar si este ordenamiento se llevó a cabo para la ocasión. Las juras de los monarcas tenían una duración de más o menos tres días y su fin era celebrar el ascenso al trono del nuevo monarca español mediante actos, rituales y festejos, como la real proclama, el paseo del real pendón, procesiones, *Te Deums*, misas, desfiles y corridas de toros. En esas celebraciones era de primera importancia el adorno de las plazas, de las calles y de las casas con luminarias y la realización de arcos triunfales, portadas y tablados efímeros que hacían alusión a las virtudes del nuevo rey,²³⁰ con frecuencia comparándolo con personajes de la mitología o de la Biblia.



29. Anónimo. *Planta y demostración de cómo estaba la Plaza mayor de esta Ciudad de México antes de despejarla para la Jura de nuestro Catholico Rey, el Señor DON CARLOS III*. Plano a color, ca. 1760.

²³⁰ Adriana Gil Maroño, “El montaje de la jura de Carlos IV en Veracruz (1790): La fiesta en la construcción de lo público”, en *Los espacios públicos de la ciudad...*, 56.



30. Anónimo. *Plaza mayor de la Ciudad de México, Baratillo y del Volador*, Plano a color, ca. 1760.

En el caso específico de este par de planos contamos con el documento que coincide exactamente con la situación del momento de planeación de la jura de Carlos III, fechado igualmente en 1760.²³¹

[...] habiendo vuelto a hacer personalmente examen del estado en que dichas plazas se hallan con la ocasión de su desembarazo para la Jura de S. M. y notándose una entera confusión, embarazado todo el tránsito, y lleno todo el ámbito de dichas Plazas con dichos Puestos por la voluntariedad de cada uno, agregándose a todo el haberse ido tolerando desde el año de mil, setecientos, cincuenta, y cuatro el que cada Puestero haya levantado el Puesto, o Sitio que ocupa con terraplén a su libre arbitrio en tanto exceso que llegan algunos a vara, y media de alto, de que ha

²³¹ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, f. 3. El documento ha sido citado por Jorge Olvera Ramos y por Blanca Azalia Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado de la Plaza Mayor de México en el siglo XVIII a través de la pintura*, tesis para optar por el grado de Licenciado en Historia (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2011), 95; sin embargo, no he encontrado una fuente donde lo cotejen con los planos acuarelados aquí expuestos. No obstante, junto al documento se muestra un plano más sencillo, uno solo, con la misma idea de orden en la Plaza Mayor para la Jura de Carlos III.

resultado impedirse la corriente de las Aguas, en cuyo tiempo se halla intransitable sobreviniendo dichas desgracias [...].²³²

El documento continúa con la queja de que los principales afectados eran los edificios de la catedral, el Real Palacio y el ayuntamiento. Se habla entonces de la elaboración de un mapa (anexo al documento) que planificara la ordenación de los puestos en calles rectas, evitando su asiento frente a los edificios, sobre los puentes y calles que dan acceso a los mismos, “quedando libre de los Puestos el Pirámide donde se halla la estatua de Nuestro Catholico Rey Dn. Fernando VI.”²³³ Eran las mismas disposiciones que se venían proyectando sin éxito desde 1743.

El ordenamiento de la Plaza Mayor incluía la limpieza y nivelación del empedrado para mejorar el sistema de drenaje. Los puestos también debían nivelarse y organizarse en sus propios espacios: el mercado de Bastimentos y el Baratillo. “Se hace indispensable la mayor brevedad desta obra como que della depende el orden del Abastecimiento desta Capital en cuanto comestible se comercia en esta Plaza Mayor.”²³⁴

Dentro de las disposiciones que el administrador dio a conocer a los puesteros se mencionaba que “ni en la Puente del Real Palacio, ni en toda la acera de sus bajos, haya puesto alguno de Panocha, Azúcar, Tabaco, Ropa, fruta ni Miniestras, Viobos, lienzos, Gallinas ni Huevos aunque los vendedores estén parados, bajo de la pena que pierdan el género que se les cogiere para venta [...]”.²³⁵ Se impedía la colocación de sombras movedizas, jacales de adobe para vivienda y el traspaso y renta de cajones o parte de ellos, principalmente a los vendedores de comida preparada, sin el consentimiento del Administrador. Se promovía el aseo en los puestos y el dejar espacios libres sobre las calles.²³⁶ Las autoridades del Ayuntamiento pretendían que “[...] con este remedio se impidan tantas ofensas a Dios Nuestro Señor como se experimentan en los recodos, callejones, y centro de dichos cajones, y Baratillo, y se liberten de los robos que puedan sobrevenir”.²³⁷

²³² AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, f. 3, año de 1760. He actualizado la ortografía para hacer más accesible la lectura.

²³³ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, ff. 3v-4.

²³⁴ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, f. 19.

²³⁵ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, f. 4.

²³⁶ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, ff. 14-21.

²³⁷ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, f. 23.

Pero los intentos de ordenar la Plaza sucumbían ante el creciente comercio; entre un bando y otro es de suponer que había cierta tolerancia entre las autoridades. En un documento de dos años después se señala que el desorden sigue siendo rector de esa zona:

[...] a poco más de las 9 de la mañana, y habiendo reconocido las callejuelas de todos los puestos que se hallan debajo del techo de los jacalones por la mayor parte se hallan con el desorden de estar fuera de sus términos, ocupando el sitio de las calles con los efectos de [...] frutas, [...] y demás cosas, y además de este desorden así en lo descubierto como en las boquillas de las calles, muchísimos puestos y con más especialidad alrededor de la horca y de la pila pública, y también en la frente del Real Palacio; también se notó estar muchos puestos de cocinas y almuerzos cubiertos de guangoches²³⁸ y petates. Otros desórdenes he visto no sólo a motivo del presente reconocimiento sino en las muchas ocasiones que he pasado por la plaza referida.²³⁹

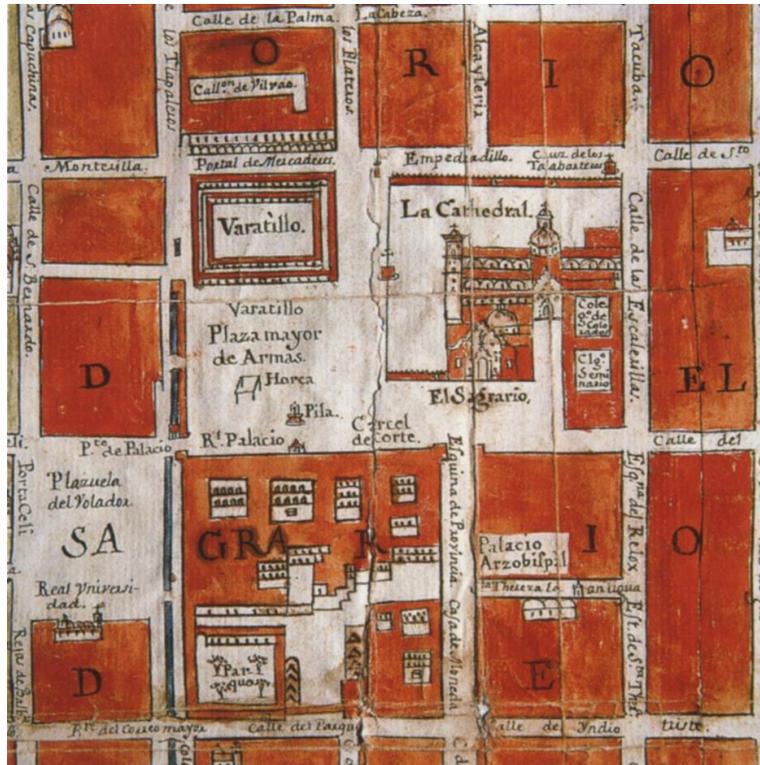
IV. 8. *Los monopolios.*

Los mercados seguían un sistema basado en los monopolios, especialmente en función de la economía española; es decir, nada de lo que provenía de la metrópoli se podía producir aquí, no se podía comerciar con los otros países americanos ni comprar a otros europeos. Las mercancías que los españoles introducían en la Nueva España eran exclusivamente de su producción: vino, aceite, vinagre, aceitunas y alcaparras; textiles como lana, algodón y algunas sedas, especias como canela, clavo y pimienta, frutos secos como avellanas, almendras y pasas, harina de trigo, así como algunos productos para el sector minero. Se ingresaba también papel, plumas para escribir, cerámica, libros, muebles y objetos decorativos. Los peninsulares recibían a cambio plata en lingotes y amonedada, tintes como grana cochinilla, añil y palo de rosa, vainilla, chocolate y achiote, entre otros.²⁴⁰

²³⁸ Guangoche es una tela rústica que se emplea para embalajes o cubiertas.

²³⁹ “Reconocimiento del Maestro mayor de obras de la ciudad y los Ministros de Policía. 23 de abril de 1762.” Citado por Rosas Barrera, “La vida cotidiana en el mercado de la Plaza Mayor...”, 193.

²⁴⁰ Carmen Yuste (selección de documentos e introducción), *Comerciantes mexicanos en el siglo XVIII* (México: IHH/UNAM, 1991), 8.



31. José Antonio Alzate y Ramírez, *Plano de la imperial México*, Tinta y acuarela/papel, 1769. Col. Museo Franz Mayer.

IV. 9. La decadencia de los mercados en la Plaza Mayor.

Finalmente, los menudistas estuvieron en la plaza hasta 1791, cuando se impuso un nuevo discurso urbanístico y los mercados fueron literalmente desplazados. Como hemos visto, cuando Juan de Viera escribió su relación, hacia 1777-1778, la plaza estaba todavía ocupada por toda la combinación de los diversos mercados; la gran zona comprendida entre el Parián y el Palacio estaba desbordada por los puestos de alimentos, formando un gran tianguis multitudinario en el que se vendían frutas, legumbres y todo tipo de antojitos. El autor describe los puestos de alimentos, los “montes de hortalizas” y de frutas, “de manera que ni en los mismos campos se advierte tanta abundancia como se ve junta en este teatro de maravillas”.²⁴¹

Está en forma de calles que las figuran muchos texados o barracas, bajo de las que hai innumerables puestos de tiendas, de legumbres y semillas, de azúcares, y

²⁴¹ Viera, “Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...”, 211.

panochas,²⁴² chancaca de carnes salpresas o acecinadas, ya de cabro, ya de toro. Assimismo, pescados salados de todo género [...]. Véndense también otras castas de pescados que traen de las mismas lagunas, como es el juile y el meztlapique, que este último, aunque mui pequeño (pues es del tamaño de la anchoa que hai en la Europa) es mui delicioso y lo comen los hijos de la tierra asado y envuelto en unas hojas de maíz. [...] Tampoco escasean los bobos y pámpanos, sargos y borriquetes, curvinas y robalos, mojarra y truchas, que aunque no se dan en el país, las traen de los ríos inmediatos y los de los puertos circunvecinos, unas salpresas y otras escabechadas. Abunda también en ánades, patos, apipiscas, sarapicos y chichicuילות, [...] en el Puente de Palacio es una maravilla ver una calle entera de aves y animales, así vivos como muertos: conejos, liebres, venados y cabritos, sin que se verifique que se llegue a heder esta carne, pues para todo tiene México y muchas veces no alcanza para su abasto. [...]

Assimismo en toda la circunferencia de la Plaza, hay puestos de pan de todas calidades, a más de los innumerables puestos y caxones que repartidos en toda la ciudad están en las plazuelas y calles [...] sin el pan-bazo, [pambazo] y semitas que gastan los más necesitados, que de esto hai una calle entera formada de canastos. También hai otra calle donde están las tamaleras que venden sus tamales, [...] y estas mismas venden el atole [...] el regular desayuno de la gente pobre y desvalida. Hai assimismo una calle de cocineras, que éstas preparan distintas viandas para el almuerzo de multitud de gente que en esta Plaza trafica. Hai también muchos forasteros que aquí almuerzan, comen y cenan, por no tener en la ciudad casa y pasarlo [...]. Hai otra calle en donde con propiedad se puede decir que corre leche y miel, pues no se ve otra cosa que quesos, assí frescos como frescales y añejos, assí de leche de cabra como de vaca, acompañando a esta vendimia infinitas mantequillas.²⁴³

Más cerca de la Catedral se concentraban los puestos de loza: ollas, cazuelas y botellones. El área de la fuente estaba rodeada de puestos –las mujeres con su parasol– de pescados y huevos y los típicos aguadores con sus ollas a la espalda.

Sin embargo, a pesar de ese aparente orden y vigilancia, la Plaza Mayor no dejaba de ser un confuso laberinto de jacales, pocilgas y sombras de petate. Era también un sitio

²⁴² Azúcar moreno.

²⁴³ Viera, “Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...”, 211-213.

lleno de inmundicias pues se arrojaban los desechos de la carne y era también una gran letrina.

La famosa fuente o pila tampoco estaba limpia y cuando se intentaba asearla podían salir incluso animales muertos, en putrefacción. Con las lluvias, el piso se anegaba y el aspecto general era de suciedad.²⁴⁴ Ésta fue una de las razones por las que el virrey Revillagigedo decidió transformar y embellecer la plaza en primer lugar. No obstante, tuvo que enfrentar resistencias de una sociedad que conservaba tradiciones milenarias y se oponía a una transformación tan radical.²⁴⁵

A quienes ocupaban o hacían uso de las calles y de las plazas literalmente los desalojó [...] Y las calles comenzaron a ser [...] teatro de una disputa fundamental: la que se libró por querer precisar una nueva frontera entre lo privado y lo público. [...] Y con tal ánimo de reglamentar, de sistematizar toda clase de medidas, una llevó necesariamente a la otra: la limpieza, la iluminación, la nivelación y el empedrado de los pisos, el confinamiento de artesanos y comerciantes en el espacio estricto de sus talleres y tiendas [...] No más ordeña de vacas en vías y plazas. No más muladares por todas partes.²⁴⁶

La idea de la “suciedad” de la ciudad surgió hasta la segunda mitad del siglo XVIII.²⁴⁷ Después de tres siglos de comercio, los “puestos de indios” fueron trasladados a la plaza de *El Volador*, situado en la plaza del mismo nombre, donde hoy se localiza el edificio de la Suprema Corte de la Nación (Pino Suárez y Venustiano Carranza, antiguas calles de Flamencos y Porta Coeli) y el 27 de junio de 1793 fue inaugurado “el mercado de la Cruz del Factor, para dar cabida a los puestos de ropa vieja, fierro, herrajes, vidrio, talabartería y chucherías”,²⁴⁸ o sea, parte del Baratillo.

²⁴⁴ Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, XXVII.

²⁴⁵ Marcela Dávalos, *De basuras, inmundicias y movimiento. O de cómo se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII* (México: Cien fuegos, 1989), 14.

²⁴⁶ Esteban Sánchez de Tagle, *Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial* (México: INAH/Departamento del Distrito Federal (DDF), 1997), 42-43.

²⁴⁷ Dávalos, *De basuras, inmundicias y movimiento*, 152.

²⁴⁸ López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 106.

IV. 10. *El mercado de El Volador.*

El terreno de la Plaza del Volador perteneció, en la época prehispánica, a las llamadas Casas Nuevas de Moctezuma; allí tenía lugar la “danza de voladores”. Después pasó a ser propiedad de Hernán Cortés y cuando éste vendió el terreno para la construcción del Palacio de Gobierno, quedó como un predio anexo no incluido.²⁴⁹

Hacia 1584 se instaló allí la primera Universidad de México y el terreno que quedó al frente fue denominado “Plaza del Volador”.²⁵⁰ En las entradas de virreyes o en las solemnidades de la coronación de los reyes, allí se instalaba la plaza de toros, y era, desde siempre y de manera informal, un mercado de frutas y legumbres. Sin embargo, a fines del siglo XVIII, se intentó establecer un mercado ordenado, con tiendas instaladas sobre ruedas para moverlas con facilidad en caso de incendio y se construyó otra fuente en el centro de la plaza. En realidad, se trató de un edificio de madera, a base de cajones de anverso y reverso y en el interior con varios tinglados también de madera (permitiendo la colocación de “sombras” para la vendimia). Quedó concluido y fue inaugurado el 20 de enero de 1792.

Se convirtió entonces en el mercado principal de la ciudad. De acuerdo con el reglamento para su funcionamiento, dictado por el virrey el 11 de noviembre de 1791, se debía disponer de la siguiente forma: los cajones cerrados, del 1 al 24, servirían para mantas, rebozos, cintas, sombreros, algodón y otros efectos semejantes; del 25 al 48 habría dulces, fruta seca, bizcochos, quesos y mantequillas; del 49 al 72, fierro, cobre, herraje y mercería de nuevo y de viejo, excepto llaves y armas prohibidas; del 73 al 96, especias, semillas y otras cosas de esta naturaleza de los puestos fijos; del 97 al 144, verduras, frutas y flores; del 145 al 168, carnes, aves vivas y muertas, pescado fresco y salado, y aguas compuestas como la chía y otras; del 169 al 192, loza, petates y jarcia.

Los tinglados eran puestos móviles y servían para todo tipo de vendimias y comestibles. Por último, del 194 al 205 y del 292 al 303, eran para maíz introducido por los indios. Las casillas de los extremos de los tinglados estaban destinadas para barberos y en las que quedaran vacías podrían vender ropa hecha, nueva y vieja. Estaban prohibidos los figones, así como prender fuego. En la noche del 9 de octubre de 1792 el mercado sufrió un

²⁴⁹ José Guadalupe Victoria, “Noticias sobre la antigua plaza y el mercado del Volador de la Ciudad de México”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* XVI, núm. 62 (1991): 69.

²⁵⁰ Victoria, “Noticias sobre la antigua plaza y el mercado del Volador...”, 70.

incendio que redujo a cenizas uno de sus frentes. Orozco y Berra señala que cuando se formó el mercado de madera frente de la Universidad, éste “fue tan conocido, siendo casi el primero y digno de la ciudad”.²⁵¹

Dentro de sus múltiples proyectos como maestro mayor del real palacio, el arquitecto Ignacio Castera presentó, en 1796, el plan de construir los tinglados del mercado del Volador;²⁵² más adelante, en 1799, le fue adjudicada la construcción de los mismos;²⁵³ para ello aumentó el número de puestos y dejó libres los accesos, colocando dos líneas más de puestos que formaban un cuadrado dentro de otro. Para ello, debió eliminar el espacio abierto al centro, respetando solamente la fuente y las calles interiores entre cada línea de puestos.²⁵⁴ El reglamento de los mercados ponía énfasis en la limpieza, el alumbrado y el resguardo de las mercancías; el sistema de la fuente cambiaba radicalmente, pues “sólo corre cuando se quiere tomar agua, evitándose de esta manera el desperdicio y desaseo que ocasionan los grandes y descubiertos recipientes”.²⁵⁵

En 1837 el ayuntamiento compró finalmente el terreno de la plaza del Volador al duque de Monteleone, heredero de Cortés.²⁵⁶ Entre 1841 y 1843 un nuevo mercado fue construido a cargo del arquitecto español Lorenzo de la Hidalga, con un modelo constructivo más acorde con la modernidad y los precursores franceses. La planta muestra un rectángulo cerrado con tres entradas de cada lado, adornadas con molduras de orden dórico y alegorías.²⁵⁷

Al centro del mercado había dos fuentes y un pórtico con dos nichos que representaban a la Justicia y al dios Mercurio, alusivos a ese espacio. En el centro, De la Hidalga, levantó una columna dórica coronada con una imagen del gobernante, el general Antonio López de Santa Anna, realizada por el escultor, también español, Salustiano

²⁵¹ Manuel Orozco y Berra, *Historia de la ciudad de México desde su fundación hasta 1854*. Segunda parte, 8. Mercados, 124-125. Citado por López Rosado, *Los mercados de la Ciudad...*, 105. Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor*, 122. Cfr. María Rebeca Yoma Medina y Luis Alberto Martos López, *Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y La Merced*, (México: Secretaría General de Desarrollo Social (DDF)/INAH, 1990).

²⁵² Regina Hernández Franyuti, *Ignacio de Castera: arquitecto y urbanista de la Ciudad de México, 1777-1811* (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997), 181.

²⁵³ Hernández Franyuti, *Ignacio de Castera*, 93.

²⁵⁴ Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 59.

²⁵⁵ Ignacio González-Polo y Acosta (versión paleográfica, introducción y notas), *Compendio de providencias de policía de México del Segundo Conde de Revilla Gigedo* (México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas/UNAM, 1983), 30 y 16.

²⁵⁶ Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, 149.

²⁵⁷ Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, 152.

Veza.²⁵⁸ El estreno se llevó a cabo el 13 de junio de 1844, sólo un año después de la desaparición del Parián (como señalaré a continuación). En diciembre de ese mismo año, la columna y la escultura serían derribadas.

IV. 11. *La Plaza Mayor a finales del siglo XVIII.*

La Plaza Mayor se convirtió, hacia finales del siglo XVIII, en una plaza de armas moderna y fue el Ayuntamiento el que perdió rentas por 20 mil pesos anuales, que intentó recuperar con el mencionado mercado de El Volador y los de Santa Catarina Mártir, Cruz del Factor y Jesús, cobrando a todos los puesteros menudistas que habían debido desplazarse por la nueva ley del virrey Revillagigedo.²⁵⁹ El Parián seguía ocupando una tercera parte de esa renovada plaza y parecía no seguir del todo ese proyecto de limpieza y orden que el virrey había soñado. “Los beneficios de poseer una tienda en El Parián no se limitaban a las ganancias de la comercialización, pues el subarriendo de porciones de cajón era una fuente de ingresos extraordinaria.”²⁶⁰

Pero el virrey logró retirar gran parte del comercio que se realizaba en la Plaza Mayor para darle ese sentido más cívico, donde se realizaban ejercicios militares. Para ello se repuso el empedrado frente al Palacio y se colocaron simétricamente cuatro fuentes cerca de las esquinas. Entre sus acciones, Revillagigedo

prohibió a los comerciantes de ropa vender en las puertas del Parián y en los portales; mandó colocar placas con el nombre de las calles y azulejos con el número de cada casa para facilitar el levantamiento de padrones que se requería para el control de la población; organizó el servicio de limpia; proveyó de carros para regar los paseos y arregló la Alameda; inició la limpieza de calles y plazas; ordenó el empedrado de varias calles; desazolvó las acequias; introdujo el alumbrado; instauró la policía y abrió nuevas calles.²⁶¹

²⁵⁸ Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, 152-153.

²⁵⁹ Jorge Olvera Ramos, “La disputa por el espacio público: los comerciantes y vendedores de la plaza mayor”, en *Los espacios públicos de la ciudad...*, 84-97. AHCDMX: *Ramo Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 19, f. 2v, 1792.

²⁶⁰ Olvera Ramos, “La disputa por el espacio público...”, 89.

²⁶¹ Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 53.

Muchas de estas obras se debieron al mencionado arquitecto Castera, creador del primer Plano Regulador de la ciudad de México en 1794. Él también fue el ganador de un proyecto para añadir puestos al centro de El Parián, sin alterar su forma original; para ello propuso la creación de cuatro manzanas que respetaban los dos ejes principales del esquema original, aunque reducían el centro del espacio alrededor de la fuente, igual que había sucedido en el mercado de El Volador.²⁶² El proyecto incluía la creación de 72 puestos más que serían contruidos con “[...] buenos cimientos de piedra dura sobre estacado, puertas de cedro, brocales de cantería labrada lisos, entrepaños de tezontle techos de vigas de escantillón, Azoteas enladrilladas, pisos de lo mismo, sobre enlozado y todos los tabiques de madera [...]”.²⁶³

Ésta fue la obra que determinó el final del Baratillo, después de tantos intentos por hacerlo desaparecer. Sus ocupantes fueron trasladados a las plazuelas de Loreto, Paja y Jesús.²⁶⁴

A pesar de los intentos de limpiar la plaza, mientras estuvo allí el Parián eso fue imposible. Por ello, el 23 de julio de 1843, cuando comenzó su demolición, muy pocas voces lo defendieron. Según un periódico de la época (*El Siglo XIX*) no existía “una sola persona de medianas luces, que deje de aprobar la orden dada por el supremo gobierno, para que desaparezca el edificio llamado Parián (de ominosa y funesta memoria) que es uno de los más notables lunares que afean a la capital de la república”.²⁶⁵

Así pues, los comerciantes de la plaza mayor de México debieron desocuparlo por orden del presidente Antonio López de Santa Anna; además, dicho mercado sería demolido de inmediato. Era el 27 de junio de 1843 y el gran edificio que había ocupado la plaza desde 1695 para los ricos comerciantes que vendían los productos llegados en el Galeón de Manila, debía desaparecer.

El Ministerio declaró que debido a que el Parián había sido construido con fondos del erario, el material que resultara de la demolición serviría para construir un *monumento a la Independencia* (y que además el dinero y alhajas que se encontraran enterradas por los mismos comerciantes serían llevados a la Tesorería general).

²⁶² Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 55. Hernández Franyuti, *Ignacio de Castera*, 92.

²⁶³ AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 34, f. 5. Marzo 11 de 1794.

²⁶⁴ Velázquez, *Evolución de los mercados...*, 56.

²⁶⁵ Ayuntamiento de México, *Colección de documentos oficiales relativos a la construcción y demolición del Parián...*, XV. *El Siglo Diez y Nueve*, 596, México, 13 de julio de 1843.

El edificio fue, entonces, ocupado por los encargados de su destrucción; se comenzó por quitar el pavimento y para ello se empleó a los presidiarios y “más de seiscientos hombres libres. La noche del 31 de agosto, quedaron por tierra todas las paredes del edificio y la mañana del 11 de septiembre, acabados de quitar los escombros, la plaza mayor fue ocupada por las tropas de la guarnición [...]”.²⁶⁶ Quedaban sólo doce faroles sobre pies derechos para derramar luz sobre el espacio; dice Manuel Rivera Cambas: “[...] la energía y actividad con que se llevó adelante la empresa, no tenía precedente en nuestra sociedad.”²⁶⁷

²⁶⁶ Ayuntamiento de México, *Colección de documentos oficiales relativos a la construcción y demolición del Parián...*, XV. *El Siglo Diez y Nueve*, 596, México, 13 de julio de 1843.

²⁶⁷ Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, 121.

CAPITULO V

LAS PINTURAS DE LOS MERCADOS EN LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO. HISTORIA Y PATROCINIOS.

El conjunto de pinturas que he seleccionado a continuación tienen un común denominador. En ellas, la Plaza Mayor de México muestra la ubicación de los mercados en su superficie, así como la fuente y la picota, esta última ya vacía.

En la Plaza los grupos sociales interactúan entre sí, con sus diferencias étnicas marcadas por su indumentaria y oficios. En muchas de estas pinturas aparece el Virrey con su comitiva haciendo un recorrido común: el trayecto entre el Palacio Nacional y la catedral, pero esto sucede mientras la vida cotidiana continúa entre sus habitantes. Otro aspecto a destacar es que estas obras tuvieron un destinatario en la metrópoli y sus diversos comitentes buscaron reivindicar el papel del virrey en turno (con frecuencia era él mismo quien que encargaba el cuadro), ensalzando sus obras tanto arquitectónicas como del funcionamiento de la urbe.

V. 1. Anónimo. *Vista del Palacio del Virrey en México.*

En el Museo de América, en Madrid, se conserva un biombo que representa la Plaza Mayor de México hacia mediados del siglo XVII; en su parte derecha, el Palacio Virreinal es el protagonista. La mitad izquierda muestra la Alameda central [fig. 34]. El Palacio conserva el balcón de la Virreina, hecho por el ingeniero Juan Lozano Ximénez de Balbuena, de madera labrada y dorada.²⁶⁸

El origen de los biombos se sitúa en China, en el siglo VIII y fueron los japoneses quienes lo adoptaron con el nombre de *byo bu*, que significa “protección del viento”. A

²⁶⁸ María Concepción Amerlinck de Corsi, “Vista del Palacio del Virrey en México”, en el catálogo de la exposición *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América, 1550-1700* (Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V/Museo de América, 23 de noviembre, 1999-12 de febrero, 2000), 158-163.

Nueva España llegaron a través del Galeón de Manila y de aquí llegaron a España y Portugal donde fueron particularmente apreciados.²⁶⁹

El que aquí se muestra es un biombo rodastrado, es decir, que era colocado con sus innumerables hojas más bien bajas sobre “la tarima que rodeaba el estrado, lugar que constituye en la vivienda novohispana el sitio de reunión social, herencia en España del Islam”.²⁷⁰ Es semejante al que pertenece a la colección de Rodrigo Rivero Lake, que también representa la Plaza Mayor de México.

En este caso, su decoración con nubes doradas, delineadas con negro, hacen pensar en su origen japonés y en la reinterpretación de esos elementos por parte de los artesanos novohispanos.²⁷¹

En el primer plano se aprecia la conjunción de puestos de mercado techados con tejamanil y otros colocados sin ninguna protección, “al viento”, y también sin mucho orden tal como estaban antes del motín de 1692, cuando se quemó el balcón de la Virreina. Las mujeres indígenas van vestidas con su *huipil*, la prenda con la que cubrían su torso y cadera, confeccionado por ellas mismas [fig. 33]. El huipil está formado por dos o tres piezas de paño, cosidas en sentido longitudinal y dobladas por la mitad, con costuras a cada lado dejando una abertura para los brazos y con un escote cuadrado o redondo; huipil significa “vestido de tres piezas”²⁷² (pero, en realidad, son tres piezas cuando es de lujo); el *cueitl* o enredo era una especie de falda, de origen prehispánico que se ponía bajo el huipil. Llamado también chincuete consta de una o dos franjas estrechas cosidas a lo largo y va enrollado alrededor de la cintura con un cinturón más bien ancho o una faja;²⁷³ llevaban una toca o paño doblado para cubrir la cabeza y el *mámatl*, lienzo con el que solían llevar a sus niños o alguna otra carga.²⁷⁴ Los compradores parecen ser peninsulares o criollos, con su negra vestimenta y su sombrero, casi uniformados. Este tipo de representaciones, el de los puestos de mercado dentro de la Plaza Mayor, será una constante en estas obras, creadas para ser conocidas en el Viejo Mundo y marcarán la pauta para pinturas más elaboradas en

²⁶⁹ Ruiz Gutiérrez, *El Galeón de Manila*, 257.

²⁷⁰ Acuña Castrellón, “Biombo Coromandel”, en el catálogo *El Galeón de Manila*, 172.

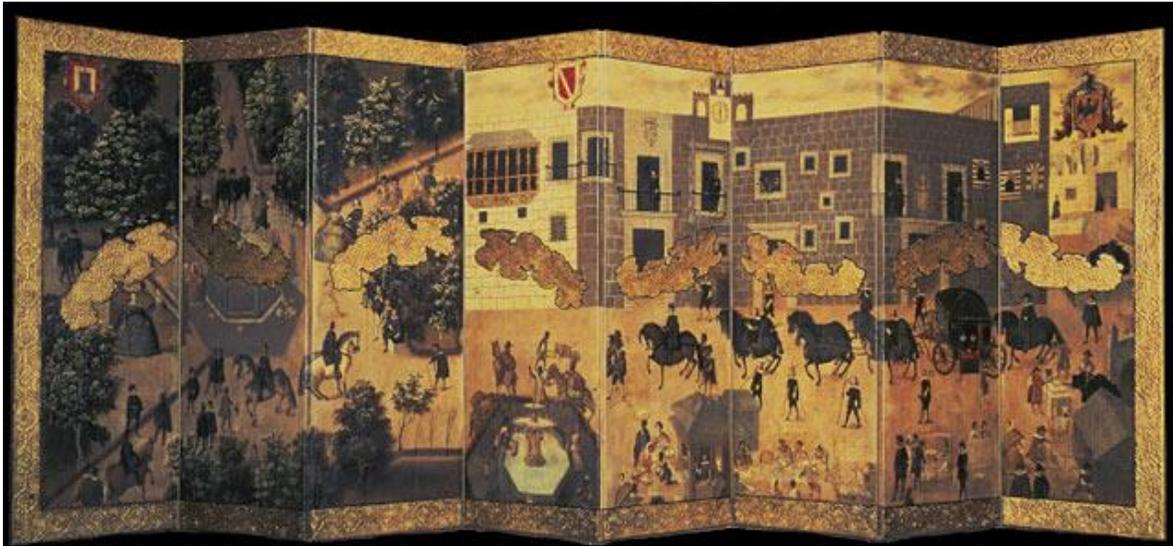
²⁷¹ Ruiz Gutiérrez, *El Galeón de Manila*, 257.

²⁷² Carlotta Mapelli Mozzi (texto) y Teresa Castelló Yturbide (ils.), *Indian Dress in Mexico* (México: INAH, 1966), 13.

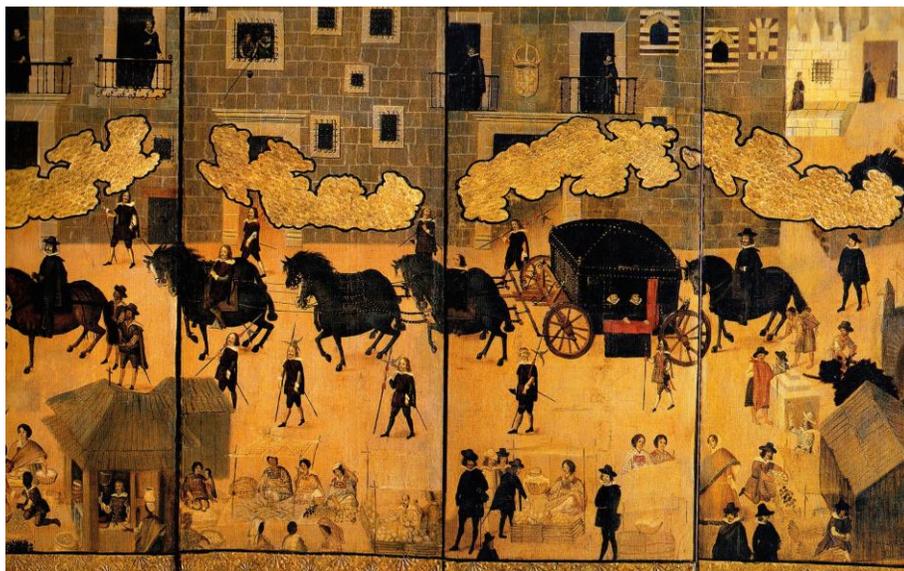
²⁷³ Mapelli Mozzi y Castelló Yturbide, *Indian Dress in Mexico*, 13.

²⁷⁴ Ana Paulina Gámez Martínez, *El rebozo. Estudio historiográfico, origen y uso*. Tesis para obtener el grado de Maestría en Historia del Arte (México: Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2009), 83.

las que la presencia del comercio es una parte sustancial de la vista de la Ciudad, que da vida y sentido a los espacios públicos.



32. Anónimo. *Vista del Palacio del Virrey en México*. Biombo. Museo de América, Madrid.



33. Anónimo. *Vista del Palacio del Virrey en México*. Biombo. Museo de América, Madrid. (Detalle).

V. 2. Cristóbal de Villalpando. *Vista de la Plaza Mayor de México*.

Se trata de una pintura peculiar, por su perspectiva y su temática, firmada por el famoso artista Cristóbal de Villalpando, en 1695. Inaccesible para nosotros aunque el pintor sea novohispano y el lugar la Ciudad de México, pues está ubicada en una mansión estilo Tudor de la campiña inglesa, nominada Corsham Court [fig. 34], de la cual no sale jamás.²⁷⁵ La propiedad pertenece a la familia de los Methuens desde el siglo XVIII y está limitada por una iglesia parroquial, por un conjunto de voluptuosos tejos y por una escuela de equitación del siglo XVI. Aunque fue modificada en muchas ocasiones, su carácter original, de la época isabelina, parece haber sobrevivido de alguna manera.²⁷⁶

El cuadro de Villalpando, colocado sobre la chimenea de uno de los salones [fig. 35], comparte el espacio con una prodigiosa colección de arte de primera importancia.



34. *Corsham Court*. Vista frontal de la mansión Tudor.

²⁷⁵ Ni siquiera fue posible cuando se solicitó con motivo de la exposición antológica de Cristóbal de Villalpando, organizada por Fomento Cultural Banamex, en octubre de 1997.

²⁷⁶ Simon Jenkins, *England's Thousand Best Houses* (Londres: Allen Lane/Penguin Books, 2003), 822.



35. Salón de *Corsham Court*. Cuadro de Cristóbal de Villalpando sobre la chimenea.

La mansión fue comprada por Paul Methuen en 1745, un descendiente de un mercader de paños de Bradford-on-Avon. Fue el renombrado arquitecto paisajista Capability Brown (1764-1783) quien más adelante amplió el edificio para poder exponer la colección de pintura italiana y holandesa de los nuevos dueños. En la década de 1840 la colección creció con la adquisición del legado Sanford de Viejos Maestros, después del matrimonio de otro Paul Methuen con Anna Sanford en 1844. Algunas otras obras de esta colección son una *Traición de Cristo* de Van Dick, una *Anunciación* de Filippo Lippi y un dibujo de Miguel Ángel que representa a Cupido. En la colección hay obras de Claude Lorrain, Andrea del Sarto y del Guercino.²⁷⁷ Y, entre ellas, nuestro cuadro, por muchos años atribuido extrañamente a Bartolomé Esteban Murillo y titulado, más extrañamente, *Fair of Statelulco. City of Mexico*, hasta que Manuel Romero de Terreros lo descubrió en 1949.²⁷⁸

La pintura [fig. 36] ha sido estudiada por los especialistas en Cristóbal de Villalpando, en primer lugar por Francisco de la Maza (quien tuvo la paciencia de contar los personajes: 1283)²⁷⁹ y, muchos años después, por el conjunto de investigadores que se conformó para la exposición antológica del pintor, presidido por la añorada Juana Gutiérrez Haces. El estudio específico de esta obra es de Pedro Ángeles.²⁸⁰ También María Josefa Martínez del Río de Redo hizo el análisis de la obra como parte del volumen sobre *México*

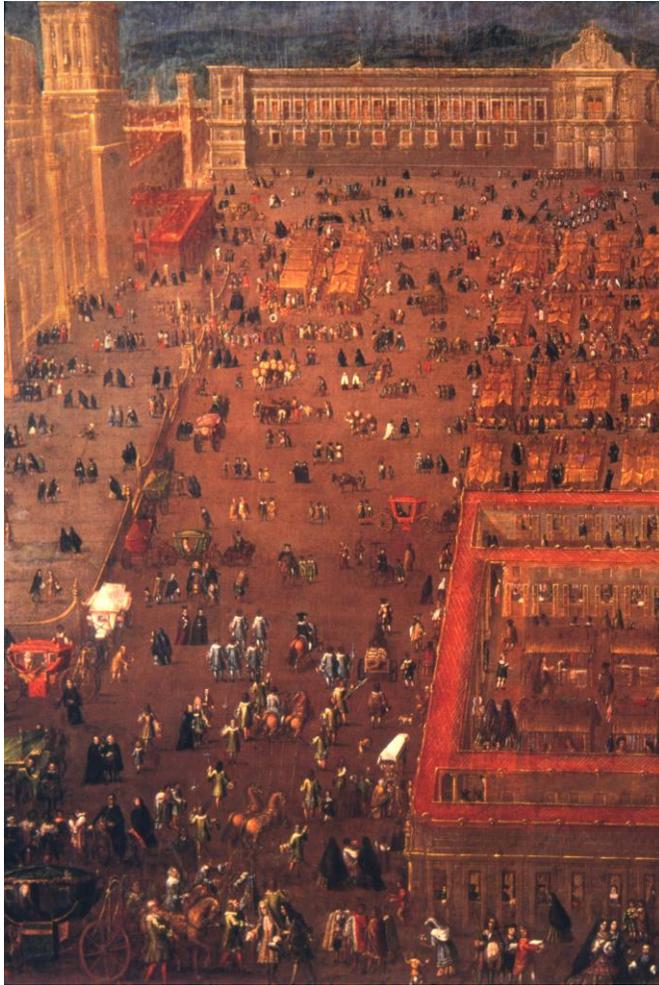
²⁷⁷ Jenkins, *England's Thousand Best Houses*, 822.

²⁷⁸ Manuel Romero de Terreros, "La Plaza Mayor en el siglo XVII", *México en el Arte* núm. 8, 1949.

²⁷⁹ Francisco de la Maza, *El pintor Cristóbal de Villalpando* (México: INAH, 1964), 159-168 (Memorias, IX).

²⁸⁰ Pedro Ángeles Jiménez, "Vista de la Plaza Mayor", en el catálogo *Cristóbal de Villalpando* (México: Fomento Cultural Banamex, 1997), 274-276.

en *el mundo de las colecciones de arte*²⁸¹ y Richard Kagan le dedica varias páginas en su famoso estudio sobre las imágenes urbanas en el mundo hispánico.²⁸² Pero el texto más reciente y completo dedicado a la pintura es el de Iván Escamilla y Paula Mues, “Espacio real, espacio pictórico y poder: *Vista de la Plaza Mayor de México* de Cristóbal de Villalpando”.²⁸³



36. Cristóbal de Villalpando. *Vista de la Plaza Mayor de México*, 1695.
(Detalle)

²⁸¹ María Josefa Martínez del Río de Redo, “Permanencias y ausencias de obispos, virreyes e indianos”, en *México en el mundo de las colecciones de arte*, t. II, 4 y 9-10.

²⁸² Kagan, *Imágenes urbanas en el mundo hispánico*, 254-257.

²⁸³ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 177-204.

El ambiente que prevalece en esta obra, una vista nocturna [fig. 37], pero al mismo tiempo luminosa, está marcado por el momento histórico del final del gobierno del virrey conde de Galve, quien se asoma por la ventana de su carruaje en el primer plano, del lado izquierdo, y quien ha sido considerado el comitente de esta obra.



37. Cristóbal de Villalpando. *Vista de la Plaza Mayor de México*, 1695.

La obra establece el modelo que veremos de nuevo en dos vistas más de la Plaza Mayor en plena actividad y en las que el mercado o, mejor dicho, los mercados, con su abundancia y variedad marcan la pauta y centran la atención del espectador. Como antecedentes habría que señalar otras vistas, no novohispanas, como la de *La Plaza Mayor de Lima, cabeza de*

los reinos del Perú, de 1680²⁸⁴ [fig. 38] o la *Construcción de la Catedral de Guatemala*, de 1678,²⁸⁵ [fig. 39] de Antonio Ramírez Montúfar, que también retrata al obispo de esa ciudad, Juan de Ortega y Montañés, arriba de su carruaje entrando en la plaza.



38. Anónimo. *Plaza Mayor de Lima*, 1680. Col. Particular, Gran Bretaña.

²⁸⁴ Luis Eduardo Wuffarden, “La ciudad y sus emblemas: imágenes del criollismo en el virreinato del Perú”, en el catálogo *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América*, 66-68.

²⁸⁵ Cfr. Eva S. Lamothe, “The Cathedral of Antigua Guatemala, a Colonial Painting, ca. 1718” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* XIII, núm. 50 (1982): 91-105.



39. Antonio Ramírez. *Catedral de Santiago de los Caballeros, Guatemala, 1678.*
Col. Particular.

Según Richard L. Kagan este tipo de vistas se inscriben en las llamadas comunicébricas, o sea, interpretaciones subjetivas o dirigidas por una mirada local de la *civitas* o república y de sus valores morales fundamentales. La diferenciación “entre *urbs* y *civitas* resulta esencial para comprender las formas en que se han pintado las ciudades”.²⁸⁶ Para Kagan, la idea de que la ciudad consiste en sus ciudadanos o patricios se remonta al menos a Tucídides (siglo V a. C.) y está también en Aristóteles.²⁸⁷

La obra de Villalpando no fue, como siempre se ha pensado, un *souvenir* de la estancia en México del virrey don Gaspar de Silva y Mendoza, conde de Galve, quien no parecía haberse integrado nunca a esta tierra. El nombramiento de su cargo, en 1688, había sido obra de su poderoso hermano don Gregorio de Silva y Mendoza, uno de los políticos españoles más importantes de la segunda mitad del siglo XVII.

Desde su llegada, el conde entró en contacto con el “núcleo de negociantes que habían construido fortunas, prestigio y redes de influencia” en Nueva España “a partir del tráfico como mercaderes de plata, y que desde hacía algunos lustros monopolizaban la dirección del Tribunal del Consulado de Comerciantes de la ciudad de México”. Bajo el mando de Galve “muchos de estos personajes, en su mayoría inmigrantes de origen oscuro, obtuvieron honores inusitados, incluidos los primeros títulos nobiliarios otorgados a mercaderes de la Nueva España”, como el de “marqueses de San Jorge para los miembros de la familia Retes, y el de condes de Miravalle para los de la familia Dávalos Bracamonte”.²⁸⁸

Por otra parte, el virrey recibió severas críticas a su gestión por parte de los llamados “leales vasallos mexicanos”, quienes no dudaron en escribir al mismo monarca español, Carlos II, para expresar sus quejas. Como respuesta a sus detractores, el conde de Galve pidió ayuda al renombrado erudito don Carlos de Sigüenza y Góngora para que hiciera una rememoración de sus logros y obras públicas y, aparentemente, había logrado sortear los escollos hasta que sucedió el tumulto de 1692, por el que muchos lo culparon de ineptitud y corrupción.

El texto de Sigüenza y Góngora: *Alboroto y motín de los indios de México*, que hemos analizado en el capítulo anterior, no fue escrito con una visión objetiva y “constituye

²⁸⁶ Kagan, *Imágenes urbanas en el mundo hispánico*, 33.

²⁸⁷ Kagan, *Imágenes urbanas en el mundo hispánico*, 30.

²⁸⁸ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 184.

una mal encubierta defensa de las medidas tomadas por el gobierno antes y después de la sublevación. Destinada originalmente a publicarse, permaneció finalmente inédita debido tal vez al exaltado lenguaje y las graves acusaciones formuladas por el autor contra algunas figuras públicas”.²⁸⁹

Por todos los medios, el virrey intentó restablecer el orden perdido: se expulsó a los indios del centro de la ciudad, se prohibió el pulque y se mantuvo a la capital en una suerte de estado de sitio, mientras se comenzaba la reconstrucción del palacio virreinal. Además, a partir de ese momento, comenzó un ambicioso plan de restablecimiento del orden perdido. Con la muerte de su hermano, en 1693, y su autoridad erosionada dentro y fuera de la ciudad de México, Galve solicitó insistentemente que se le relevara de su cargo y, a la vez, se apresuró a dar cumplimiento a su proyecto de ley y orden, reportando meticulosamente al rey los avances del mismo.²⁹⁰

Varios indicios apuntan a la posibilidad de que el virrey y sus allegados, al darse cuenta que sería imposible concluir con el programa emprendido, decidieron solicitar a Cristóbal de Villalpando que representara la Plaza Mayor mostrando los logros y las limitaciones de los últimos tres años del régimen. Para Galve, el espacio de la plaza debía simbolizar el nuevo orden político alcanzado por su administrador y quedaba en manos del pintor encontrar la manera de transmitirlo.

Quizá el virrey tenía presente el óleo de Francisco Rizi, pintado hacia 1683, perteneciente a las colecciones reales, de *La Plaza Mayor de Madrid*, para celebrar el matrimonio de Carlos II con María Luisa de Orléans. Como señalan Escamilla y Mues en su artículo, Rizi se habría valido del grabado de Gregorio Fosman que ilustraba el relato detallado de la celebración, escrito y publicado por José del Olmo en 1680. El duque del Infantado, hermano de Galve, había sido, según el relato de Del Olmo, uno de los protagonistas del gran auto de fe y sería uno de los probables comitentes de la obra, hecho que tal vez explique su aparición en el lienzo de Rizi.²⁹¹

²⁸⁹ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 187. *Cfr.* Escamilla, “El Siglo de Oro vindicado: Carlos de Sigüenza y Góngora, el conde de Galve y el tumulto de 1692”, 179-203.

²⁹⁰ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 187.

²⁹¹ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 191. Una pintura de esa época y que representa también la Plaza Mayor de Madrid pero con una fiesta de toros es una adquisición relativamente reciente del Museo Soumaya de la Ciudad de México. *Cfr.* Virginia Tovar Martín, “Escuela Madrileña, ‘La Plaza Mayor de Madrid durante una fiesta de toros en presencia de Carlos II’”, en *Pinturas de cuatro siglos (1997-1998)*, Julián Gállego, introducción (Madrid: Caylus, 1997), 142-145.

En nuestra obra aparece el Palacio Virreinal en plena reconstrucción, a cargo del maestro de arquitectura Felipe de Roa, quizá uno de los motivos para la ejecución del lienzo, es decir, el mostrar este nuevo proyecto que sustituía al del jesuita checo Simón de Castro, muy parecido a una fortaleza.²⁹² Villalpando retrató cuidadosamente el avance del edificio, tal como se hallaba hacia la segunda mitad de 1695, es decir, con las habitaciones del virrey prácticamente completas y con la mayor parte de los balcones de hierro colocados, así como las puertas y ventanas de la vivienda. De igual manera, ya se advertían los arcos del llamado patio de honor.

Fue exactamente así como la obra arquitectónica quedó pues el Conde de Galve recibió la orden, por parte del Consejo de Indias, de no gastar más en la remodelación del Palacio hasta que no se hiciera una revisión de lo gastado, pues para la construcción el virrey había aplicado un nuevo impuesto al aguardiente. La fecha de 1693 se conserva hasta nuestros días esculpida en la base del torreoncillo norte y la inscripción con el nombre del virrey: GOVERNANDO EL EXCMO SR. CONDE DE GALVE, sobre la cornisa del balcón principal del palacio.²⁹³

Como ha sido señalado por quienes han estudiado la pintura, la visión general del cuadro ofrece un juego de perspectivas, con el primer plano y el fondo vistos de frente, mientras que el resto de la obra parece mirar la Plaza desde una altura mucho mayor. El pintor acerca a los personajes del primer plano y mantiene una conexión con el palacio, al tiempo que la mirada de pájaro permite al observador analizar “desde fuera” el resto de la plaza.²⁹⁴

A pesar de los deseos del virrey, el Baratillo no desapareció. Escamilla y Mues señalan un documento del Archivo de Indias de Sevilla, según el cual habría sido extirpado por completo,²⁹⁵ pero tal como ocurrió con la prohibición del pulque, la orden no se obedeció y el Baratillo siguió allí muchos años más; un documento fechado dos años después, en 1696, del Archivo Histórico de la Ciudad de México, muestra las dificultades

²⁹² Sobre la reconstrucción del Palacio Virreinal *cfr.* Efraín Castro Morales, *Palacio Nacional. Áreas presidenciales* (México: Conaculta/El Equilibrista, 2014), 126-143.

²⁹³ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 194 y nota 48.

²⁹⁴ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 192.

²⁹⁵ El documento mencionado es: AGI: *Audiencia de México*, 61, “Testimonio de la real cédula de Su Majestad dirigida al Exmo. Sr. conde de Galve virrey de esta Nueva España y diligencias por Su Excelencia ejecutadas sobre la extirpación del Baratillo de que ha resultado el extinguirse absolutamente. México, 4 de febrero de 1694”, f. 20. Citado en Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 196 y nota 53.

para hacer desaparecer ese mercado.²⁹⁶ Dos años después del motín, del que se acusaba en parte a los mesilleros de ese mercado, se seguían vendiendo en el Baratillo productos prohibidos y robados y el citado documento reafirma que existían muchos interesados en ese desorden y que aunque momentáneamente se quitaban los puestos, volvían a formarse de nuevo. Realmente el Baratillo desapareció hasta que la Plaza Mayor fue remodelada del todo, hasta fines del siglo XVIII.

En el cuadro está ocupado el espacio del Baratillo, aunque el pintor lo representa bien trazado y ordenado y aparece ya terminado el Parián, lo cual no concuerda con la fecha de la pintura pero, como lo han señalado Escamilla y Mues, en la mentalidad de la época quien comenzaba una obra podía considerarse su verdadero constructor. La portada del edificio que ya estaba acabada para entonces sirvió a Villalpando para escribir el título de la obra. El Parián, como hemos señalado, sería concluido hasta 1703.

En su interior aparecen dos filas de puestos provisionales alrededor de una fuente. De la Maza lo describe así: “En la primera fila de cajones se vende cera, por lo que se miran colgando las gruesas y delgadas candelas [...]. La segunda fila es más variada: comienza con ropa, sigue con carnitas, continúa con guitarras –dos galanes templean y afinan dos de ellas antes de comprarlas– prosigue con ropa y acaba en antojitos.”²⁹⁷ Los indígenas están reunidos en la vieja acequia del sur, llena de canoas. El tianguis rodea también la fuente ochavada; allí las indias venden granos, verduras, huevos, gallinas, ranas y patos. Hay aguadores con grandes ollas.

La fecha de 1695 se confirma igualmente analizando los trajes de los alabarderos que algunos han confundido con los uniformes “a la francesa” que la guardia del palacio, el otro cuerpo militar al servicio de los virreyes, usó posteriormente.²⁹⁸ En el lienzo los alabarderos utilizan los colores verde y amarillo, usados en fechas más tempranas.

Villalpando fijó su caballete en la azotea del portal de los mercaderes, mirando al Oriente. Al fondo se ven los volcanes nevados y el Palacio; a su izquierda la Catedral y a su derecha el Ayuntamiento.

²⁹⁶ AHCDMX: Ramo *Rastros y mercados*, 3728, exp. 4, ff. 116-124, año de 1696. Cfr. Olvera Ramos, *Los mercados en la Plaza Mayor...*, 94-98.

²⁹⁷ Francisco de la Maza, *El pintor Cristóbal de Villalpando*, 167.

²⁹⁸ Es el caso del estudio de Josefa Martínez del Río de Redo que señala que la fecha del cuadro debería ser posterior por estar el Parián terminado y por los trajes de los alabarderos. Escamilla Martínez y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 197.

Destacan algunos personajes como las dos damas del primer plano, una de las cuales parece tender la mano o llamar a un niño bajo cuya figura se encuentra la firma del pintor y al que se ha identificado como uno de sus hijos. A su derecha hay dos caballeros, uno de los cuales ofrece al otro un papelillo con la inscripción “Al maestro Cristóbal Villalpando”. Quizá es el momento en que el pintor recibe el encargo de la obra y el personaje que nos mira no es el artista sino quizá el secretario particular del conde de Galve, don Juan Francisco de Vargas.²⁹⁹

Cuando el virrey Conde de Galve regresó a España, en 1696, después de entregar el poder a su sucesor el obispo Ortega y Montañés, se llevó la pintura consigo como un testimonio de lo que había hecho: la reconstrucción del Palacio y la edificación del Parián. Es muy probable que el destinatario final fuera el mismo monarca, si bien el cuadro nunca llegó a su destino. El Conde de Galve, después de desembarcar en España, murió en el Puerto de Santa María el 12 de marzo de 1697.

Fueron sus herederos quienes más tarde, hacia 1715, vendieron el cuadro a sir Paul Methuen, embajador de Gran Bretaña ante las Cortes de Madrid y de Lisboa y, como hemos visto, ahí se quedó con la misma familia.

V. 3. Manuel de Arellano. *Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena.*

Fecha en 1720 y firmada por un miembro de la familia de los Arellano (activa en Nueva España entre 1690 y 1730), Manuel sin duda, representa una vista nocturna de la gran plaza [fig. 40]. En ella, los diversos cajones y el Parián están iluminados por velas y farolillos que cuelgan de sus techos, decorados especialmente para la festividad. En uno de los cajones puede distinguirse un *Nacimiento*. La vista, ubicada hacia el sur de la Plaza Mayor, ha conservado la inscripción por lo que es posible identificar las principales edificaciones, sus puentes, como el de los Flamencos o el portal de las Flores, la catedral, el Palacio Real y el Episcopal, el seminario. Están las cruces, la de los Talabarteros y la de la catedral. Dice así:

Celebridad de Nochebuena en México d 1720

1. Cathedral

²⁹⁹ Escamilla Martínez y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 199.

2. *Palacio Real y sus Patios*
3. *Palacio Episcopal.*
4. *El Colexio Seminario.*
5. *Contaduria d la Yglesia.*
6. [...]
7. *El Baupsterio*
8. *Cruz de los Talabarteros*
9. *Cruz de la plazuela de la Cathedral.*
10. *Caxones d Mercaderes.*

11. *Azequia Real*
12. *Puente del Palacio*
13. *Puente de los flamencos*
14. *Puente del portal [...]*
15. *Fuente de la Plaza*
16. *Horca*
17. *Puestos de Colacion*
18. *Puestos de Frutas secas*
19. *Puestos de Pescado*
20. *Puestos de frutas [...]*
21. *Puestos de bitoallas*

22. *Guardia de Palacio*
23. *Forlones a la puerta de Palacio*
24. *Forlones que [pasean en] la Plaza*
25. *Ronda d la Cavalleria*
26. *Calle del Relox.*
27. *Pendencia que apacigua la guardia de Palacio.*
28. *Puestos de Buñuelos*³⁰⁰

³⁰⁰ Conocemos en detalle esta receta de buñuelos de Nochebuena: “A dos libras de harina, cinco yemas y una clara, una mantequilla, un terrón de azúcar, un pozuelito de leche, un pedacito de levadura. Se deshace en tantita agua de anís y un pedacito de tequesquite y la mitad de tlaco de calabaza y todo junto, se batan como

29. *Canoas en la Azequia*30. *Venta [...] legumbres*

Desde 1697 se solían establecer los llamados “Puestos de Nochebuena”, un conjunto de cajones y puestos con venta al mayoreo y menudeo de comida y especialidades decembrinas para la demanda local y regional. Hubo también puestos de Cuaresma y para las festividades de Todos los Santos.³⁰¹

Fray Antonio de la Anunciación en su crónica inédita *El Carmelo Regocijado* menciona que en las fechas previas a la Navidad, la Plaza se llenaba de puestos con dulces, frutas, pescados y jamones y que las calles se iluminaban con “varias hermosas hechuras de luces y faroles”³⁰² [fig. 41].

Por su parte, Juan de Viera describe así la Plaza durante la festividad de la Navidad:

[...] en esta fecha es centuplicado el gasto de los azúcares, pues a más de las tiendas de confitería que hay en esta Ciudad, que son muchas, en la circunferencia de la Plaza Mayor, se forman tiendas particularmente curiosas, muchas de ellas con especiales pinturas, candiles y cornucopias, colgadas al aire innumerables frutas cubiertas, de todas quantas se dan en el País [...]

Esto es lo que está en la circunferencia de la Plaza; pero lo que se deposita en su centro es inexplicable, pues cada puesto es una Primavera, cada uno es (como suena en la realidad) un monte de diversas frutas que cubren a los que las venden. Pero en estos días lo que más resalta y sobresale son las tiendas de confiterías que apenas hay calle donde no haya una haciéndose competencia con otras, entapizadas de riquísimos damascos, adornadas de láminas con marcos de plata, pantallas de lo mismo y diversos candiles iluminados, colgados de la techumbre, infinidad de frutas cubiertas y de globos de más de quatro arrobas de azúcar candi. Asimismo ponen nichos de christales con curiosísimos nacimientos de marfil y algunos de

todos hasta que avejiguen. Se dejan leudar un rato y se van haciendo para freírse”. Guadalupe Pérez San Vicente (introducción, transcripción, léxico e índice) *Manuscrito Ávila Blancas. Gastronomía mexicana del siglo XVIII* (México: Restaurante El Cardenal, 1999), 153-154.

³⁰¹ AHCDMX: Ramo *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 2, f. 1, año de 1697. Jorge Olvera Ramos, *Los mercados en la Plaza Mayor...*, 34.

³⁰² Citado en Manuel Romero de Terreros, “La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII” (México: Imprenta Universitaria, 1946), 3. *Cfr.* Gustavo Curiel y Antonio Rubial, “Los espejos de lo propio: ritos públicos y usos privados en la pintura virreinal”, en *Pintura y vida cotidiana en México 1650-1950* (México: Fomento Cultural Banamex/Conaculta, 1999), 69 y 72.

cera, hechos de la mano del nunca bastante ponderado artífice D. José de Borja, natural de la Puebla de los Ángeles cuyas obras han merecido elogios en toda la Italia y Roma, y algunas se han colocado en los Gabinetes de los Príncipes y de Ntro. Cathólico Monarca.

A más de todo lo referido se encuentran en calles no sólo en hombros de lacayos y cargadores sino en mulas, las ollas de conservas, los caxonssillos de dulces cerrados, las codornices, pavos y gallinas, venados y cabritos, terneras acecinadas, de modo que en estos días apenas se puede andar por las calles por el crecidísimo número de terneras y becerros vivos que llevan los indios de regalía a las casas particulares siendo la algazara de las calles, increíble, por el crecido número de muchachos que siguen a los becerros gritando y silbando, que la Ciudad vierte en estos días su alegría y regocijo.³⁰³

Manuel de Arellano fue asimismo el autor de la *veduta* de 1709, titulada *Traslado de la imagen y dedicación del santuario de Guadalupe*, ubicado en una colección particular española.³⁰⁴ Una pincelada semejante a la utilizada en las figuras en medio de la oscuridad es notoria en el primer plano, en contraposición a la zona más luminosa del traslado.

El óleo pertenecía igualmente a una colección inglesa (su propietario lo había heredado de un antepasado que lo había adquirido en el segundo cuarto del siglo XVIII) y fue subastado por la Casa Sotheby's en 1993. La obra pudo ser admirada en la exposición *Pasado y presente del Centro Histórico* en el Palacio de Iturbide, en abril-mayo de 1993. Ahora se encuentra en una colección particular mexicana.³⁰⁵

³⁰³ Viera, "Breve compendiosa narración de la Ciudad de México..." 280-282.

³⁰⁴ Jaime Cuadriello, "Del escudo de armas al estandarte armado", en el catálogo *Pinceles de la Historia. De la patria criolla a la nación mexicana*, 37. Joaquín Bérchez, "Traslado de la imagen y estreno del santuario de Guadalupe", en el catálogo *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América*, 149-152.

³⁰⁵ Markus Burke, "Arellano. Celebridad de Nochebuena en México", en el catálogo de *Sotheby's* (Nueva York: mayo 18-19, 1993), obra núm. 8, s/p.



40. Manuel de Arellano. *Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena*, 1720.
Col. Particular



41. Manuel de Arellano. *Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena*, 1720.
Col. Particular. (Detalle)

V. 4. Juan Antonio Prado (atrib.). *La Plaza Mayor de México*.

Esta pintura reúne en sí misma una conjunción entre la vida privada y un suceso excepcional [fig. 42]. Se trata de una obra señalada generalmente como anónima, pero que ha sido atribuida a Juan Antonio Prado por Markus Burke, y fechada por él mismo en 1767.³⁰⁶ ¿Qué llevó a Burke a asignar, sin dudarlo, esta autoría y esta fecha tardía en comparación con otros estudios? No lo sabemos pero creo que no es un motivo para descalificarlo por no revelar sus fuentes (quizá la referencia estaba en algún documento en poder del fallecido historiador Guillermo Tovar de Teresa).³⁰⁷ La pintura fue estudiada en 1946 por Manuel Romero de Terreros, quien descubrió en ella un paralelismo con la crónica de Juan Manuel de San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica corte mexicana*,³⁰⁸ la fechó en 1768 y esa ha sido la pauta a seguir por la mayoría de los estudiosos de la obra pues existe una relación muy evidente entre la narración y la representación plástica.

Sin embargo, algunos investigadores, como la maestra Elena Estrada de Gerlero, lo sitúan unas décadas antes y han puesto en duda que se trate del virrey Marqués de Croix, quien es el protagonista de la crónica, sino don Agustín Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas, que gobernó Nueva España entre 1755 y 1760. Blanca Rosas también señala que los cajones de San José fueron construidos en 1757,³⁰⁹ lo que adelanta la ejecución de la obra a lo señalado por Manuel Romero de Terreros y Marcus Burke.

También la maestra Gerlero ha hecho notar que la presencia de la columna de Fernando VI es un elemento determinante para fechar la pintura. El rey mismo la obsequió a la ciudad en 1747 y murió en 1759. Sin embargo, Viera describe la columna en 1777 y fue removida hasta 1790.

³⁰⁶ Marcus Burke, *Pintura y escultura en Nueva España. El barroco* (México: Grupo Azabache, 1992), 172.

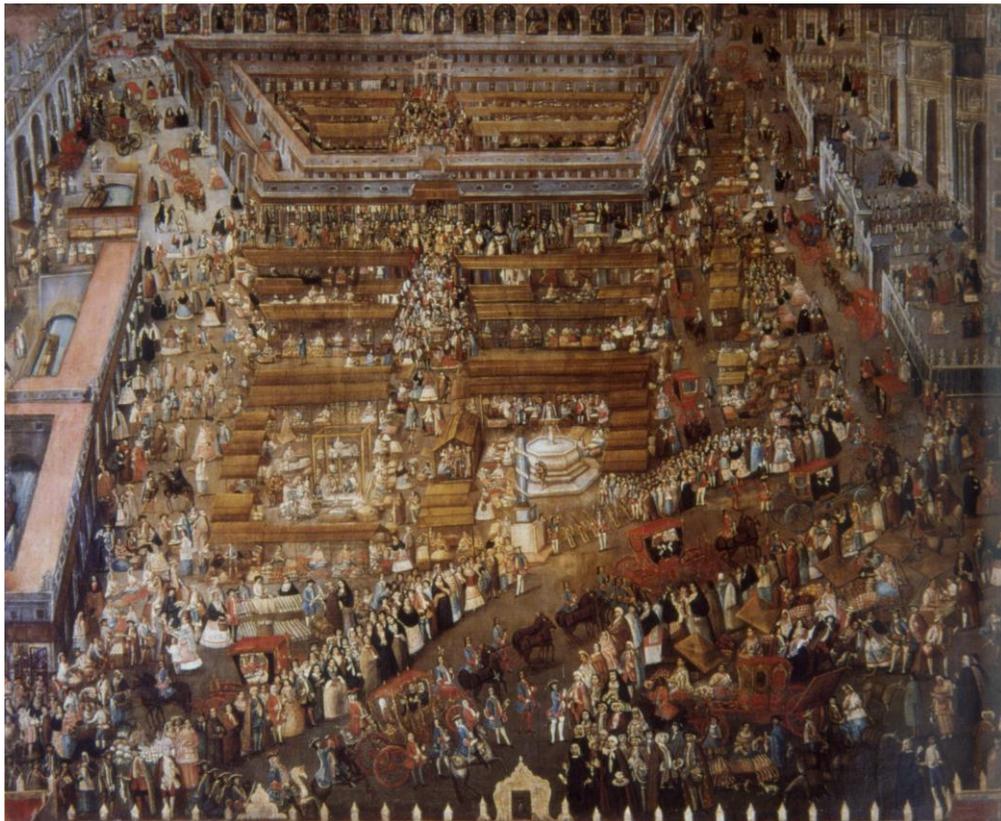
³⁰⁷ Así lo hace Blanca Azalia Rosas Barrera en su estudio, por otra parte muy completo y minucioso, dedicado en exclusiva a esta pintura: *La vida cotidiana en el mercado de la Plaza Mayor de México en el siglo XVIII a través de la pintura*, 65. No obstante, esta tesis adolece de esa confrontación, cada vez más cuestionable como tal, entre historia del arte y estudios culturales que según la abundante bibliografía reciente encuentra cada vez más puntos de encuentro que de lo contrario.

³⁰⁸ Romero de Terreros, *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, 1-4.

³⁰⁹ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 156-157.

El óleo fue adquirido en Londres en la época del porfiriato por un coleccionista mexicano, quien lo vendió después a Ramón Alcázar, cuya colección se integró a la del Museo Nacional de Historia, con un periodo intermedio en la colección Corcuera e incluso expuesto en el bar del hotel Ritz.³¹⁰

La pintura ha sido mutilada en su parte inferior, donde seguramente se hacía referencia a las diversas escenas señaladas en ella, algo común en obras de este tipo. Sin embargo, no resulta difícil imaginar lo que esos números designaban:



42. Juan Antonio Prado (atrib.) *La Plaza Mayor de México*. Col. Museo Nacional de Historia, INAH.

2 – *Catedral*

3 – *Casas de Cabildo*

4 – *Portal de Mercaderes*

5 – *El Parián*

³¹⁰ Agradezco este dato a la maestra Elena Estrada de Gerlero.

6 – *Cajones interiores del Parián, acceso al Baratillo Grande*

7 – *Puerta oriente del Parián*

8 – *El Virrey en su carroza*³¹¹

La vista está tomada desde la azotea del Palacio Virreinal, del cual sólo aparecen las almenas. A su derecha se representa la fachada de la Catedral (a diferencia del lienzo de Villalpando que situaba al espectador en las casas del costado poniente) y la acequia delimita el lado izquierdo.

A pesar de que la *Crónica* de San Vicente puede no coincidir con la factura de la pintura, no deja de ser una fuente documental de primer orden para comprender lo que ésta representa. Además, el marqués de Croix, a quien se menciona en la *Crónica*, fue el primer virrey que quiso transformar la Plaza, sinónimo de mercado, en una Plaza de Armas, lo cual se lograría hasta el mandato del segundo Conde de Revillagigedo.³¹²

Dentro del bullicio de la plaza destaca una escena que se refiere al recorrido que realizaba el virrey desde su palacio hasta la catedral. Allí escuchaba una misa un día después de recibir correo de España y así agradecía la salud del monarca español. Para ello se ha dispuesto, a la entrada de la catedral, la guardia real y la milicia para solemnizar la llegada del virrey junto con los funcionarios del Ayuntamiento.

El virrey aparece como la figura central sobre la que gira todo el aparato ceremonial [fig. 43]; él usaba “la carroza más elegante, la posición más honrosa dentro de la procesión³¹³ e iba acompañado por su guardia, su caballerizo y sus pajes y lacayos. Adelante del carruaje del virrey se colocaban los de los funcionarios del reino” (encargados de las oficinas administrativas de los bienes reales) y los encargados de ejercer la justicia. Los representantes del Ayuntamiento eran quienes abrían la comitiva.³¹⁴ El uniforme de la guardia del virrey no fue modificado de manera sustancial desde la adopción del traje militar francés, durante la Guerra de Sucesión española (1702) y las consecuentes relaciones de España con Francia.

³¹¹ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 74.

³¹² Antonio Rubial, “Introducción”, en *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780)*, 28-29.

³¹³ Se trata de una *Progressio* en realidad.

³¹⁴ Carlos Aguirre Anaya, “La resignificación de lo público a finales del siglo XVIII”, en *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, 39-40.

La carroza del virrey va tirada por seis caballos enjaezados y él va solo en la testera pues nadie podía sentarse a su lado mas que su esposa y en ocasiones más privadas, dándole la derecha a su marido.

[...] á el Vidrio ván regularmente haciendo Corte á su Excelencia el Oydor Decáno, y Corregidor, marchando delante después de los Tribunales, quatro Dragones á cavallo de Guardia con espada en mano; á los dos estrivos, montados en galanes cavallos el Capitán de Alabarderos, y el Cavallerizo del Virrey, aquel con su Uniforme azul, con chupa, y vuelta encarnada galoneado de plata, y éste con la mejor gala: a pié cercando toda la Carroza los Alabarderos armados de Guardia, y en el mismo orden los Pages, y Lacayos de la Casa con ricas Libreas, descubiertas las cabezas, haciendo alto á este mismo tiempo con profunda reverencia toda la gente, que se halla en la calle, y en la Retaguardia, siguiendo la Carroza una Compañía de los dichos Dragones marchando con Tambór batiente, comboyada de sus correspondientes Oficiales con espada en mano todos, siguiendo últimamente otra gran Carroza vacía, de respecto, guardada de otro Piquete de Dragones, hasta que llegando á apearse todo este Magestuoso Comboy á la Puerta de la Cathedral, es recibido de su Venerable Cabildo [...] ³¹⁵

Pero no sólo es ese evento en lo que se centra la pintura. Es una obra sobre la Plaza y su actividad febril, sobre los múltiples personajes que la usan, con la preeminencia del edificio del Parián en plena ebullición pero también todos los puestos que lo circundan y las mercancías que allí se venden. Un espacio “en el que lo mismo se vende que se compra, se camina que se cabalga, se pasea y se platica, se festeja y se labora”. ³¹⁶

La plaza mayor figurada con sus edificios, sus autoridades, su gente y sus productos simboliza a la totalidad de la ciudad [...] la ciudad es concebida como un cuerpo conformado por una población agrupada para vivir en un lugar, sujeta a

³¹⁵ Juan Manuel de San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica Corte mexicana, cabeza del nuevo americano mundo, significada por sus esenciales partes, para el bastante conocimiento de su grandeza*, en *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780)*, 166-167.

³¹⁶ Aguirre Anaya, “La resignificación de lo público...”, 43.

unas leyes y a un gobierno, y que goza de ciertos privilegios y exenciones que el rey concede según sus servicios.³¹⁷

Como un microcosmos, la Plaza es un resumen breve de la ciudad; es el espejo de la sociedad estamentaria y la plataforma en la que luce su esplendor.

En su despejada área [...] se ve cómo cruzan a caballo y en carroza los españoles más prepotentes, junto con eclesiásticos que pasean con prosapia y frailes que caminan humildemente entre la multitud de puestos de los vendedores ambulantes, aguadores, carretas de mercancías, indios cargados con fardos, gentes de mal vivir y mendigos, el variopinto pueblo mestizo e indígena que poblaba la ciudad.³¹⁸

Carruajes e indumentaria son otros elementos para poder fechar la obra. Los coches eran símbolo de estatus y en la pintura transitan con dificultad entre los puestos de los mercados. Puede verse la estufa o cupé, carruajes de vidrieras propios para la ciudad, introducidos por el virrey Agustín de Ahumada y Villalón, Marqués de las Amarillas, en 1756. Otros eran los forlones, más amplios, que en lugar de vidrieras tenían cortinillas. Ambos se pintaban de colores vivos como el rojo y se doraban, forrando el interior con terciopelos o sedas.³¹⁹

Las mujeres visten anchas faldas de telas oscuras y pesadas, en muchos casos ahuecadas con tontillos o miriñaques, que eran una especie de faldillas, y se cubren con mantillas negras, las prendas de recato usadas desde fines del siglo XVII y sustituidas por telas más ligeras y coloridas, hacia la segunda mitad del siglo XVIII.³²⁰ Algunas cubren sus coloridos vestidos con el tradicional mantilla o la más moderna, de blonda. El rebozo, por su parte, se extendió a todas las razas y castas desde el siglo XVII, variando igualmente su calidad, pues los más ostentosos eran de seda fina.³²¹ En general, el precio y la calidad de las telas dependían de los avances tecnológicos y las fluctuaciones económicas.³²² Sin embargo, era posible aparentar mayor opulencia como lo señala Juan de Viera: “Muchas

³¹⁷ Aguirre Anaya, “La resignificación de lo público...”, 43.

³¹⁸ Bonet Correa, *El urbanismo en España...*, 187.

³¹⁹ Romero de Terreros, *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, 5.

³²⁰ Gámez Martínez, *El rebozo*, 101.

³²¹ Gámez Martínez, *El rebozo*, 96.

³²² Lydia Lavín y Gisela Balassa, *Museo del traje mexicano. El siglo de las Luces*, IV (México: Clío, 2001), 264-265.

veces no se puede reconocer cuál es la mujer del conde, ni cual la del sastre”, y más adelante dice:

[...] aún las mujeres pobres de mui corta comodidad tienen las ebillas de plata y muchos relicarios guarnecidos del propio metal y generalmente las yndias que tienen su comercio en la Plaza, es su galantería traer la garganta con seis u ocho hilos de perlas o corales, muchos relicarios, anillos de oro, plata y metal de tumbaga.³²³

Españoles, criollos, castizos, mestizos, negros y moriscos vestían a la usanza europea, con elegancia y variedad, de acuerdo con sus actividades y posibilidades.³²⁴ Su indumentaria no cambió mucho a lo largo del siglo XVIII: casaca, chupa, calzón, medias, zapatos y peluca. Quienes pertenecían a las élites comenzaron a utilizar casacas coloridas o bordadas de oro, con botones que las cerraban y con los puños rematados. Bajo su abertura en “V” se asomaba la chupa o chaleco que, a su vez, se colocaba sobre una camisa de lujoso encaje. Usaban medias blancas o rojas, que llegaban a la rodilla, y zapatos con hebillas de oro y plata. Su tricornio lo llevaban bajo el brazo. Portaban también pelucas de dos rizos que caían sobre las orejas, amarradas atrás con un listón o sujetas a la espalda con una pequeña bolsa de seda. Hacia mediados de la centuria redujeron su tamaño y ostentación como se hace patente en la pintura. La elegancia estaba marcada además por el uso de guantes, aretes en la oreja izquierda, bastones dorados y anteojos.³²⁵

Igualmente, entre la clase acomodada se puso de moda el gorro blanco³²⁶ hacia mediados de la centuria. Los españoles de menor caudal utilizaban ropa más sencilla, el sombrero negro redondo y las capas de color oscuro; los criollos se cubrían con un pañuelo o montera, un paño para abrigar la cabeza.³²⁷ Las prendas comunes en Castilla aumentaban

³²³ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México*, 256-257.

³²⁴ Ruth Lechuga, *El traje indígena de México. Su evolución desde la época prehispánica hasta la actualidad* (México: Panorama, 1982), 107-108.

³²⁵ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 148. Lavín y Balassa, *Museo del traje mexicano...*, 282. Guillermina Solé Peñalosa, “La influencia francesa”, en *Verdugados, guardainfantes, valonas y sacristanes. La indumentaria, joyería y arreglo personal en el siglo XVII novohispano*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia (México: Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2009), 155-175.

³²⁶ Ajofrín, *Diario del viaje que hizo...*, 87-88.

³²⁷ Romero de Terreros, *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, 6. Sobre la ostentación de los criollos en su vestimenta *cfr.* Pilar Gonzalbo Aizpuru, “De la penuria y el lujo en la Nueva España. Siglos XVI-XVIII”, *Revista de Indias*, núm. 206 (enero-abril, 1996), 74.

su valor en el Nuevo Mundo, pero la introducción de telas más baratas como el algodón y el estampado con láminas de cobre para sustituir los encajes, la hizo más accesible.³²⁸

Por su parte, la moda francesa tuvo buena acogida desde el siglo XVII. Los rasos, las sedas, los encajes ingleses, franceses y holandeses, que llegaban con la mercancía española de las flotas, el navío de permiso inglés o por contrabando, eran empleados por zapateros, sastres, bordadores y guanteros para confeccionar los accesorios de la vestimenta femenina.³²⁹

Las mujeres que aparecen como vendedoras “al viento”, colocadas bajo la sombra de improvisados tenderetes, visten sencillos huipiles o largos rebozos listados y corpiños bordados con encajes blancos.³³⁰ Portan alhajas además de bellos peinados formados con peinetas y adornos floreados. La venta de la comida preparada correspondía principalmente a las indígenas, así como la de frutas, verduras y artesanías. Esta venta se ubicaba entre la catedral y el Parián y alrededor de la fuente. En la pintura, los productos de la tierra se lucen en sus puestos: peras, granadas, papayas, además de carne, panes y flores.

La franja superior de la misma está definida por el Portal de Mercaderes, dispuesto a todo lo largo de la calle del Refugio (hoy 16 de Septiembre). Esos puestos han sido descritos por Romero de Terreros: en el primer arco una mujer vende nieve y aguas frescas, y en el contiguo una indígena vende ollas y utensilios de barro rojo y negro. Un par de portales tienen altares e imágenes devocionales que hacen que algunos personajes se detengan a rezar. Viera menciona que al centro había un nicho con una hermosa pintura de un *Ecce Homo* (el *Santo Ecce Homo* del portal que tenía su propia cofradía), con marco de plata maciza, alumbrado todo el día con candelabros de plata y metal, que por la noche se iluminaba con faroles. Según el mismo autor, el comercio del Portal continuaba por la noche cuando las señoras, “unas disfrazadas y otras a cara descubierta, van a gozar del tráfago y delicias [...]”.³³¹

De igual manera, las Casas del Cabildo muestran en su azotea el escudo de armas y una crestería de pináculos ornamentados. Habían sido reconstruidas en 1724, pues en el

³²⁸ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 111.

³²⁹ Guillermina Solé Peñalosa, “Estampas virreinales. El arte civil y las artes aplicadas en la vida cotidiana de la ciudad de México en el siglo XVIII.” Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Historia (México: Facultad de Filosofía y Letras/UNAM-Colegio de Historia, 2000), 50-53.

³³⁰ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 113-114.

³³¹ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 197.

tumulto de 1692 se habían incendiado. Viera describe el Portal de la Diputación como “de una magnífica arquitectura, abalconado todo, en cuja vivienda vive el Corregidor y están las oficinas de la Sala del Cabildo y otros Oficios. Remata el Portal en cada esquina, con dos torreones que sobresalen entre sus almenas”.³³²

Aquí se muestra desbordado, con los cajones de mercaderías invadiendo toda la Plaza, lo mismo que el espacio frente a la Catedral, invadido de tinglados de todo tipo, como veremos más adelante.



43. Juan Antonio Prado (atrib.) *La Plaza Mayor de México*. Col. Museo Nacional de Historia, INAH. (Detalle)

³³² Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 195.

La *Crónica* de San Vicente se refiere al mercado como un espacio donde se encuentran

[...] opulentas Tiendas, surtidas de quantos géneros se texen en Europa, America, Africa, y Assia; se hallan bajillas de todos los precios, y inferiores metales. Alhajas usuales para todos fines. Pedrería costossísima, y ordinaria de todos Minerales. Instrumentos para el uso de todos los Artes Liberales, y mecánicos. Vestidos hechos nuevos, viejos, exquisitos, y ordinarios para toda classe de personas de ambos Sexos. Ajuares como se apetezcan, respecto del valor para muchas casas, que sólo de aquí pueden en un día aderezarse. Jaezes para innumerables Cavallos, ya en el todo, ó ya divididos en partes. Comidas á todas horas con la mayor utilidad para personas de limitadas facultades. Diversos géneros de dulces, y refrescos. Lozas, y Crystales para los varios fines que se fabrican. Pinturas, y Esculturas, assi de Imágenes, como de las famosas historias, y Fabulas. Armas de todos géneros ofensivas, y defensivas. Libros de muchos Idiomas, Artes, y Ciencias, Instrumentos de cuerda, y de viento de todas invenciones. Figuras, y juguetes infinitos para niños. Pajaros para la diversion de los mas exquisitos, y canóros. Pescados secos, y frescos de America, y Europa. Animalejos Domesticos vivos, assi útiles, como de recreo. Aves, y animales comestibles de quantas produce el Reyno. Yervas medicinales, y odoríferas para la salud, y gusto. Hortalizas de todas calidades. Flores de las innumerables, que se crien en los circunvecinos Jardines, y campos, que [...] son fertilissimos, y abundantes en todas las Estaciones del año.³³³

El ajuar familiar estaba integrado por muebles, ropa blanca, objetos de ornato, alhajas y ropa personal. La ropa llegaba a tener un valor equivalente o mayor que el resto del ajuar en las familias acomodadas. Los ornatos podían ser más costosos que los mismos muebles. Por ejemplo, la ropa de cama formada por tapicería, rodapiés, colgaduras, colchas y tapetes, o bien los biombos, las joyas o las pinturas.³³⁴

No obstante, en el cuadro es bastante poco lo que puede mirarse en el interior del Parián. Hay una sección, una franja, en la que pueden distinguirse algunos muebles: un

³³³ De San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica Corte mexicana...*, 172.

³³⁴ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 137. Gonzalbo Aizpuru, “De la penuria y el lujo...”, 71-73.

biombo, un bargueño, un baúl con una pintura ovalada, colocada encima, y otro biombo. Estos objetos suntuarios llegaban directamente de China y también se conoce la presencia de artesanos llegados de Oriente que enseñaban el oficio de la ornamentación de muebles. Las decoraciones pintadas en roperos, escritorios, arquetas y bufetillos o cofres se centraban en escenas de la vida cotidiana en plazas, mercados, parques y paseos de la ciudad.³³⁵

A diferencia de estos puestos, sin compradores, lo que corresponde al “Baratillo grande” se encuentra muy concurrido. De nuevo Viera describe lo que allí se vendía: “láminas, relojes, vasos y otras mil cosas de plata; espadas, espadines, armas de fuego, jaeces, libros, nichos, imágenes, cristales, [...] siendo tan crecido el número de la gente que anda por el medio, que se atropellan los unos a los otros”.³³⁶ Francisco Sedano, testigo de la Plaza en la segunda mitad del siglo XVIII, dice que en estos puestos se vendía “ropa vieja, libros, armas de fuego y corte, sillas de montar, baúles, alhajas de ajuar de casa y otras varias cosas”.³³⁷ Otros puestos son expendios de frenos, estribos (todavía de cruz como los de los conquistadores) y demás arreos para el caballo, así como chirimbolos de toda especie. Los vendedores comerciaban navajas y cuchillos, tijeras y otras manufacturas locales como los rosarios.³³⁸

No menos de cuatro tinglados están ocupados por barberos, como lo prueban las bacías que allí cuelgan de las paredes. En las hileras inferiores de puestos predominan las vendimias de comida. Hay un amplio tinglado para vender pulque, alrededor de la pila de agua. El pulque se traía muy temprano en recuas desde Coyoacán, Xochimilco, Tacuba y zonas aledañas. Después de pagar impuesto en las garitas, los vendedores lo surtían en las diversas pulquerías y se distribuía en puestos de alimentos de la Plaza Mayor, aunque hacia 1760 un documento ordena “[...] ni que en la Plaza Mayor ni en la del Bolador se pongan Puestos de Pulque, ni otra bebida prohibida [...]”.³³⁹

En la pintura se distinguen algunos puestos de textiles y ropa hecha, atendidos en su mayoría por mujeres. Otros pasillos muestran la venta de zapatos, negros o en tafilete de colores y bordados de raso, terciopelo y otras telas finas. En la parte exterior del Parián

³³⁵ Lavín y Balassa, *Museo del traje mexicano...*, 246-247.

³³⁶ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 214.

³³⁷ Francisco Sedano, *Noticias de México*. (México: Imprenta de J. R. Barbedillo, 1880), t. II, 71.

³³⁸ Lavín y Balassa, *Museo del traje mexicano...*, 272.

³³⁹ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, f. 2, año de 1760.

destaca un cajón atendido por un comerciante con su pañuelo blanco en la cabeza, que muestra multitud de telas apiladas, ropa ya confeccionada y calcetas.

Viera describe también la calle que cruza desde la acequia y los cajones de San José hasta el frente de la catedral, donde vendían sus mercancías los sombrereros, calceteros, medieros, gamuceros y vendedores de ropa local. El comercio continuaba en la calle frente a la catedral, incluyendo indígenas que vendían instrumentos musicales.³⁴⁰ Como se ha dicho, los cajones de San José se habían mandado construir en 1757 y servían como accesorias de víveres y ropa. En la pintura puede verse el interior de uno de ellos que ofrece encajes y listonería; sin embargo, es un espacio atractivo para el comercio ambulante que se extiende a su vera y entorpece el libre tránsito. En uno de los documentos del archivo los cajoneros de San José reclaman lo alto de sus rentas y el problema de los mesilleros que dificultan sus ventas.³⁴¹

En la esquina exterior derecha del Parián, frente a los cajones abastecidos con telas, sombreros y calcetas, otros vendedores ofrecen sus productos y visten con mayor sencillez que los comerciantes españoles o criollos; usan calzón corto y se cubren con una manta.³⁴² Algunos llevan a cuestas su mercancía, los llamados buhoneros, mercaderes itinerantes [fig. 44].

Dentro del Baratillo Chico y el mercado de Bastimentos se han ido agrupando cajoncillos de madera o jacales, de forma aparentemente ordenada, permitiendo el tránsito de coches o personas. A estos puestos pronto se adosaron petates con sombra, huacales, canastos, todos los cuales fueron administrados por asentistas la mayor parte del siglo XVIII. No importaba que fueran los muros del mismísimo Cabildo.

³⁴⁰ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 213.

³⁴¹ AHCDMX: Ramo *Hacienda. Propios y arbitrios*, vol. 2231, exp. 25, ff. 1-14, octubre 18, 1766.

³⁴² Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 144.



44. Buenaventura José Guiol, *De Español e India nace Mestiza*, ca. 1770-1780. Col. Particular. (Detalle)

Hay puestos también sobre los puentes; en el de la Alhóndiga, por ejemplo, se estableció un grupo que vendía marquesotes, es decir, panes a base de huevo, y azucarillos, dulces de azúcar.³⁴³ El pan y las tortillas podían venderse en locales fijos pero también directamente en la calle, como aquí se aprecia. Los panes más demandados, el pambazo y la cemita, se ofrecían en canastos, igual que las tortillas que se vendían también en petates junto a los tamales y otros productos de maíz.³⁴⁴ Por su parte, en el puente del Palacio se vendía la carne.

A la izquierda destaca la acequia, la cual empezaba en el puente del Hospital Real (hoy tercer tramo de San Juan de Letrán) y desembocaba en el Portal de las Flores, contiguo a las Casas de Cabildo [fig. 45]. Era utilizada para el transporte de mercaderías que se vendían en los portales o en el Parián o como vía de comunicación entre el centro de la ciudad y las zonas ribereñas que la proveían de mercancías de la tierra.

Según Francisco Sedano la acequia fue techada con bóveda entre 1753 y 1754 desde el puente del Coliseo (hoy la calle 16 de Septiembre), tras el convento de San Francisco

³⁴³ Romero de Terreros, *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, 6.

³⁴⁴ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 157.

hasta el Ayuntamiento, durante el gobierno del primer conde de Revillagigedo, y hacia 1791 “se acabó de tapar y cegar hasta el Colegio de Santos”,³⁴⁵ en la época del segundo conde de Revillagigedo. Así, techada con bóvedas, aparece en la pintura. Calzadas y canales que llegaban hasta el centro de la ciudad proveían al mercado de Bastimentos.

Para la carga de materiales de construcción, muebles o compras voluminosas se recurría a los tamemes o cargadores, quienes llevaban su huacal a la espalda. Mientras que para transportar carne se hacía uso de las mulas o burros. Algunas mujeres solicitaban cargadores para llevar la despensa a su hogar.



45. Juan Antonio Prado (atrib.) *La Plaza Mayor de México*. Col. Museo Nacional de Historia, INAH. (Detalle)

En contraposición al Baratillo grande que, como he señalado, estaba ubicado en la parte central de la construcción del Parián, el Baratillo chico se explayaba en el centro de la Plaza Mayor y estaba dedicado a la venta de objetos de segunda mano y manufacturas locales. En la documentación de la Plaza, las quejas contra los mesilleros son constantes por su

³⁴⁵ Francisco Sedano, *Noticias de México. Crónicas del siglo XVI al XVIII*, I, 25.

desorden, por la venta de mercancía adulterada, además de estorbar las salidas del Parián con venta de telas, artesanías y comida.

Sabemos que en esta zona había también tablas de juego, vendedoras de aguas frescas y era un espacio privilegiado para los vendedores de a mano o “ambulantes”.³⁴⁶

En el mercado de Bastimentos, ubicado en la sección central del cuadro, alrededor de la fuente y de la picota, y en la franja derecha, entre el Baratillo chico y la catedral, la mayoría de los puestos son improvisados. Muchos de ellos son jacaes o locales al viento con sombra de petate. Sin delimitaciones claras los indígenas se hincan frente a los canastos o huacales a ofrecer frutas y verduras, además de pan, carne y tortillas.³⁴⁷

Es de nuevo la *Crónica* de San Vicente la que describe las frutas que aquí se venden cada día:

[...] ahora menos que nunca me admiro quando leo en las Conquistas de estos Reynos, que quedaron atonitos de verla aquellos primeros Conquistadores, entre quienes venian muchos, que habiendo visto las mejores de las principales Ciudades de Europa, y Africa, no le parecieron comparables de ningun modo á éstas, y con razón, siendo como es una Babilonia tal, que solo se significa diciendo, que en ella está todo el Orbe epilogado [...].³⁴⁸

La variedad de frutas que se ofrecían en estos puestos eran, entre otras:

Aguacate chico, el redondo de cáscara, el duro, el largo, y el de Teposautla; albérchigos [albaricoques]; anonas [chirimoyas]; alcabuciles [alcachofas]; batatas de cinco tipos; brevas [especie de higos]; chabacanos; coco fresco y de aceite; capulines; chayotes; camuesas [especie de manzanas]; camote morado, anteadado, blanco y de Querétaro; cacahuates; castañas; calabacitas de Castilla; cabeza de negro [guanábana]; cacomite [raíz comestible]; ciruelas; dátiles; damascos; duraznos; fresas; garambullos; guayabas; granadas de China y normales; guacamote [yuca]; guajilotes; guamúchiles [vainas]; guindas; higo del normal y del pasado; hananchis; jícamas; limas; limones; madroños [especie de bayas];

³⁴⁶ AHCDMX: *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 4, f. 1, año de 1700.

³⁴⁷ Rosas Barrera, *La vida cotidiana en el mercado...*, 185.

³⁴⁸ De San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica Corte mexicana...*, 171-172.

mezcalillo [maguey]; manzana chata; manzanita, cidra y camuesa; melones blancos y amarillos; mameyes; melocotones; moras; membrillos; naranjas dulces, de china; nuez grande y chica; pera parda, piedra de San Juan, Rectora, Reina, Chichi, bergamota, lechera, ingerta; pancololotes [dulce típico de Puebla]; perones; papayas; pepinos grandes y pepinitos; pitahayas; plátano sapalote, guineo, dominico; piñas; piñones; priscos; sandías; xoconostle; tejocotes; toronjas; tamarindos; tunas grandes y rojas; tamalayotes [especie de calabazas]; tumbiriches [especie de piñas]; tocotilla; biznagas; uvas, y zapote blanco, mamey, borracho, prieto y chico.³⁴⁹

A éstas habría que agregar los productos originarios como maíz, frijol, calabaza, chile, tomate, chíá, cacao, zacate verde (utilizado como forraje), alfalfa y cebada. Además de miel de abeja, panochas de azúcar quemada y dulces, mermeladas, ates, licores, conservas de frutas de temporada y manufactura casera, como jaleas de tejocote, piña o granada, bocadillos de coco y espejuelo de membrillo.³⁵⁰ Las especias para conservar y dar sabor eran las pasas, piñones, canela, ajonjolí, almendras, clavo, vinagre, ajo, hierbabuena, orégano, nuez y cilantro.

Muchos puestos están dedicados a la venta de pescados que llegaban directos de las costas, ríos y lagos. Es difícil distinguirlos en la pintura pero sabemos que había: mero, cabrilla, congrio, morenas, raya, pulpos, pargos, huachinango, candiles, tureles, picua, sierra, cazón, bacalao, dorado, volador, pez espada, tiburón, pámpano, pez aguja, jorobado, barbos, salmón, tortuga, coreles blancos, anguila, almejas, sapo de agua de mar, bobo, róbalo, juiles, bagre, curbinas, sargo, sábalo, trucha, lisa, chicomita, mojarra blanca y prieta y ostiones.³⁵¹

Presentes también en la pintura de Villalpando, aquí ocupan un primer plano la picota y la fuente. Pero, en el caso de la primera, más que su uso original, parece utilizarse como lugar de reunión y de venta de frutas, verduras y aves. La segunda, la fuente monumental, era otro de los elementos presentes en las plazas de toda Hispanoamérica.

³⁴⁹ De San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica Corte mexicana...*, 173-174.

³⁵⁰ Enriqueta Quiroz, "Del mercado a la cocina. La alimentación en la Ciudad de México", *Historia de la vida cotidiana en México. Siglo XVIII: entre tradición y cambio* (México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2005), t. III, 30 y 32.

³⁵¹ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 211-212.

Realizada en mármol, en piedra o en bronce, estaba siempre diseñada por un importante artista. Elemento útil que servía para el abastecimiento público, era a la vez un vistoso ornato de la ciudad [...] Con sus surtidores y tazas, estas fuentes ocupaban en la plaza un puesto diametralmente opuesto al de la picota. Frente al símbolo fatídico de la represión, del *dies irae* de la picota, la fuente, con su chorro vivificador, simboliza la purificación y salvación del género humano.³⁵²

La pila fue realizada en 1713 por Pedro de Arrieta,³⁵³ y su forma fue ochavada. Según la describe Francisco Sedano: “Tenía dos tazas de bronce, una de cuatro varas de diámetro y la otra, más arriba, de dos varas y media, y sobre ella un águila del mismo metal, de una vara de alto, y a su espalda una cruz de fierro. Duró hasta 1791 que se desbarató para despejar la Plaza. Esta pila fue una muy grande inmundicia [...].³⁵⁴

El otro monumento presente en la plaza novohispana es la columna levantada en 1747 en honor de Fernando VI, cuya figura la remataba con manto y corona imperial, cuando se proclamó. Juan de Viera la describe así en 1777: “[...] una columna con una hermosa bassa, en la que hai esculpidos varios poemas latinos y castellanos con letras de oro y sobre la columna once varas en alto, sobre la que está la estatua de N. Cathólico Rey Dn. Fernando sexto, con manto real pintado de púrpura, corona y cetro de latón dorado”.³⁵⁵

Al lado de la columna se dispusieron los cañones que marcan el único espacio vacío. Estaba realizada en piedra y fue removida en 1790. Según Francisco Sedano “[...] se mudó en trozos al puente de Jamaica, en el Paseo de Revillagigedo, con el fin de colocarlo allí y estuvo en un montón de piedras por algún tiempo, hasta que desaparecieron de allí”.³⁵⁶ Finalmente estuvo arrumbada en el patio de la Universidad donde se conservó El Caballito.

Carlos Aguirre, en su citado ensayo, ha comparado la *Crónica* de San Vicente, que más bien exalta la Plaza y su contenido con la visión contrapuesta descrita en un

³⁵² Bonet Correa, *El urbanismo en España...*, 189.

³⁵³ Según él mismo lo anota en el *Memorial* que envió al Virrey en 1720 al solicitar el puesto de maestro mayor de la catedral. Cfr. Heinrich Berlin, “Artífices de la catedral de México” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, III, núm. 11 (1944): 33.

³⁵⁴ Citado Romero de Terreros, *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, 10.

³⁵⁵ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 210. Cfr. Manuel Romero de Terreros, “Las efigies de Fernando VI en México”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, VI, núm. 22 (1954): 89-91.

³⁵⁶ Francisco Sedano, *Noticias de México*, t. II, 86.

documento anónimo escrito en 1788 pero publicado hasta 1984.³⁵⁷ El escrito se divide en 24 capítulos en los que el autor enumera lo que considera perjudicial para la ciudad de México.

Para él, la Plaza es un compendio interminable de irregularidades y desarreglos. Frente al “teatro de las maravillas” de San Vicente coloca un grueso inventario de calamidades. “La ciudad es un organismo enfermo colmado de múltiples achaques. El repertorio de desórdenes es extenso y este especulador descubre males por doquier: la ciudad está mal abastecida de carne y se introduce mucha carne muerta y cara. Los cerdos se crían en corralones y zahúrdas dentro de las casas o contiguos a ellas.”³⁵⁸

En lo que se refiere a las numerosas acequias que todavía existen en la ciudad, nos dice que están constantemente “inmundas” porque sobre ellas se arrojan abundantes desperdicios que las “inutilizan, represando y corrompiendo las aguas que exhalan continuamente una fetidez perjudicialísima a la vida”.³⁵⁹

Así pues, esta pintura parece resumir todas las crónicas de la época y su visión idealizada acerca de la vida en la Plaza Mayor y por ello me he detenido en ella.

V. 5. Anónimo. *El Parián o Calidades de las personas que habitan la ciudad de México.*

Esta obra, perteneciente a la colección del Banco Nacional de México (BANAMEX), representa uno de los puestos del Parián, con una atención especial en los cajones techados con tejamanil y la variedad de personas que los visitaban [fig. 46]. Según el estudio de Gustavo Curiel, Juana Gutiérrez y Rogelio Ruiz Gomar, si bien no encuentran una autoría, lo fechan con seguridad en la segunda mitad del siglo XVIII (*ca.* 1770), ya en pleno clasicismo y muy lejano al pincel de Cristóbal de Villalpando a quien se atribuyó en un primer momento. La colocación de los personajes en una acotada franja horizontal o friso “es una forma compositiva que por su calidad y sentido didáctico, heredados del

³⁵⁷ “Discurso sobre la policía de México. Reflexiones y apuntes sobre varios objetos que interesan la salud pública y la policía particular de esta ciudad de México, si se adaptasen las providencias o remedios correspondientes”, en Ignacio González-Polo, *Reflexiones y apuntes sobre la ciudad de México* (México: DDF, 1984). Cfr. Ignacio González-Polo, “La ciudad de México a fines del siglo XVIII; disquisiciones sobre un manuscrito anónimo”, *Historia Mexicana* XXVI/101 (julio-septiembre, 1976): 29-47.

³⁵⁸ Aguirre Anaya, “La resignificación de lo público...”, 47.

³⁵⁹ Aguirre Anaya, “La resignificación de lo público...”, 48.

clasicismo, se ajustó perfectamente a las ideas ilustradas que en la segunda mitad del siglo XVIII circulaban en la Nueva España”.³⁶⁰ Otro elemento para fechar esta pintura es la presencia de varios soldados en la escena, lo que corresponde a la gran leva que hubo en Nueva España entre 1762 y 1763, que hizo que se formara una tropa fija de milicias los dos años siguientes. También, con gran precisión, se han estudiado los objetos que aparecen dentro del cajón, como dos sillas estilo Reina Ana, pero en un estilo más popular.

El artista se situó, presumiblemente, de espaldas al palacio de los virreyes y la escena que pintó es una vista testimonial de gran valía, de oriente a poniente, que pretende, ante todo, dejar constancia de las múltiples transacciones comerciales que tenían lugar en ese espacio. La composición apaisada, con un énfasis especial en un primer plano de personas, indica lo moderno del artista para su momento [...].³⁶¹

La parte posterior del lienzo describe el listado de castas en esta pintura lo que la hace parte de esta serie de obras, aunque no siga la disposición con que las pinturas de castas suelen presentarse, como veremos más adelante:

*Calidad de las personas que habitan en la ciudad de México. I. Español./ 2. Mestizo./ 3. Castiza./ 4. Yndia./ 5. Albino./ 6. Moro./ 7. Torna-atrás./ 8. Calpa Mulato./ 9. Gíbaro./ 10. Cuarterón./ 11. Morisco./ 12. Coyote./ 13. Española./ 14. Albarazao./ 15. Tente en el Aire./ 16. Cambujo./ 17./Zambaiga./ 18. [sin inscripción]/ 19. Cléricos./ 20. Alabarderos./ 21. Indios de la sierra.*³⁶²

³⁶⁰ Gustavo Curiel, Juana Gutiérrez y Rogelio Ruiz Gomar, “El Parián”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* XXIII, núm. 78, (2001): 217-218.

³⁶¹ Curiel y Rubial, “Los espejos de lo propio...”, 79.

³⁶² Ilona Katzew, *La pintura de castas. Representaciones raciales en el México del siglo XVIII* (Madrid: Turner, 2004), cap. I, nota 2, 208.



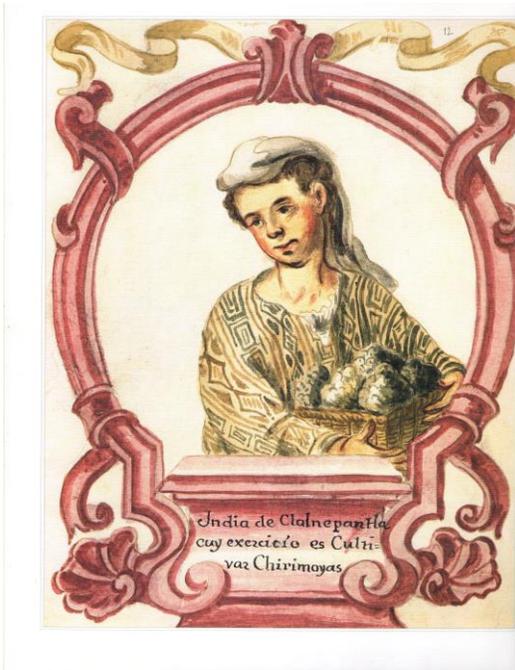
46. Anónimo. *El Parián o Calidades de las personas que habitan la ciudad de México*, ca. 1770. Col. BANAMEX.

El término de “calidad de personas” era usual en la época y se refería a “rasgos como el nacimiento legítimo, la ocupación, la honorabilidad, la prosperidad material y la respetabilidad individual y familiar”.³⁶³ En la obra *Origen, costumbres y estado presente de mexicanos y philipinos*, de Joaquín Antonio de Basarás, conservada en la Hispanic Society of America, en Nueva York, hay una sección dedicada al comercio de México y algunos personajes son muy semejantes a los vendedores que aparecen en esta pintura. Cuarenta y cinco dibujos del manuscrito están dedicados a las actividades comerciales de los indígenas según la región, rodeados por un redondel rococó del tipo que solía reservarse para los retratos [figs. 47 y 48], lo que les da un aura de idealización que contrasta con la forma como Basarás describe en el texto a los indígenas.³⁶⁴

A diferencia de las vedute, esta disposición permite el primer plano de los puestos y la identificación de lo que en ellos se vendía. El óleo procedía de una colección particular española.

³⁶³ Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos...*, 50-51.

³⁶⁴ Katzew, *La pintura de castas*, 184. Ilona Katzew (estudio preliminar, transcripción y apéndices), *Una visión del México del Siglo de las Luces. La codificación de Joaquín Antonio Basarás [1753]* (México: Landucci, 2006).



47. India de Clalnepantla.



48. Indio de Romita.

Joaquín Antonio Basarás. *Origen, costumbres y estado presente de mexicanos y philipinos*, 1763.

V. 6. Juan Patricio Morlete Ruiz. *Plaza Mayor de México con el Real palacio del exmo. Señor virrey, torre de la catedral, en el ángulo el fuerte, el nuevo sagrario, y el palacio arzobispal.*

Se trata de una pintura que es posible fechar en 1772 y que forma parte de una serie de representaciones de vistas, principalmente de puertos franceses (doce) tres *vedute* de la ciudad de Florencia y tres de la ciudad de México (aunque una se considera una copia). Este conjunto de pinturas están conservados en el Palacio de San Antón en La Valetta, Malta.³⁶⁵ Las vistas francesas están copiadas de estampas realizadas por Cochin y Le Bas, inspiradas, a su vez, en un conjunto de lienzos de Claude-Joseph Vernet, según lo declaran

³⁶⁵ Otra serie de nueve copias iguales, también de Morlete Ruiz, apareció en España, de las cuales seis fueron compradas por el Los Angeles County Museum of Art (LACMA). Ilona Katzew, "La irradiación de la imagen. La movilidad de la pintura novohispana en el siglo XVIII", *Pintado en México, 1700-1790: Pinxit Mexici* (Los Angeles/México: LACMA/Fomento Cultural Banamex, 2017), 91.

las inscripciones situadas al pie de las imágenes.³⁶⁶ En cambio, las vistas de Florencia están basadas en composiciones de Giuseppe Zocchi. Como señala Katzew: “El hecho de que Morlete Ruiz consignara en las dos series que copió las obras en México [...] denota su intención de situarse a sí mismo en relación a Vernet [...] y de crear un diálogo entre el producto y el modelo. La manera en que inscribe las obras puede interpretarse, por tanto, como una estrategia que permitió al artista no sólo promoverse a sí mismo, sino también a su patria.”³⁶⁷

La pintura de la Plaza Mayor [fig. 49] ha podido ser apreciada en la reciente y magnífica exposición *Pintado en México, 1700-1790: Pinxit Mexici*, organizada por el Los Angeles County Museum of Art y Fomento Cultural Banamex. Aunque no muestra el interior del mercado no deja de ser evidente la presencia del comercio en su superficie.³⁶⁸

La inscripción al pie del lienzo señala los diferentes edificios representados:

VISTA DE LA PLAZA MAYOR DE MEXICO CON

1 El Rl. Palacio del Exmo. Señor Vi-Rey

2 Torre de la Cathedral en el angulo al fuerte

3 El nuevo Sagrario

4 El Palacio Arzobispal

5 Bivac en la Cortina al Norte del Baratillo

EL REAL PALACIO, Y LA CATHEDRAL CON SU SAGRARIO

³⁶⁶ Óscar Reyes Retana Márquez, “Las pinturas de Juan Patricio Morlete Ruiz en Malta”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, XVIII, núm. 68 (1996): 113-117.

³⁶⁷ Katzew, “La irradiación de la imagen...”, 94.

³⁶⁸ Katzew, “La irradiación de la imagen...”, 96.



49. Juan Patricio Morlete Ruiz. *Plaza Mayor de México*, 1772. Palacio de San Antón, La Valetta, Malta.

En efecto, a diferencia de la pintura de Juan Antonio Prado, aquí la Plaza luce despejada, como si nadie interrumpiera el trayecto del Virrey entre el Palacio Nacional y la catedral. No se ven puestos “al viento” y se respira un ambiente de orden y contención.

Existe también en el conjunto una *Vista de la Plaza del Volador* [fig. 50], como si el artista quisiera equiparar las representaciones de plazas mexicanas con las europeas. La pintura de la Plaza del Volador tiene, si cabe, mayor interés para este estudio que la que representa la Plaza Mayor, en la que apenas se vislumbra uno de los lados del Parián.

Como hemos visto, la Plaza del Volador se había convertido en un mercado alerno al de la Plaza Mayor, dedicado a la venta de alimentos. En la época de la pintura de Morlete el mercado no había sido reformado, los puestos no estaban organizados ni era posible desplazarlos, como sucedió después, y no se había construido la fuente central; esto sucedería hasta 1792 como parte de las reformas del virrey Revillagigedo. Entonces era un mercado “al viento”.

También fue posible admirar esta pintura (existen dos muy semejantes) dentro de la muestra citada *Pinxit Mexici*, la cual señala los edificios con la siguiente inscripción:

Vista de la Plaçuela del Volador por la parte del Sur conftruida defde lo alto del Rl. Palacio,/ de la Civ.d de Mex.o con los Templos que fe perciven de Colexios, Comv.os de Religiofos, y de Monjas,/ deligneada y Pintada en dha Civ.d por Juan Patricio Morlete Ruiz el año de 1772.

1. *La Real Vniverfidad.*
2. *Colegio, de Portaceli.*
3. *Colegio de S. Pablo.*
4. *Colegio de Ninas de los Vifcain.s*
5. *Comv.s de Relig.os S. Aguftin.*
6. *N^a. S^a. de la Merced.*
7. *Belen de los Padres.*
8. *Hofpital de Jefus Nazareno.*
9. *Parroquia de S. Miguel.*
10. *Comv.º de Monjas S. Bernardo.*
11. *N^a. Sr^a. de Balvanera.*
12. *S. Jofeph de Gracia.*
13. *Regina Celi.*
14. *S. Feliphe de Jefus y Mm.s Cappu.s.*
15. *Ayuda d Parroquia y Barrio del Salto del Agua.*
16. *S^a. Cruz Acatlan.*
17. *El Puente del Rl. Palaftio.*
18. *Fiel Remate.*

En un primer plano está la acequia dentro de la cual se deslizan las trajineras con una profusión de verduras que se venden directamente, protegidas con los petates en bastidor para dar un poco de sombra [fig. 51]. Sabemos por las crónicas que la acequia se ensolvaba por la gran cantidad de rabos de verdura, hojas de plátano y zacates de caña que los vendedores arrojaban, lo que ocasionaba que el canal se estrechara cada día.³⁶⁹ [fig. 52]. Así lo describe Juan Manuel de San Vicente:

³⁶⁹ Yoma Medina y Martos López, *Dos mercados en la historia de la ciudad ...*, 78.

[...] flores solas entran sin cessar por tierra innumerables cargas, y por agua infinitos barquillos llamados canoas, que cada uno conducido por uno, ú dos Indios Remeros desde los inmediatos Pueblos, entran por la Azequia, que nace de la Laguna de Chalco, hasta la Plaza, que llaman del Volador, y hasta la Alhóndiga, siendo este comercio incesante, opulento, y divertidissimo, por ver quaxada la referida Azequia de tantos barquillos de varios tamaños, llenos de tanta diversidad de cosas, habiendo para el fin de su venta infinitos puestos, assi en las Plazas, como en todas las calles, y para la de los demás géneros nobles de este Reyno, y de las otras tres partes del Orbe, muchissimas Tiendas, y casas de Oficios [...].³⁷⁰

Después de una fila de tinglados se sitúan los cajones, también destinados a la venta de alimentos. La Plaza del Volador estaba rodeada de importantes edificaciones como la Real y Pontificia Universidad de México, del lado izquierdo, con el escudo real en la parte superior y con una elaborada fachada de estípites, obra de Ildelfonso de Iniesta Bejarano, que sería destruida con los vientos del neoclasicismo.³⁷¹

Al fondo se distingue el Colegio de *Portacoeli*, de religiosos dominicos y que daba nombre a la calle. En el costado poniente se iniciaba la calle de Los Flamencos, limitada por construcciones que en sus bajos alojaban comercios.³⁷² La representación del espacio está influida por las teorías academicistas sostenidas por el mismo Morlete Ruiz y sus colegas en un acercamiento a una visión naturalista,³⁷³ en el que es posible saber la hora en que ha sido pintada la plazuela por la posición del sol (entre las 8 y las 10 de la mañana).

En el inventario que se hizo a la muerte del virrey Antonio María Bucareli y Ursúa, en 1779, se describen una serie de cuadros del Parián y de la Plaza del Volador que parecen coincidir con estas obras de Morlete Ruiz.³⁷⁴ Y entonces es muy factible suponer que el virrey (de familia noble ítalo-sevillana) las donó, pues era bailío de la Orden de San Juan, caballero de Malta.³⁷⁵

³⁷⁰ De San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica Corte mexicana...*, 176.

³⁷¹ Victoria, “Noticias sobre la antigua plaza y el mercado del Volador...”, 86.

³⁷² Victoria, “Noticias sobre la antigua plaza y el mercado del Volador...”, 84.

³⁷³ Escamilla González y Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder...”, 192.

³⁷⁴ Katzew, *La pintura de castas...*, 147-148.

³⁷⁵ Óscar Reyes Retana Márquez, “Las pinturas de Juan Patricio Morlete Ruiz...”, 117.



50. Juan Patricio Morlete Ruiz. *Plaza del Volador*, 1770-1772. National Museum of Fine Arts, La Valetta, Malta.



51. Juan Patricio Morlete Ruiz. *Plaza del Volador*, 1770-1772. National Museum of Fine Arts, La Valetta, Malta. (Detalle)



52. Juan Patricio Morlete Ruiz. *Plaza del Volador*, 1770-1772. National Museum of Fine Arts, La Valetta, Malta. (Detalle)

Según lo estudia Katzew en el texto del catálogo de la exposición citada: “Morlete Ruiz transformó brillantemente la afamada serie portuaria de Francia, y en el proceso creó algunos de los paisajes novohispanos más ambiciosos del siglo XVIII”.³⁷⁶

V. 7. *Los cuadros de castas y el comercio*

El conjunto de pinturas que he analizado hasta ahora representan diferentes ángulos del Parián dentro de la Plaza Mayor y nos permiten conocer un espacio de comercio ahora inexistente (o desplazado hacia otras calles) pero esa es sólo una parte de su valor. Es evidente que son obras que han interesado a los estudiosos de la historia de la Ciudad de México en su más amplio sentido, no solamente como mercado sino por lo que reflejan de las edificaciones, las personas que visitaban la Plaza Mayor, cómo se vestían y las actividades que llevaban a cabo.

Por otra parte, el análisis de los cuadros de castas permite conocer cómo eran los puestos de mercado (en los que me he centrado), ya sea los que estaban dentro del Parián o bien, aquellos más improvisados que se colocaban por doquier, algunos de comida o donde se ejercía algún oficio.

De la misma manera que los grandes óleos de la Plaza Mayor tenían como destino Europa, principalmente la metrópoli, los cuadros de castas y su cercanía a las ideas

³⁷⁶ Katzew, “La irradiación de la imagen...”, 96.

reformistas de los Borbones, parecen haber sido realizados también para el Viejo Mundo. Sabemos, por ejemplo, que muchos funcionarios civiles y eclesiásticos los llevaron a España como parte de su menaje.

[...] el interés por familiarizarse con la realidad americana pudo haber propiciado – si bien tangencialmente– el desarrollo de una pintura laica, de contenido etnográfico, donde se muestran, un tanto idealizadas, las variantes de las mezclas de las diferentes etnias de la sociedad indiana: española, india y negra, las cuales, desde el siglo XVI, le imprimieron matices especiales y frecuentemente conflictivos a la sociedad urbana.³⁷⁷

En sus composiciones se muestra la indumentaria que caracterizaba a cada uno de los grupos, así como sus entornos, ya fueran domésticos o al exterior. Por todo ello se han convertido en “una de las fuentes más sugerentes, aunque no necesariamente por entero confiables, para el estudio de la vida cotidiana del siglo XVIII novohispano”.³⁷⁸ En ellas hay un interés manifiesto por conocer las mezclas raciales, aunque no fueran necesariamente tan claras. Sin embargo, como lo ha señalado Ilona Katzew en su obra dedicada al tema, habría que distinguir entre los conjuntos de la primera mitad del siglo XVIII y los que pueden fecharse a partir de 1760,³⁷⁹ en los que hay un mayor énfasis en la estratificación social y en los oficios de cada casta, frente a la anterior necesidad de crear una imagen de orgullo de la riqueza novohispana. Los cuadros de castas se conforman

de imágenes sucesivas que documentan el proceso del mestizaje entre los pobladores del Nuevo Mundo. La mayoría de los conjuntos constan de dieciséis escenas pintadas cada una sobre un lienzo o lámina de cobre [...] Cada imagen reproduce a una pareja, hombre y mujer de distintas razas, con uno o dos de sus hijos, y la imagen se acompaña de una inscripción que identifica la mezcla racial representada. Además de ofrecer una tipología de las razas humanas, la mayoría de

³⁷⁷ Elena Isabel Estrada de Gerlero, “La reforma borbónica y las pinturas de castas novohispanas”, en *El arte y la vida cotidiana. XVI Coloquio internacional de historia del arte* (México: IIE/UNAM, 1995), 217.

³⁷⁸ Estrada de Gerlero, “La reforma borbónica y las pinturas de castas...”. 217.

³⁷⁹ Katzew, *La pintura de castas...*, 1.

los cuadros de castas incluyen muestras de objetos locales, alimentos y ejemplares de la flora y la fauna del Nuevo Mundo.³⁸⁰

No obstante, a pesar de su labor clasificatoria, no es posible mirar los cuadros de castas como un producto original de la Ilustración española o europea, cuando hay ejemplos en la Antigüedad clásica y la Edad Media. Katzew cuestiona la utilidad de otorgar una función concreta a este tipo de obras o de llegar a una interpretación única y colectiva para un conjunto tan amplio en vez de interpretar cada imagen desde su especificidad, el artista, los años en que fue realizada o el destino.³⁸¹ Lo que parece claro es la necesidad en la élite virreinal de establecer cierto tipo de orden en una sociedad cada vez más confusa,³⁸² a la vez que ejercer cierto tipo de discriminación, particularmente en los casos de afroestizos e indomestizos con términos como “coyote”, “salta atrás”, “no te entiendo” o “ahí te estás”.³⁸³

Los cuadros de castas se continuaron pintando hasta principios del siglo XIX, pero poco a poco su originalidad y calidad fueron decayendo, “las figuras son planas e inexpresivas, y en el mismo sentido se han perdido los ricos detalles de los tejidos y los atuendos que habían caracterizado a muchos conjuntos de décadas anteriores”.³⁸⁴ A partir de la Independencia con el consecuente rechazo a la estructura jerárquica, el género parece haber desaparecido.

Los cuadros de castas complementan el estudio de los mercados novohispanos, pues con mucha frecuencia representan, como he dicho, puestos específicos de mercancías, sobre todo oficios y gremios. Con ellos comparten la necesidad de transmitir una imagen de la ciudad y sus gentes de una manera propia y diferenciada.

Parece como si los cuadros de castas individualizaran a los personajes de las grandes vistas de la Plaza Mayor, que en ellos “adquirieran un valor por sí mismos”³⁸⁵ y, a la vez, mostraran al Viejo Mundo los aspectos que los distinguían como una comunidad única y diversa. Además de mostrar una progresión de mezclas raciales ofrecen ejemplos de

³⁸⁰ Katzew, *La pintura de castas...*, 5.

³⁸¹ Katzew, *La pintura de castas...*, 8.

³⁸² Katzew, *La pintura de castas...*, 93.

³⁸³ Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos...*, 47.

³⁸⁴ Katzew, *La pintura de castas...*, 37.

³⁸⁵ Katzew, *La pintura de castas...*, 70-71.

la flora y la fauna del Nuevo Mundo y, en muchos casos, adscriben atributos morales específicos a las diferentes razas representadas. A continuación voy a analizar algunos ejemplos en los que aparecen puestos del mercado.

V. 7. 1. Miguel Cabrera. *De Español y de India, Mestiza* [fig. 53].

Esta obra pertenece a una de las más logradas series de pintura de castas. Está firmada y fechada en 1763 y fue Concepción García Saíz la primera en identificarla.³⁸⁶ El conjunto fue localizado en España cuando salió a la venta en una subasta (*Christie's*, 7 de mayo de 1980). Los lienzos seguían enrollados y llevaban las cañas originales del siglo XVIII.³⁸⁷ Hoy la mayoría pertenecen a la colección del Museo de América, en Madrid; el único que conserva las varillas fue adquirido por el LACMA (Los Angeles County Museum of Art).

Dentro del género fue Miguel Cabrera el impulsor de una serie de cambios: “La eficacia del conjunto de Cabrera radica en la cálida intimidad de su estilo y sobre todo en su capacidad para comunicar las emociones mediante el sutil contacto físico entre las figuras.”³⁸⁸ Al igual que en la series de Juan Patricio Morlete Ruiz, es evidente el conocimiento de ambos artistas de la pintura de género holandesa y flamenca del siglo XVII, con un particular énfasis en el atuendo de los personajes.³⁸⁹ En efecto, es la vestimenta lo que da a los personajes la categoría que persiguen en la clasificación. La serie está numerada, lo que indica el orden que se debía seguir para ser expuesta.

Los ocho primeros cuadros de la serie del pintor oaxaqueño representan una mezcla en la que predomina el hombre español. En este caso, “De español y de india, mestiza” la escena está situada en un ordenado puesto de telas, identificadas cada una como “Xilotepeque”, que corresponde a un producto textil artesanal indígena descrito por Gemelli Carreri:

³⁸⁶ María Concepción García Saiz, “Pinturas ‘costumbristas’ del mexicano Miguel Cabrera”, en *Goya* 142 (1978): 186-193. De esta misma autora, el libro que dedicó a la pintura de castas fue pionero en esta clase de estudios: *Las castas mexicanas. Un género pictórico americano* (Milán: Olivetti, 1989).

³⁸⁷ Katzew, *La pintura de castas...*, 109 y nota 69.

³⁸⁸ Katzew, *La pintura de castas...*, 17.

³⁸⁹ Katzew, *La pintura de castas...*, 106.

Las mujeres usan todas el “huipil” (que es como un saco) bajo la cobija, que es un paño blanco de tela delgada de algodón, al cual añaden otro sobre los hombros cuando salen, que luego en la iglesia se acomodan sobre la cabeza. Las faldas son estrechas, con figuras de leones, aves y otras cosas, adornadas con suaves plumas de pato que llaman “xilotépec”.³⁹⁰

Casi ochenta años más tarde, Antonio de Ulloa al describir la indumentaria indígena femenina, utilizó el mismo término: “Los indios e indias van vestidos a su modo: usando éstas un género de enaguas que en su lenguaje llaman ‘jilotepeque’.”³⁹¹ Puede ser el tipo de enagua, pero podría hacer referencia también a la región de donde procede.³⁹²



53. Miguel Cabrera. *De Español y de India, Mestiza*, 1763.
Col. Particular.

³⁹⁰ Giovanni Francesco Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España* (México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas/UNAM, 1983), 63. Citado por Estrada de Gerlero, “La reforma borbónica y las pinturas de castas...”, 233-234.

³⁹¹ Antonio de Ulloa, “Descripción de una parte de Nueva España” [1777], en Francisco de Solano, *Antonio de Ulloa y la Nueva España* (México: IIB/UNAM, 1979), 104. Citado por Estrada de Gerlero, “La reforma borbónica y las pinturas de castas...”, 234.

³⁹² Katzew, *La pintura de castas...*, 109.

Como parte de esta misma serie de Miguel Cabrera, habría que destacar el titulado *De Español y Mestiza, Castiza* [fig. 54], ubicado en un puesto de zapatos, quizá dentro del Parián. Sabemos que el calzado fino era elaborado por maestros examinados e incluía botas rodilleras, zapatos de embono con tres costuras, moriscos o morunos, con plantas de badana y tacón forrado, así como los de mujer que llevaban palillo francés con forro de cordobán y las plantas también de badana, indicio esto último de una mayor calidad.³⁹³ Al centro de la pintura aparece además un cesto de frutas con lo que parecen ser membrillos, limones reales y plátanos.³⁹⁴



54. Miguel Cabrera. *De Español y Mestiza, Castiza*, 1763.
Col. Museo de América, Madrid.

³⁹³ Lavín y Balassa, *Museo del traje mexicano...*, 276-277.

³⁹⁴ Nelly Sigaut, "Miguel Cabrera. De español y mestiza, castiza", en *México en el mundo de las colecciones de arte*, t. II, 86-87.

Y con los frutos de la tierra se ilustra el correspondiente a *De Negro e India, China Cambuja* [fig. 55]. Allí aparecen las tunas amarilla, blanca y colorada; plátanos zapalotes; zapote prieto, borracho y blanco; duraznos y jícamas, ciruelas y chirimoyas.³⁹⁵



55. Miguel Cabrera. *De Negro y de India, China cambuja*, 1763. Col. Museo de América, Madrid.

³⁹⁵ Sigaut, “Miguel Cabrera. De negro e india, china cambuja”, en *México en el mundo de las colecciones de arte*, t. II, 87.

V. 7. 2. Anónimo. *Puesto del mercado del Parián.*

Aunque no lo considero propiamente un cuadro de castas, quisiera incluir esta pintura como un ejemplo de representación de un puesto del mercado; es una obra de autor desconocido, de 1766, que se encuentra en el Museo Nacional de Historia [fig. 56], en un concepto muy cercano a los cuadros que muestran a la Nueva España como una tierra de abundancia.

En un primer plano se muestra toda la variedad de los productos de la tierra: coles y zanahorias, granada, mamey, piña, cacahuates, durazno, aguacate, sandía, chirimoya y jícama. Se aprecian, sobre la montaña de cacahuates, las cajitas que medían cantidades: cuartillos o medios cuartillos; hay también huacales que contienen los productos y el barril para las conservas. Sobre el piso están dispuestas las cañas de azúcar.

Colocadas en la mesa del puesto se distinguen las botellas oscuras, de esquinas redondeadas, utilizadas para el aceite; son típicas de la segunda mitad del siglo XVIII.³⁹⁶ Las frutas en conserva y los dulces recuerdan la cita de Juan de Viera cuando describe puestos semejantes:

assimismo los caxones hasta el bote de almendra cubierta, nevada y perlingue, turrón de Alicante, de almendra y nuez, avellana y noez cubierta, pasta de dulce de todo género, nueces grandes y chicas, cocos de azeite, piñón en cáscara, cacahuete (que es una fruta particular de la América y tostado en horno es más delicioso que la almendra), tortas de higo pasado, plátano pasado assí humilde como azucarado; perones, limas, naranjas de China, cocos de agua y otro crecido número de frutas secas, que cada tienda o puesto es un delicioso vergel.³⁹⁷

Las mujeres que despachan cargan un fardo (el cual está dispuesto a la manera prehispánica, con petate y mecates o cuerdas); una de ellas porta un collar de coral con cuentas y dijes de plata, que era más barato que las perlas, aunque el coral podía ser de vidrio, o sea, falso. Porta un huipil de dos lienzos y la tela está elaborada con base en listas

³⁹⁶ En la descripción de esta pintura he contado con la ayuda inestimable de mi amiga la doctora Ana Paulina Gámez quien, con su conocimiento erudito de los objetos y la indumentaria novohispana, ha tenido la paciencia de ir desmenuzando cada uno. Le agradezco enormemente su tiempo e interés.

³⁹⁷ Viera, *Breve compendiosa narración de la Ciudad de México...*, 280-281. Para abundar en los dulces que se vendían en el mercado *cfr.* 196.

de algodón blanco y café. El enredo es azul marino, teñido con añil y la otra vendedora tiene una camisola con pañuelo blanco.

Un par de clientes, vestidos con elegancia, portan pelucas polveadas y sus tricornos negros con galones dorados, de influencia francesa; eligen dulces que les venderán en cucuruchos de papel. A su lado, dos niños juegan con un rehilete. La niña parece cubrir el escote con una modestina, usual en la moda novohispana y lleva un listón en la cabeza.

En otro nivel se muestran grandes contenedores con cocos y peras, así como cestos cuidadosamente trabajados. Las piezas de cerámica pueden ser europeas. “Entre las mercaderías hay pilas de tompeates, pero también hay petates para decorar las estanterías o para poner mercancías sobre ellos, o huacales, todos estos de tradición indígena.”³⁹⁸



56. Anónimo. *Puesto del mercado del Parián*, 1766.
Col. Museo Nacional de Historia, INAH.

³⁹⁸ Ana Paulina Gámez Martínez, “Naturaleza y Geometría”, en *Cestería. Artes de México* núm. 38 (1997): 20.

Del techo cuelgan pescados, piñas, cocos y plátanos. “También aparecen objetos de tradición española como las charolitas sobre las que se exhiben los ‘frutos de la tierra’.”³⁹⁹

El marco rococó sitúa muy claramente la pintura en su época del avanzado siglo XVIII.

Todo el conjunto puede leerse como una alegoría de la abundancia de la tierra, de la variedad y riqueza de los productos americanos, tan valorados por la sociedad europea y su imagen de la Nueva España.⁴⁰⁰

V. 7. 3. Andrés de Islas. *De Español y Negra nace Mulata*.

Esta obra pertenece al conjunto de cuadros de castas que se explayan en mostrar los productos de la tierra con minuciosidad [fig. 57]. No obstante, hay un mensaje displicente a la mezcla de españoles o indígenas con negros, como un proceso hacia el desorden social, pero eso no evita el detalle y cuidado en la representación. Así es como describen específicamente las:

FRUTAS DE EL PAIZ

1. *Cañas de Castilla*
2. *Granaditas de China.*
3. *Tlaxiniquiles.*
4. *Peritas de Sn. Juan.*
5. *Xícamas.*
6. *Chico – Zapote.*
7. *Cacaguates.*
8. *Mameyes.*
9. *Calabacitas de tierra caliente.*
10. *Guajes.*
11. *Anonas.*

³⁹⁹ Gámez Martínez, “Naturaleza y Geometría”, en *Cestería*, 20.

⁴⁰⁰ Dos años antes, en 1764, en el plafón del Salón del Trono del Palacio Real de Madrid, Giovanni Battista Tiepolo pintó un par de indígenas que cargan fardos, de manera semejante a los personajes de esta pintura, en contraposición con personajes vestidos a la usanza hispana, dentro de su obra: “La grandeza de la Monarquía Española”. La decoración del Salón está concebida con motivos “rococó” (específicamente en el mobiliario), lo mismo que el marco pintado de esta pintura, lo que la acerca a las tendencias artísticas de ese momento en la Península. Agradezco esta observación al doctor Iván Escamilla.

12. *Camotes blancos.*

13. *Pera parda.*

14. *Ciguelas.*



57. Andrés de Islas. *De Español y Negra, nace Mulata*, 1774.
Col. Museo de América, Madrid.

Pertenece a la colección del Museo de América y el mismo despliegue de frutos de la tierra se repite en el número 13: *De Tente en el Aire y Mulata nace Albarrasado* (1774) [fig. 58]. Este tipo de escenas puede encontrarse en otras series de castas, inscritas en este periodo de las Reformas Borbónicas que corresponde con el interés por estudiar la naturaleza americana en Europa.



58. Anónimo. *De Tente en el Aire y Mulata, Albarrasado*, siglo XVIII. Col. Museo de América, Madrid.

V. 7. 4. Anónimo. *De Español y Yndia nace Mestiza*, (ca. 1785-1790) [fig. 59]

Pertenece a un conjunto que podría fecharse en la década de los noventa del siglo XVIII y que ilustra las diversas ocupaciones de las castas, como las de curtidor, vendedor de fruta, aguador, sacamuelas y sangrador. Para Katzew, se intenta resaltar la laboriosidad de una población definida por su mestizaje.⁴⁰¹

Igual que en el ejemplo de Miguel Cabrera, aquí se muestra una tienda de telas, con una mujer a la entrada, “al viento”, que vende jícaras maqueadas en rojo para el chocolate y otras bebidas de origen prehispánico, como el tejate. Tiene también guajes redondos para las tortillas y otros alargados que se usaban para llevar agua, como cantimploras. En estos casos sin maquear.

⁴⁰¹ Katzew, *La pintura de castas...*, 134 y 136.



59. Anónimo. *De Español y Yndia nace Mestiza*, ca. 1785-1790.
Col. Particular. (Detalle)

Dentro de esta serie el *De Zambaigo y Yndia, nace Albarasado* [fig. 60], es un claro ejemplo de un puesto de frutas con su tinglado, con su petate con bastidor y los huacales para contener y mostrar los productos, en un ambiente rural.



60. Anónimo. *De Zambaigo y Yndia nace Albarasado*, 1785-1790.
Col. Particular.

V. 7. 5. Luis de Mena. *Escenas de mestizaje*.

Esta obra, perteneciente a la colección del Museo de América, tiene como protagonista a la Virgen de Guadalupe y describe las castas junto con los frutos de la tierra, los sitios de paseo de la ciudad, en este caso el paseo de Jamaica, y su santuario guadalupano, con la danza de los matachines [fig. 61]. “A la manera de un escudo, se encuentran las ‘armas’ de México, su cultura, su tradición, sus creencias, el mestizaje que formó su identidad y los productos de su tierra”.⁴⁰² Esos productos están enumerados en una inscripción al pie de la pintura.

⁴⁰² Nelly Sigaut, “Escenas de mestizaje”, en *México en el mundo de las colecciones de arte*, t. II, 90.



61. Luis de Mena. *Escenas de mestizaje*, siglo XVIII.
Col. Museo de América.

V. 7. 6. Anónimo. *Costumbres en la Plaza del Volador, México* [fig. 62]

Cuando estaba ya muy avanzada en mi investigación me llegó la noticia, gracias al doctor Rafael López Guzmán, catedrático de la Universidad de Granada, de la venta por parte de Ansorena Subastas (Madrid) de un óleo que representa la Plaza del Volador.⁴⁰³ Si bien el precio de salida era de sólo dos mil euros, alcanzó la exorbitante cifra de 180 mil euros y fue adquirido de manera anónima al parecer por un coleccionista mexicano.

En la parte superior tiene una leyenda que dice: “Vista de un pedazo de la Plaza llamada del Bolador, con los trages y Calidades de la Plebe de México.”⁴⁰⁴ Su composición

⁴⁰³ Agradezco además que el doctor López Guzmán haya intentado adquirir la pintura mientras estaba en un rango razonable.

⁴⁰⁴ La pintura ha sido publicada (quizá por primera vez) en: Ilona Katzew, “White or Black? Albinism and Spotted Blacks in the Eighteenth-Century Atlantic World”, en *Envisioning Others. Race, Color, and the*

parece resumir muchas de las ideas expresadas en los análisis de las pinturas anteriores. En este caso, la Plaza del Volador ya ha sido transformada para situar allí el mercado y desembarazar la Plaza Mayor. Del lado izquierdo aparece la fuente (que se construyó hacia 1792) y los tinglados con los productos de la tierra parecen desbordarse hacia el primer plano donde se muestran de mayor tamaño las piñas, plátanos, guanábana, mamey y aguacate. Productos característicos de esta tierra. Los personajes están definidos como castas; de izquierda a derecha se señalan los nombres de Albina, Lobo, Cambuja, Mestiza, Torna Atrás, Castiza, India e Indio. La albina y la castiza así como el “lobo” son los que están calzados y ellas llevan chiqueador. Su escala con respecto a los otros personajes es mayor. La india amamanta a su bebé mientras atiende su puesto de verduras.

La Albina lleva una mantilla y un vestido de cuerpo ajustado, con falda corta y amplia, que puede fecharse justo antes de la Revolución Francesa y vigente hasta la llegada de la moda de los trajes imperio. Usa medias blancas y zapatos de tacón a juego, quizás, con la tela del vestido.⁴⁰⁵ Le sigue el Lobo, que porta un sombrero con toquilla azul, camisa blanca corta con mascada masculina; un sarape corto; faja y calzones de paño de lana azules, con medias blancas y botines negros.

Le sigue la india Cambuja, sentada frente a su puesto de legumbres, vestida con una toca y un huipil angosto, abierto por los lados. Su enredo muestra un listado de algodón en azul y blanco. La Mestiza lleva un collar de corales, una camisola con manga corta y holanes y va cubierta con un rebozo café. Lleva además una faja y un castor o saya, teñido con añil. Con su mano izquierda carga una batea, quizás con huevos.

La figura central es la del Torna Atrás y se trata, según la doctora Gámez, de la primera representación conocida de un sarape de lana en la pintura novohispana. El personaje lleva además un sombrero de fieltro sobre un pañuelo azul. El sarape deja entrever las cenefas de colores; viste debajo una camisa blanca plisada, una faja y un calzón de gamuza abierto que cubre otro calzón de algodón, con holanes, medias y botines.

Hablando frente a él, con el puesto de frutas de por medio, está la Castiza, que porta una saya o castor con una tela estampada, denominada “indianilla”: telas de algodón que se

Visual in Iberia and Latin America (Londres: Brill, 2016), 142-186. Katzew la fecha ca. 1800. Agradezco este dato a mi amiga, la doctora Ana Ruiz Gutiérrez, desde su estancia en Gran Bretaña.

⁴⁰⁵ Como ha sido con el *Puesto del mercado del Parián*, del Museo de Historia (cfr. nota 396), en la descripción de esta pintura he contado con la asesoría fundamental y la precisión de términos en la indumentaria gracias a Ana Paulina Gámez.

permitía importar de la India. En este caso, puede ser indianilla (procedente de la costa de Coromandel) o una tela novohispana de mucho lucimiento. Lleva una camisola de mangas anchas con encajes y una mascada roja sujeta por un broche; lo remata con una gargantilla de corales. Sus zapatos son azules con una hebilla plateada.

Atrás una India, con su huipil levantado, amamanta a su bebé ante un puesto de legumbres. De pie, junto a ella, un Indio lleva petates para vender; su sombrero es también de petate, el cual se hacía del tule del lago de Xochimilco. Porta un algodón con mangas abiertas y un calzón café a la rodilla; calza huaraches de cordón. En el extremo derecho otro Indio lleva una tilma blanca y un calzón de gamuza, sobre otro calzón de algodón que remata con holanes. Quizá su sombrero es de fieltro.

En la parte posterior se aprecian los puestos semifijos del Mercado del Volador que permitían desplazarlos a conveniencia, como ya se ha señalado en el anterior capítulo. En ellos se venden embutidos y el de la derecha parece ser un puesto de pulque. Detrás de ellos se asoman las torres y la cúpula que corresponden a la iglesia del colegio de *Portacoeli* (hacia el sur) con sus remates de crateas, que puede apreciarse también en la pintura de Juan Patricio Morlete Ruiz. Los puestos estaban hechos de tablas y techados con tejamanil. Este colegio tuvo que ser desocupado a partir de las Leyes de Reforma y fue vendido en partes.⁴⁰⁶

Como sucede con otros cuadros de castas existe el interés evidente de “enaltecer las cosas propias ‘de la Tierra’, es decir, todo aquello que hacía a América diferente de España”.⁴⁰⁷

⁴⁰⁶ José María Marroquí, *La Ciudad de México* [edición facsimilar] (México: Jesús Medina, ed., 1969), t. III, 608-609.

⁴⁰⁷ Curiel y Rubial, “Los espejos de lo propio...”, 50.

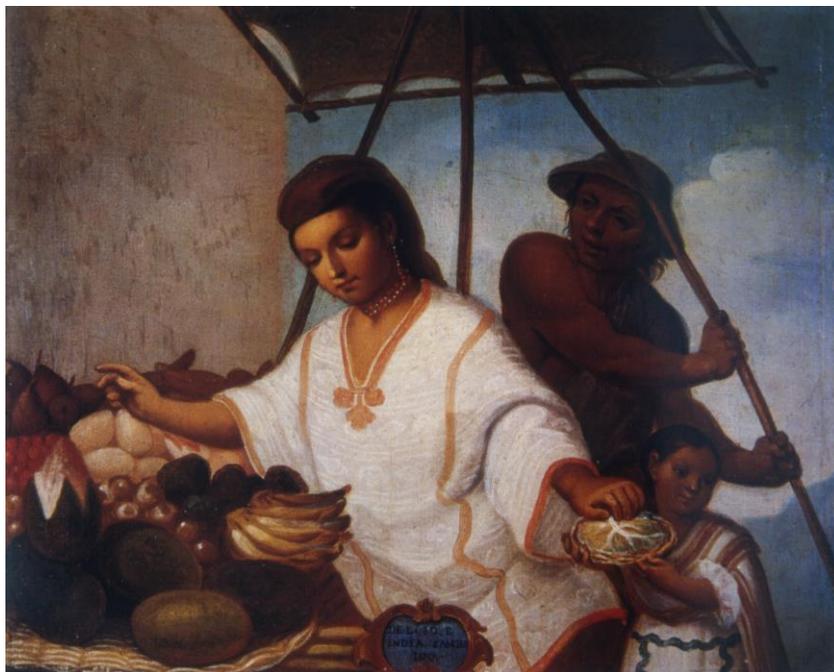


62. Anónimo. *Vista de un pedazo de la Plaza del Volador, con los trajes y calidades de la plebe de México*, siglo XVIII. Col. Particular.

La pintura de castas es un género pictórico único, que no tiene equivalente en el arte europeo [fig. 63] y que parece limitarse al Virreinato de la Nueva España⁴⁰⁸ donde, como hemos visto, lo practicaron algunos de los pintores más florecientes. Fue un género hecho para España, como una muestra de la construcción de identidad novohispana.⁴⁰⁹

⁴⁰⁸ En Perú se conserva la del virrey Amat.

⁴⁰⁹ Katzew, *La pintura de castas...*, 204 y 205.



63. Miguel Cabrera. *De Lobo e India, Sambaloo*, siglo XVIII. Museo Nacional de Historia, INAH.

CONCLUSIONES

Durante el siglo XIX un cambio radical en la situación política y comercial transformó la Plaza Mayor de México. Una vez destruido el Parián la Plaza se convirtió en un espacio de gobierno y “el Estado nacionalizó el espacio público por primera vez”.⁴¹⁰

Un hermoso grabado que realizó en 1797 José Joaquín Fabregat, con base en un dibujo de Rafael Ximeno y Planes, nos muestra la nueva plaza que albergó la escultura del rey Carlos IV, ejecutada por Manuel Tolsá [fig. 64]. La Plaza, ya despejada de los puestos del mercado (aunque en ese momento todavía existía el Parián) parece tener una mayor perspectiva de la que tuvo en realidad; el dibujo muestra la balaustrada, que era de forma elíptica, formada por bancas de piedra con remates y cuatro grandes verjas de hierro forjado, de extraordinaria factura, debida a José Luis Rodríguez Alconedo.



64. Murguía. *Plaza Mayor de la ciudad de México, con la estatua ecuestre de Carlos IV, vista del palacio nacional, de la catedral, del Parián, 1883. Col. Particular.*

⁴¹⁰ Entrevista al doctor Jaime Cuadriello para el video que, sobre el tema de los mercados en la Plaza Mayor, prepara el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas (CENIDIAP). Junio 9, 2016.

A este grabado, se une la *Vista de la Plaza Mayor* [fig. 65], que muestra el resultado de las reformas del virrey Revillagigedo, ya sin ninguna referencia a los mercados al aire libre y con el Parián, del lado izquierdo, pero con el comercio controlado. Para este momento, 1793, se han construido banquetas, atarjeas y cuatro fuentes de agua limpia en sus ángulos. “Con el segundo conde de Revillagigedo se terminaba no sólo la vieja concepción de la plaza, sino también la visión que se tenía de su función [...] lo que le interesó a los ilustrados posteriores y al siglo XIX fue marcar un espacio vacío, una plaza con una estatua en el centro (el Caballito) y sin gente.”⁴¹¹



65. Anónimo. *Vista de la Plaza Mayor de México, reformada y hermosa por disposición del Exmo. Sor. Virrey Conde de Revillagigedo*, 1793. Grabado. Col. Archivo General de la Nación.

Más adelante, poco a poco, la función comercial de la plaza fue desapareciendo y los espacios se conformaron para el paseo, con elementos de “la jardinería geométrica francesa o con una suerte de controlada ‘espontaneidad’ a la inglesa, siempre acompañado de un

⁴¹¹ Rubial García, “De teatro de maravillas...”, 274.

equipamiento concreto de bancas, fuentes, esculturas y monumentos, además de variados solados, adornos florales y vegetales”.⁴¹²

Nunca más la Plaza Mayor de México dedicó su superficie a los mercados; sin embargo, desde su fundación y hasta la fecha es un espacio cargado de múltiples significados y un punto de referencia para la Ciudad.

Hoy denominada Plaza de la Constitución y más comúnmente conocida como el Zócalo no puede entenderse sin visitarla en el pasado a través de las pinturas y los documentos. Muchos de ellos aludiendo a sus necesidades de seguridad, limpieza y orden.

El espacio del que “[...] no se pueden olvidar ni dejar de oír los clamores de veinte mil individuos que se desayunan, almuerzan, comen, y se mantienen en la Plaza”, según un documento de 1788, tiene una historia secular que comienza con el mito de un águila que devora una serpiente y que da lugar a la fundación de la ciudad de Tenochtitlan.

No importa que en el centro del Zócalo no estén los mercados instalados, la vida cotidiana sigue transcurriendo en ese meridiano, limitado por la catedral, el palacio de gobierno y el ayuntamiento. Sigue siendo “el” lugar para festejar, para manifestarse (cada vez con mayores restricciones), para apropiarse del espacio. Esa lucha ancestral entre el caos y el orden sigue presente en ella cada día y a cada hora.

La zona comprendida alrededor del antiguo Mercado del Volador, si bien hoy ocupada por el edificio de la Suprema Corte de Justicia, sigue rodeada de comercio de lo más variado, como una persistencia del pasado, con mercancías agrupadas en calles específicas, quizá ahora con menos precisión pero en un tiempo no tan lejano como los mediados del siglo XX, con calles dedicadas a la botonería, las ferreterías, las telas. Los gritos que en ellas se escuchan no deben ser muy distintos de aquellos que inundaban el espacio de los mercados del Parián y del Volador; aunque lo que se vende no sea lo mismo, el tono y el apremio está muy cercano a lo que se expresaba antaño. De igual manera, los antiguos tamemes llevan ahora “diablitos” cargados de mercancía y todos conviven en un reducido espacio en lo que “todo puede ser encontrado”.

Hoy la antigua Plaza Mayor se llena de diversas estructuras de metal para ser adaptadas a ferias, conciertos, y diversos espectáculos (muchas veces no tan afortunados)

⁴¹² Ramón Gutiérrez, “Las plazas americanas de la ilustración a la disgregación”, en *La plaza en España e Iberoamérica. El escenario de la ciudad* (Madrid: Museo Municipal, 1998), 128.

que impiden la visión de la majestuosidad de su espacio, que sorprendió desde el siglo XV, y hasta ahora, a propios y extraños.

Más que nunca es ahora necesario conocer la historia que la sustenta, los personajes que la han transitado, los pintores y grabadores que la han representado, los fotógrafos que han captado un instante dentro de su vértigo, todas las voces que allí se han escuchado. Para comprender, para conservar, para planificar.

Hace poco, mi amigo el profesor inglés P. T., ante el ensordecedor griterío de una mañana cualquiera, en la esquina de la calle de Moneda y la Plaza de la Constitución, me preguntaba: “What are they saying?”. Traté de imaginar otras plazas, en otras ciudades, con su trajín y sus prisas, pero sin su “Llévelo, llévelo”.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Anaya, Carlos. “La resignificación de lo público a finales del siglo XVIII”. En *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, editado por Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros, 37-54. México: Casa Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002.

Ajofrín, Fray Francisco de. *Diario del viaje que hizo a la América en el siglo XVIII* [1763]. México: Instituto Cultural Hispano Mexicano, 1964.

Alfonso Mola, Marina *et al.* Catálogo de la exposición *El Galeón de Manila*. Sevilla/México/Acapulco: Aldeasa/Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2000.

Amerlinck de Corsi, María Concepción. “Vista del Palacio del Virrey en México”. En el catálogo de la exposición *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América, 1550-1700*, 158-163. Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V/Museo de América, 23 de noviembre, 1999-12 de febrero, 2000.

Ángeles Jiménez, Pedro. “Vista de la Plaza Mayor”. En *Cristóbal de Villalpando*, 274-276. México: Fomento Cultural Banamex, 1997.

Anglería, Pedro Mártir de. *Décadas del Nuevo Mundo*. México: José Porrúa e hijos, succs., 1964-1965, 2 vols.

Ayuntamiento de México, *Colección de documentos oficiales relativos a la construcción y demolición del Parián y a la propiedad reconocida e incontestable que tuvo el escmo. Ayuntamiento de México en aquel edificio*. México: Impreso por Ignacio Cumplido, 1843.

Avery, Anthony F. *Skywatchers*. Austin: University of Texas Press, 2001.

Báez Macías, Eduardo. “Condiciones para rematar las tiendas y obras de la Alcaicería. 1611”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, XIII, núm. 47 (1977): 99-105.

Bassolino, Antonio *et al.* *I tre secoli d'oro della pittura napoletana*. Nápoles: Voyage Pittoresque, 2003.

Bérchez, Joaquín. “Traslado de la imagen y estreno del santuario de Guadalupe”. En el catálogo *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América, 1550-1700*, 149-152. Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V/Museo de América, 23 de noviembre, 1999-12 de febrero, 2000.

- Berlin, Heinrich. “Artífices de la Catedral de México”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, III, núm. 11 (1944): 19-40.
- Bernstein, William. *A Splendid Exchange. How Trade Shaped the World*. Londres: Atlantic Books, 2008.
- Bonet Correa, Antonio. *El urbanismo en España e Hispanoamérica*. Madrid: Cátedra, 1991.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Dos vols. México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1987.
- _____. *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. 1. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, versión española de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, presentación de Felipe Ruiz Martín. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- _____. *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. 2. Los juegos del intercambio*, trad. Vicente Bordoy. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Brotton, Jerry. *El bazar del Renacimiento. Sobre la influencia de Oriente en la cultura occidental*, trad. Carme Castells. Barcelona: Paidós, 2003.
- Bull, Malcolm. *The Mirror of the Gods. Classical Mythology in Renaissance Art*. Londres: Penguin Books, 2006.
- Burke, Marcus. *Pintura y escultura en Nueva España. El Barroco*. México: Grupo Azabache, 1992.
- _____. “Arellano. Celebridad de Nochebuena en México”. En el catálogo de *Sotheby's*. Nueva York: mayo 18-19, 1993.
- Carrasco, Pedro. “La sociedad mexicana antes de la Conquista”, en *Historia general de México*. México: El Colegio de México, 1977, t. I, 165-288.
- Castro Morales, Efraín. *El antiguo Palacio del Ayuntamiento de la Ciudad de México*, pról. Guillermo Tovar de Teresa. México: Gobierno de la Ciudad de México/Espejo de Obsidiana, 1998.
- _____. *Palacio Nacional. Áreas presidenciales*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/El Equilibrista, 2014.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *México en 1554. Tres diálogos latinos*, presentación de Margarita Peña. México: Trillas, 1988.

Clavijero, Francisco Javier. *Historia antigua de Méjico*. México: Imprenta de Juan N. Navarro, ed., 1853.

Cortés, Hernán. *Cartas y documentos. Segunda Carta de Relación*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba. México: Porrúa, 2004.

Cuadriello, Jaime. “Del escudo de armas al estandarte armado”. En el catálogo *Pinceles de la Historia. De la patria criolla a la nación mexicana (1750-1860)*. México: Museo Nacional de Arte/INBA-Instituto de Investigaciones Estéticas/UNAM, noviembre 2000-marzo 2001, 32-49.

Curiel, Gustavo. “De cajones, fardos y fardillos. Reflexiones en torno a las cargazones de mercaderías que arribaron desde el Oriente a la Nueva España”. *A 500 años del hallazgo del Pacífico. La presencia novohispana en el Mar del Sur*, coordinado por Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos, 191-216. México: Instituto de Investigaciones Históricas (IIH)/UNAM, 2016.

_____, y Antonio Rubial, “Los espejos de lo propio: ritos públicos y usos privados en la pintura virreinal”. *Pintura y vida cotidiana en México, 1650-1950*, 48-153. México: Fomento Cultural Banamex/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

_____, Juana Gutiérrez y Rogelio Ruiz Gomar, “El Parián”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas XXIII*, núm. 78, (2001): 215-220.

Chapa, Martha (coord.). *Mercados de México*. México: Gobierno del Estado de Nuevo León/UNAM, 2007.

Chueca Goitia, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.

Dávalos, Marcela. *De basuras, inmundicias y movimiento. O de cómo se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII*. México: Cien fuegos, 1989.

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, bibliografía e índices Federico Gómez de Orozco, Guadalupe Pérez San Vicente y Carlos Sabau Bergamín. México: Fernández Editores, S. A., 1972.

Diéguez Armas, Roberto (presentación). *El comercio en la historia de México*. México: Banco Nacional del Pequeño Comercio (BANPECO), 1988.

Durán, fray Diego. *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*. México: Imprenta de Ignacio Escalante, 1880.

El Conquistador Anónimo, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temistitan México. Escrita por un compañero de HERNÁN CORTÉS*. México: América, 1941.

Escalante Gonzalbo, Pablo, (coord.). *Historia de la vida cotidiana en México. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*, t. I, dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru. México: El Colegio de México/FCE, 2004.

Escamilla González, Iván. “El Siglo de Oro vindicado: Carlos de Sigüenza y Góngora, el conde de Galve y el tumulto de 1692”. En *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*, editado por Alicia Mayer, 179-203. México: IIH/UNAM, 2007.

_____. *Los intereses malentendidos. El Consulado de Comerciantes de México y la monarquía española (1700-1739)*. México: IIH/UNAM, 2011.

_____ y Paula Mues Orts, “Espacio real, espacio pictórico y poder: *Vista de la Plaza Mayor de México* de Cristóbal de Villalpando”. En *La imagen política. Actas del XXV Coloquio Internacional de Historia del Arte “Francisco de la Maza”*, 177-204. México: Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE)/UNAM, 2006.

Escontría, Manuel. *Breve estudio de la obra y personalidad del escultor y arquitecto don Manuel Tolsá*. México: Editorial de Ingeniería y Arquitectura, 1929.

Estrada de Gerlero, Elena Isabel: “Las pinturas de castas, imágenes de una sociedad variopinta”. En *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España II*, 78-113. México: Azabache, 1994.

_____, “La reforma borbónica y las pinturas de castas novohispanas”. En *El arte y la vida cotidiana. XVI Coloquio internacional de Historia del Arte*, 217-252. México: IIE/UNAM, 1995.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851.

Florescano, Enrique. *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821*. México: Ediciones Era, 1991.

Fregolent, Alessandra. *Los vedutistas*, trad. Víctor Gallego. Milán: Electa, 2001.

Galera Mendoza, Esther, y Rafael López Guzmán. *Arquitectura, mercado y ciudad: Granada a mediados del siglo XVI*. Granada: Universidad de Granada, 2003.

- Gámez Martínez, Ana Paulina, “El rebozo. Estudio historiográfico, origen y uso.” *Tesis para optar por el grado de Maestría en Historia del Arte*. México: Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2009.
- Garavaglia, Juan Carlos, y Juan Carlos Grosso. “Comerciantes, hacendados y campesinos. Un mercado local en el valle poblano (Tepeaca, 1792)”. En *Mercados e Historia*, compilación por Jorge Carlos Grosso y Jorge Silva Riquer, 252-310. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994.
- García Sáiz, María Concepción. *Las castas mexicanas. Un género pictórico americano*. Milán: Olivetti, 1989.
- Garibay, Ángel Ma., (ed.). *Vida económica de Tenochtitlán. 1. Pochtecatoytl (arte de traficar)*. México: IIH/UNAM, 1995.
- Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, trad. Julieta Campos. México: Siglo XXI, 2003.
- Gil Maroño, Adriana. “El montaje de la jura de Carlos IV en Veracruz (1790): La fiesta en la construcción de lo público”. En *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, editado por Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros, 55-70. México: Casa Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002.
- Ginzburg, Carlo. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, trad. Carlos Catroppi. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, (coord.). *Historia de la vida cotidiana en México. El siglo XVIII: entre tradición y cambio*, t. III. México: El Colegio de México/FCE, 2005.
- González - Polo, Ignacio. *Reflexiones y apuntes sobre la ciudad de México*. México: Departamento del Distrito Federal (DDF), 1984.
- González - Polo, Ignacio, (versión paleográfica, introducción y notas). *Compendio de providencias de policía de México del Segundo Conde de Revilla Gigedo*. Suplemento al Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, núms. 14-15, México: UNAM, 1983.
- Gutiérrez, Ramón. “Las plazas americanas de la ilustración a la disgregación”. En *La plaza en España e Iberoamérica. El escenario de la ciudad*, 121-128. Madrid: Museo Municipal, 1998.

- Haring, Clarence H. *Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*, trad. Emma Salinas. México: FCE, 1979.
- Hernández de León-Portilla, Ascensión, (edición e introducción). *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*. México: FCE, 1997.
- Hernández, Francisco. *Antigüedades de la Nueva España*, editado por Ascensión Hernández de León Portilla. Madrid: Dastin, 2003.
- Hernández Franyuti, Regina. *Ignacio de Castera: arquitecto y urbanista de la Ciudad de México, 1777-1811*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997.
- Iturriaga de la Fuente, José R. *Mercados de México*. México: Corporación Industrial San Luis/Editorial Jilguero, 1990.
- Jenkins, Simon. *England's Thousand Best Houses*. Londres: Allen Lane/Penguin Books, 2003.
- Kagan, Richard L. (en colaboración con Fernando Marías). *Imágenes urbanas en el mundo hispánico, 1493-1780*. Madrid: Ediciones El Viso, 1998.
- Katzew, Ilona. *La pintura de castas. Representaciones raciales en el México del siglo XVIII*. Madrid: Turner, 2004.
- Katzew, Ilona (estudio preliminar, transcripción y apéndices). *Una visión del México del Siglo de las Luces. La codificación de Joaquín Antonio Basarás [1753]*. México: Landucci, 2006.
- Katzew, Ilona (ed.) *Pintado en México, 1700-1790: Pinxit Mexici*. Los Angeles/México: Los Angeles County Museum of Art/Fomento Cultural Banamex, 2017.
- Kriedte, Peter. *Feudalismo tardío y capital mercantil. Líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII*, trad. Juan Luis Vermal. Barcelona: Crítica, 1982.
- Lafaye, Jacques. "De ciudad con plaza a plaza con ciudad". En *Plazas Mayores de México. Arte y luz*, editado por Carlos y Alberto González Manterola, 80-157. México: Grupo Financiero BBVA Bancomer/Clío, 2002.
- Lamothe, Eva S. "The Cathedral of Antigua Guatemala, a Colonial Painting, ca. 1718" en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas XIII*, núm. 50 (1982): 91-105.
- Lavín, Lydia, y Gisela Balassa. *Museo del traje mexicano. El Siglo de las Luces*, vol. IV. México: Clío, 2001.

Lechuga, Ruth. *El traje indígena de México. Su evolución desde la época prehispánica hasta la actualidad*. México: Panorama, 1982.

Le Goff, Jacques. *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, trad. Damià Bas. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

Lombardo de Ruiz, Sonia. *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan según las fuentes históricas*. México: Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1973.

_____. *Antología de textos sobre la Ciudad de México en el periodo de la Ilustración (1788-1792)*. México: Departamento de Investigaciones Históricas/INAH, 1982.

Long, Janet, (coord.). *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos*. México: IIE/UNAM, 2003.

_____, y Amalia Attolini Lecón (coords.). *Caminos y mercados de México*. México: IIH/UNAM-INAH, 2010.

López de Gómara, Francisco. *La Conquista de México* [Zaragoza, 1552], edición facsimilar. México: CONDUMEX, 1978.

López Guzmán, Rafael. *Territorio, poblamiento y arquitectura. México en las Relaciones Geográficas de Felipe II*. Granada: Universidad de Granada/Atrio, 2007.

López Rosado, Diego G. *Los mercados de la ciudad de México*. México: Secretaría de Comercio, 1982.

Mapelli Mozzi, Carlotta (texto), y Teresa Castelló Yturbide (ils.). *Indian Dress in Mexico*. México: INAH, 1966.

Marroquí, José María. *La Ciudad de México*, edición facsimilar, tomo III. México: Jesús Medina ed., 1969.

Martínez del Río de Redo, María Josefa. "Permanencias y ausencias de obispos, virreyes e indios". En *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, editado por María Luisa Sabau García, t. II, 2-43. México: Azabache, 1994.

Martínez Marín, Carlos. "Los códices mexicanos de época colonial. Coleccionismo y éxodo". En *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, editado por María Luisa Sabau García, t. I, 10-71. México: Grupo Azabache, 1994.

Maza, Francisco de la. *El pintor Cristóbal de Villalpando*. México: INAH, 1964.

Mendieta, fray Gerónimo de. *Historia Eclesiástica Indiana*. México: Porrúa, 1971.

- Mier y Terán Rocha, Lucía. *La primera traza de la ciudad de México 1524-1535*, tomo I. México: Universidad Autónoma Metropolitana/FCE, 2005.
- Mijares, Ivonne. *Mestizaje alimentario. El abasto en la ciudad de México en el siglo XVI*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1993.
- Motolinía [Fray Toribio de Benavente]. “Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España o de los naturales de ella”. En *Los Cronistas: conquista y colonia*, presentación y selección de Carlos Martínez Marín, 647-737. México: Promexa, 1991.
- _____. *El libro perdido*, edición de Edmundo O’Gorman. México: Conaculta, 1989.
- Nieto Estrada, Enrique J. *De pochtecas y mercaderes. La inserción de los comerciantes indígenas en la ética comercial novohispana del siglo XVI*. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2012.
- Novo, Salvador. *Cocina mexicana o Historia Gastronómica de la Ciudad de México* [1967]. México: Porrúa, 2007.
- Olvera Ramos, Jorge. *Los mercados de la Plaza Mayor de la Ciudad de México*. México: Cal y Arena/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), 2007.
- _____. “El Baratillo de la Plaza Mayor: la crítica ilustrada al comercio tradicional”. En *El impacto de las reformas borbónicas en la estructura de las ciudades. Un enfoque comparativo. Memoria del I Simposio Internacional sobre Historia del Centro Histórico de la Ciudad de México*, coordinado por Sonia Lombardo de Ruiz, 381-392. México: Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, 2000.
- _____. “La disputa por el espacio público: los comerciantes y vendedores de la plaza mayor”. En *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, editado por Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros, 84-97. México: Casa Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002.
- Pérez San Vicente, Guadalupe (introducción, transcripción, léxico e índice). *Manuscrito Ávila Blancas. Gastronomía mexicana del siglo XVIII*. México: Restaurante El Cardenal, 1999.
- Pevsner, Nikolaus. *A History of Buildings Types. The A. W. Mellon Lectures in the Fine Arts* [1970]. Washington, D. C.: Princeton University Press, 1997.

- Quiroz, Enriqueta. "Del mercado a la cocina. La alimentación en la Ciudad de México". En *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca*, t. III, coordinada por Pilar Gonzalbo Aizpuru, 17-43. México: El Colegio de México/FCE, 2005.
- Rahn Phillips, Carla. "Mercado, modas y gustos: los cargamentos de ida y vuelta en el comercio atlántico de España". En *España y América. Un océano de negocios. V Centenario de la Casa de Contratación de Sevilla, 1503-2003*, 187-202. Sevilla, Real Alcázar, 2003.
- Ramón, Gabriel. "El umbral de la urbe: usos de la plaza mayor de Lima". En *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, editado por Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros, 265-288. México: Casa Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002.
- Reyes Retana Márquez, Óscar. "Las pinturas de Juan Patricio Morlete Ruiz en Malta". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* XVIII, núm. 68 (1996): 113-117.
- Rebollo Matías, Alejandro. "La Plaza y Mercado Mayor" de Valladolid, 1561-95. Valladolid: Universidad de Valladolid/Salamanca: Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1989.
- Rivera Cambas, Manuel. *México pintoresco, artístico y monumental*, [facsímil de 1880]. México: Editora Nacional, 1967.
- Rodríguez, Delfín, et al. *Mercados en México y el mundo*. México: BBVA Bancomer, 2006.
- Romero de Terreros, Manuel. *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*. México: Imprenta Universitaria, 1946.
- _____. "La Plaza Mayor en el siglo XVII", en *México en el Arte*, núm. 8 (1949).
- _____. "Las efigies de Fernando VI en México". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* VI, núm. 22 (1954): 89-91.
- Rosas Barrera, Blanca Azalia. "La vida cotidiana en el mercado de la Plaza Mayor de México en el siglo XVIII a través de la pintura." *Tesis para obtener el título de Licenciado en Historia*. México: Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2011.
- Rubial García, Antonio. *La plaza, el palacio y el convento*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

_____. “De teatro de maravillas a universidad de pícaros. La Plaza Mayor en las crónicas virreinales”. En *Plazas Mayores de México. Arte y luz*, editado por Carlos y Alberto González Manterola, 249-277. México: Grupo Financiero BBVA Bancomer/Clío, 2002.

_____. *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de Sor Juana*. México: Taurus, 2005.

_____. *La Nueva España*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Tercer Milenio, 1999.

Rubial García, Antonio, (coord.). *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca*, t. II. México: El Colegio de México/FCE, 2005.

Ruiz Gutiérrez, Ana. *El tráfico artístico entre España y Filipinas (1565-1815)*. Granada: Universidad de Granada, 2005 (CD-Rom).

_____. *El Galeón de Manila [1565-1815]: Intercambios culturales*. Granada: Universidad de Granada/Alhuila, 2016.

Russo, Alessandra. *El realismo circular. Tierras, espacios y paisajes de la cartografía novohispana, siglos XVI y XVII*. México: IIE/UNAM, 2005.

Sahagún, fray Bernardino. *Códice Florentino* [edición facsimilar], 3 vols. México: Archivo General de la Nación, 1982.

_____. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Patria, 1989.

San Vicente, Juan Manuel de. “Exacta descripción de la magnífica corte mexicana, cabeza del nuevo americano mundo, significada por sus esenciales partes, para el bastante conocimiento de su grandeza”. En *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780) Tres crónicas*, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial García, 131-181. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

Sánchez de Tagle, Esteban. *Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial*. México: INAH/ DDF, 1997.

Sedano, Francisco. *Noticias de México*. México: Imprenta de J. R. Barbedillo, 1880.

_____. *Noticias de México. Crónicas del siglo XVI al XVIII*. México: Colección Metropolitana, 1974, 3 vols.

Schneider, Norbert. *Naturaleza muerta. Apariencia real y sentido alegórico de las cosas. La naturaleza muerta en la edad moderna temprana*, trad. Sara Mercader. Colonia: Benedikt Taschen, 1992.

Sierra de la Calle, Blas. *Vientos de Acapulco. Relaciones entre América y Oriente*. Valladolid: Museo Oriental de Valladolid, 1991.

Sigaut, Nelly. "Miguel Cabrera. De español y mestiza, castiza". En *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, editado por María Luisa Sabau García, t. II, 86-87. México: Azabache, 1994.

_____. "Miguel Cabrera. De negro e india, china cambuja". En *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, editado por María Luisa Sabau García, t. II, 87. México: Azabache, 1994.

_____. "Escenas de mestizaje". En *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, editado por María Luisa Sabau García, t. II, 90-91. México: Azabache, 1994.

Sigiura, Yoko, y Fernán González de la Vara. *La cocina mexicana a través de los siglos. I. México antiguo*. México: Clío, 1996.

Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Alboroto y motín de los indios de México*, prólogo de Roberto Moreno de los Arcos. México: Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1986.

Silva Prada, Natalia. *La política de una rebelión. Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México, 2007.

Silva Riquer, Jorge, y Jesús López Martínez (coords.). *Mercado interno en México. Siglos XVIII-XIX*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ El Colegio de Michoacán/ El Colegio de México/IIH-UNAM, 1998.

Solana, Rafael (presentación). *Reglamento para los mercados de México*, edición facsimilar de la impresión hecha en 1791 por don Felipe de Zúñiga y Ontiveros. México: Bibliófilos Mexicanos, A. C., 1976.

Solé Peñalosa, Guillermina. "Estampas virreinales. El arte civil y las artes aplicadas en la vida cotidiana de la ciudad de México en el siglo XVIII." *Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Historia*. Facultad de Filosofía y Letras/UNAM-Colegio de Historia, 2000.

_____. “La influencia francesa”. En “Verdugados, guardainfantes, valonas y sacristanes. La indumentaria, joyería y arreglo personal en el siglo XVII novohispano”. *Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia*. Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2009.

Soustelle, Jacques. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. México: FCE, 1982.

Suárez Molina, María Teresa. “La Plaza Mayor de México”. En el catálogo de la exposición *Los pinceles de la Historia. De la patria criolla a la nación mexicana (1750-1860)*, 104-113. México: Museo Nacional de Arte/INBA- IIE/UNAM, noviembre 2000-marzo 2001.

_____, “La columna ausente. El proyecto de Lorenzo de la Hidalga en la Plaza Mayor de México”. En *Deconstruyendo Centenarios. Latinoamérica como protagonista. Memorias del III Encuentro de Investigación y Documentación de Artes Visuales*, 137-145. México: Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas (CENIDIAP)/INBA, 2010.

_____, “Los mercados de la Ciudad de México y sus pinturas”. En *Caminos y mercados de México*, coordinado por Janet Long Towell y Amalia Attolini Lecón, 435-457. México: UNAM/INAH, 2010.

Tibón, Gutierre. *Primicias de México y sus dádivas al mundo*. México: Miguel Ángel Porrúa ed., 1995.

Torquemada, Fray Juan de. *Monarquía Indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*, [1591-1612]. México: IIH/UNAM, 1977.

Tovar Martín, Virginia. “Escuela Madrileña, ‘La Plaza Mayor de Madrid durante una fiesta de toros en presencia de Carlos II’”. En *Pinturas de cuatro siglos (1997-1998)*, introducción de Julián Gállego, 142-145. Madrid: Caylus, 1997.

Varriano, John. *Tastes and Temptations. Food and Art in Renaissance Italy*. Berkeley: University of California Press, 2009.

Velázquez, María de la Luz. *Evolución de los mercados en la Ciudad de México hasta 1850*. México: Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1997.

Victoria, José Guadalupe. “Noticias sobre la antigua plaza y el mercado del Volador de la Ciudad de México”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* XVI, núm. 62 (1991): 69-91.

Vidal Castro, Francisco, *et al.* *El Zoco. Vida económica y artes tradicionales en Al-Andalus y Marruecos*. Granada: El Legado Andalusi/Lunwerg Editores, 1995.

Viera, Juan de. “Breve compendiosa narración de la ciudad de México, Corte y Cabeza de toda la América Septentrional”. En *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780) Tres crónicas*, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial García, 183-293. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

Villaseñor Báez, Luis Francisco. *La arquitectura del comercio en la ciudad de México. Disposición e historia*. México: Cámara Nacional de Comercio de la Ciudad de México, 1982.

Wuffarden, Luis Eduardo. “La ciudad y sus emblemas: imágenes del criollismo en el virreinato del Perú”. En el catálogo de la exposición *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América*, 66-68. Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V/Museo de América, 23 de noviembre, 1999-12 de febrero, 2000.

Yoma Medina, María Rebeca, y Luis Alberto Martos López. *Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y La Merced*. México: Secretaría General de Desarrollo Social (DDF)/INAH, 1990.

Yuste López, Carmen, (selección de documentos e introducción). *Comerciantes mexicanos en el siglo XVIII*. México: IIH/UNAM, 1991.

_____, “Alcabalas filipinas y géneros asiáticos en la Ciudad de México, 1765-1785”. En *Circuitos mercantiles y Mercados en Latinoamérica*, compilación de Jorge Silva Riquer, Juan Carlos Grosso y Carmen Yuste, 87-99. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-IIH /UNAM, 1995.

_____, “Los tratos mercantiles transpacíficos de los comerciantes de la ciudad de México en el siglo XVIII”. En *El Galeón de Manila. Un mar de historias. Primeras Jornadas Culturales Hispano Filipinas*, 55-69. México: JGH Eds., 1997.

Yuste López, Carmen, (coord.). *Comercio marítimo colonial. Nuevas interpretaciones y últimas fuentes*. México: INAH, 1997.

REVISTAS

Berdán, Frances. “Los medios de intercambio en la época prehispánica y la Colonia”. *Arqueología mexicana*, XXI, núm. 122 (julio-agosto, 2013): 62-67.

Florescano, Enrique. “El abasto y legislación de granos en el siglo XVI”. *Historia Mexicana* XIV, núm. 56 (abril-junio, 1965): 567-630.

Gámez Martínez, Ana Paulina. “Naturaleza y Geometría”. En *Cestería. Revista Artes de México*, núm. 38 (1997) 12- 29.

García Sáiz, María Concepción. “Pinturas ‘costumbristas’ del mexicano Miguel Cabrera”. *Goya*, núm. 142 (1978): 186-193.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar. “De la penuria y el lujo en la Nueva España. Siglos XVI-XVIII”. *Revista de Indias*, núm. 206 (enero-abril, 1996): 49-77.

González - Polo, Ignacio. “La ciudad de México a fines del siglo XVIII; disquisiciones sobre un manuscrito anónimo”. *Historia Mexicana* XXVI, núm. 101 (julio-septiembre, 1976): 29-47.

Hassig, Ross. “El comercio a larga distancia en Mesoamérica y los pochtecas”. *Arqueología mexicana* XXI, núm. 122 (julio-agosto, 2013): 36-41.

Hirth, Kenneth. “Los mercados prehispánicos. La economía y el comercio”. *Arqueología mexicana* XXI, núm. 122 (julio-agosto, 2013): 30-35.

Johansson K., Patrick. “Los pochtecas en la obra de Sahagún”. *Arqueología mexicana* VI, núm. 36 (marzo-abril, 1999): 46-51.

Laviana Cuetos, María Luisa. “La organización de la Carrera de Indias, o la obsesión del monopolio”, *Revista de Historia Naval*, (2006), <http://hdl.handle.net/10261/26615> (consultado el 11 de junio de 2018)

León-Portilla, Miguel. “Los dioses de los pochtecas”. *Arqueología mexicana* XXI, núm. 122 (julio-agosto, 2013): 42-47.

López Luján, Leonardo, y Bertina Olmedo. “Los monolitos del mercado y el glifo *tianquiztli*”. *Arqueología mexicana* XVII, núm. 101 (enero-febrero, 2010): 18-21.

Romero Galván, José Rubén. “Historia general de las cosas de Nueva España”. *Arqueología mexicana* VI, núm. 36 (marzo-abril, 1999): 14-21.

Rubial García, Antonio. “La Plaza Mayor de la ciudad de México en los siglos XVI y XVII”. *Arqueología Mexicana* XIX, núm. 116 (julio-agosto, 2012): 36-43.

Rueda Smithers, Salvador. “Un día en la Plaza Mayor de México (siglo XVIII). La ciudad y los signos”. *Arqueología Mexicana* XIX, núm. 116 (julio-agosto, 2012): 44-49.

Solano, Francisco de. “La Carrera de Indias después de 1588”,
www.armada.mde.es/archivo/mardigital/revistas/cuadernosihcn/20cuaderno/05cap.pdf
 (consultado el 23 de mayo de 2018)

ARCHIVO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MEXICO

Ramo *Hacienda. Propios, Arbitrios*, vol. 2230, exp. 13, año de 1658.

Ramo *Hacienda. Propios y arbitrios*, vol. 2231, exp. 25, octubre 18, 1766.

Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 1, “Bando prohibitivo del Conde de Galve de 19 de noviembre de 1689”.

Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 2, años de 1689 y 1693.

Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 3, “Expediente formado sobre el proyecto de formar cajones de bóvedas en la Plaza Mayor de la Ciudad”, 1º de julio de 1692.

Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 4, año de 1696.

Ramo *Rastros y mercados*, vol. 3728, exp. 19, año de 1792.

Ramo *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 4, año de 1700.

Ramo *Plaza Mayor 1694 a 1913*, vol. 3618, exp. 12, año de 1760.

Ramo *Alcaicería*, vol. 343, [sin número de expedientes].